Maira, Octavio

—o—

# Hipnotismo y sugestión

# HIPNOTISMO

Y

# SUGESTIÓN

---

Nociones generales, historia, sintomatología, fisiología, medicina-legal y terapéutica de la hipnosis

POR

OCTAVIO MAIRA

Y

DAVID BENAVENTE



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA, 112

1887

# PREFACIO

El interés que ha despertado en Europa el análisis de los fenómenos del hipnotismo y el eco que han encontrado entre nosotros estos mismos estudios, nos han inducido á presentar al público en una obra como la que hoy damos á luz, el resumen de los conocimientos actuales sobre la materia.

Estamos muy lejos de creer que hemos hecho un trabajo acabado ú original: la insuficiencia de nuestros conocimientos y la larga preparación que requiere una obra de esta especie, serán, lo pensamos, razón bastante para que el lector sea indulgente con nosotros.

Hemos hecho lo posible por presentar de la manera más clara el cuadro sintomalógico, así como también, la historia, la medicina legal, la fisiología y la terapéutica de la hipnosis; el interés natural de cada uno de estos capítulos

suplirá en parte el que no ha podido darles nuestra pluma.

Quemos contribuir con nuestro modesto contingente al estudio de los fenómenos del hipnotismo, y, si lo consiguiéramos, en parte siquiera, quedaríamos completamente satisfechos.

Santiago, Setiembre de 1887.

LOS AUTORES.

# HIPNOTISMO Y SUGESTIÓN

## I

### IDEA GENERAL DEL HIPNOTISMO

Vamos á describir los caracteres de un maravilloso fenómeno que durante largo tiempo ha permanecido rodeado de una atmósfera de escepticismo, que ha sido esplotado por charlatanes ú hombres de buena fe, y que sólo últimamente, después de estudios y pruebas irrefutables, ha venido á conquistar el lugar que merecía entre los hechos científicos.

Pocos fenómenos tienen una historia tan brillante como el hipnotismo; pocos hechos han obtenido tantos triunfos, ni experimentado tantas visicitudes; casi ningún hecho ni fenómeno científico ha cautivado al público ignorante y despertado tan vivamente el natural escepticimo de los hombres de saber en presencia de sus manifestaciones, que á fuerza de ser curiosas y estrañas, bien podrían llamarse sobrenaturales.

Condensando las vagas ideas á cerca de un fluido

ó fuerza simpática universal, de la influencia secreta de los astros sobre los seres de la tierra, que desde la época legendaria de la historia de la mayor parte de los pueblos se venían trasmitiendo de generación en generación, ó que se encontraban en las obras de los más antiguos escritores, y sobre las cuales habían llamado la atención Paracelso, Ficinio, Pomponáceo, Van-Helmont, Roberto Fludd, etc., etc. Mesmer, con su esclarecido talento, erigió el *Magnetismo Animal*, como entonces se llamaba el *hipnotismo* de hoy, en doctrina médica y contribuyó poderosamente á su propagación en los diversos paises de Europa. Numerosos entusiastas abrazaron este sistema atraidos por algunos éxitos juzgados milagrosos, y en poco tiempo llegó á contar con toda la buena fé de las personas poco ilustradas; pero al mismo tiempo con el mayor desdén de parte de los naturalistas y las sociedades sábias.

Desde la época en que brilló Mesmer hasta la fecha, el hinoptismo ha tratado en muchas ocasiones llegar siquiera á subir hasta los hechos reales, pero se le ha negado constantemente realizar esta aspiración laudable, á causa de las fábulas que rodeaban su origen, las apariencias estraordinarias con que lo presentaban sus apóstoles y la pretensión loca y fantástica de recomendarlo como una panacea universal destinada á curar para siempre las desgracias de la humanidad.

Por fortuna, actualmente, gracias al espíritu recto y lógico que comienza á notarse en las últimas producciones de la generación presente, el hipnotismo despojado de todas las galas que le tejiera la fanta-

sía de partidarios entusiastas y de las pretensiones que le despertara su propia impotencia, que contribuyeron siempre á desprestigiarlo ante personas de criterio seguro, ha entrado por fin á formar parte de los hechos científicos, siendo mirado ahora por todos como un fenómeno del cual podrán obtenerse tal vez grandes ventajas.

Es posible que registrando este pequeño trabajo algunas personas escépticas sonrían de incredulidad, y encuentren inverosímiles los fenómenos del hipnotismo; pero su criterio variará indudablemente si tienen la buena voluntad de llegar á su fin y de apreciar de una manera imparcial las opiniones que exponemos, si no les es dado observar prácticamente los hechos, puesto que, como lo decimos más adelante, es sencillísimo repetirlos. Mientras tanto sirvan de garantía para probar la autenticidad de la hipnosis los nombres de Bourneville, Regnard, Charcot, Richer, Beaunis, etc., y de otros distinguidos sabios que no han desdeñado dedicarle las valiosas horas de su gloriosa vida. Es de sus laboriosas obras de donde hemos sacado gran parte del trabajo damos hoy al público.

Al empezar á escribir estas páginas, nuestro pensamiento ha sido presentar el fenómeno á que nos hemos referido con los caracteres más sencillos y con la verdadera apariencia que manifiestan siempre los actos de la naturaleza; las oscuridades que se noten en ellas provendrán menos de nuestro propósito que de lo reducido de nuestros conocimientos sobre la materia. Jamás ha tocado nuestra mente la idea de publicar algo completamente original. Quien sabe

también si se nos haya ocurrido algo nuevo y vaya consignado en este pequeño libro; pero no ha sido ótro nuestro intento que dar á la prensa de Chile las experiencias que se han hecho en Europa y que nosotros hemos repetido aquí con todo éxito. A éstas deben agregarse algunas ideas más ó menos curiosas sugeridas por algunos compañeros de estudio, que nos han secundado con entusiasmo y buena voluntad en esta tarea.

---

Principiaremos desde luego por dar una idea más ó menos general del hipnotismo, apuntando caracteres más fáciles de comprobar, para que el lector adquiera los conocimientos necesarios y pueda leer con el mayor fruto lo que viene en seguida.

En lo primero que debe pensar el individuo que desee practicar el hipnotismo es en buscar una persona en la cual se sospeche pueda producirse el fenómeno. Algunos autores recomiendan las mujeres histéricas; pero otros señalan en ellas grandes dificultades para traer el sueño. La experiencia de muchos experimentadores demuestra que son las personas de 15 á 18 años de edad, de constitución menos que regular, linfáticas y un poco nerviosas, las más aptas para caer en el sueño provocado.

La hora más apropiada es la media tarde, ó bien de las 8 á 10 de la noche. Es generalmente cuando la imaginación se halla mejor preparada para esta clase de experimentos.

Si se tiene ya á la persona que se presta para ser hipnotizada, puede procederse á provocar en ella el sueño magnético.

Hé aquí el procedimiento más sencillo, y al que debe recurrirse siempre cuando se trata de un individuo que se hipnotiza por primera vez. Como se verá más adelante, hay ocasiones en las cuales éste es inútil, porque se presentan otros más eficaces; pero de todos modos, insistimos en que el mencionado es aplicable siempre y no tiene inconvenientes de ninguna especie. Para recomendarlo más todavía añadiremos que no requiere aparatos, grandes maniobras, despliegue de actividad, ni los variados movimientos que se empleaban antiguamente y que usan aún los charlatanes de nuestros tiempos.

Una vez sentada la persona frente al experimentador de modo que se hallen á la misma altura y que sus rodillas se toquen, toma éste los pulgares de aquella y deja que las manos reposen sobre los muslos. Se le recomienda que se abstraiga lo más que pueda, que haga el mayor esfuerzo por no poner atención en los ruidos esteriores y que su imaginación no se ocupe en otra cosa que en la idea de sueño. Es preciso también agregarle que haga empeño en persuadirse que va á dormir dentro de muy poco tiempo. Hecho esto, se fija la mirada de un modo más ó menos espresivo en las pupilas de la persona que se está hipnotizando, y se le dice que fije también sus ojos en los del hipnotizador. Debe tenerse cuidado de guardar silencio alrededor y de recomendarle de cuando en cuando con tono seguro que se duerma. Se toman los pulgares sólo para figar las manos y no, como se creía erróneamente antes, con el fin de trasmitir fluido alguno.

En las personas educadas de antemano el sueño

viene á la menor señal del esperimentador, si al mismo tiempo interviene la voluntad de aquella. Las histéricas y los epilépticos caen dormidos solo por la simple presión de algunos puntos del cráneo, como son la parte más culminante de la cabeza en las primeras y las eminencias parietales en los segundos.

Trascurridos algunos minutos la persona que se hipnotiza siente que sus ojos se llenan de lágrimas, y que éstas corren por las mejillas. Los párpados permanecen inmóviles; pero después de cortos instantes se ajitan con movimientos convulsivos; se cierran poco á poco, y ya caidos, continúa observándose siempre el mismo ligerísimo movimiento. Los globos oculares se ocultan hacia arriba y adentro.

Si se pregunta á la persona, qué siente, responderá que sus ojos están pesados y que tiene un poco de sueño.

Continuando en esta posición, y teniendo cuidado de repetirle de cuando en cuando que persista en abstraerse y que se duerma pronto, se llega ordinariamente después dos ó tres sesiones á conseguir el sueño provocado. Al aproximarse el momento en que el sueño se apodera de la persona, ésta comienza por respirar con mayor aceleración; hace unas cuantas inspiraciones suspirosas; los miembros se relajan; las facciones se estiran, y el maxilar inferior se muestra un poco caido. Si se la interroga:—¿Estais durmiendo? —Responderá:—Sí, con voz clara, ó hará solamente un ligero movimiento afirmativo de cabeza.—Si se continúa y se le dice: Estais perfectamente bien dormida?—Contestará:—Sí, bien dormida; ó bien:—todavía no estoy perfectamente bien dormida.—Sucede

generalmente en las primeras sesiones que el sujeto se va durmiendo poco á poco; después de una educación más ó menos acabada, se duerme profundamente desde los primeros instantes.

Cuando la persona responde que duerme profundamente, se pueden comprobar cualquiera de los tres estados en que se ha dividido la duración del sueño hipnótico, *catalepsia, letargia* ó *sonambulismo*. Más adelante veremos la aparición indiferente de estos estados cualquiera que sea el medio que se emplee. Pero lo común es que por el procedimiento descrito aparezca primero el estado de *letargia.*

Algunos experimentadores varían este método en ciertos sujetos con el fin de apresurar el sueño. Una vez que los párpados se cierran, abandonan los dedos de la persona que va á hipnotizarse, llevan los pulgares á los ojos de ésta y le comprimen los globos oculares, cuidando de imprimirles cierto movimiento de rotación hacia adentro. Por este medio se obtienen resultados más ó menos semejantes á los arriba descritos.

En tal estado el sujeto ó la persona dormida es susceptible de numerosas y estraordinarias experiencias.

La sensibilidad está no solamente pervertida, sino que falta por completo; las más vivas exitaciones no producen efecto alguno; nada, absolutamente nada, puede despertar el dolor. Las clavaduras de alfiler ó de aguja en la pulpa de los dedos, en la palma de la mano, en los pliegues interdigitales, en la lengua no hacen manifestar al hipnotizado la más ligera sensación de molestia. Algunos, por el contrario, esperi-

mentan más bien un indefinible placer en medio de verdaderos tormentos ó suplicios horribles. Varias tribus del centro del Africa y de la India se hacen morder por serpientes ó pasean por su cuerpo tizones encendidos sin que revelen el menor desagrado. Después de los estudios de Azam, el doctor Guérineau, de Poitiers, comunicaba á la Academia de Medicina de París una amputación de muslo que había practicado durante el sueño hipnótico, y decía:—«Después de la operación, que duró minuto y medio, dirijí la palabra al enfermo para preguntarle como se encontraba; me respondió que se creía en el paraíso, y tomó vivamente mi mano para llevarla á sus labios».

Nosotros mismos hemos presenciado hechos de esta clase en personas histéricas. Una mujer neuropática de 25 años de edad padecía de ataques de sonambulismo espontáneo; se le sorprendió varias veces poniendo los dedos en la llama de una bujía, con lo que al parecer esperimentaba inmenso gozo.

El hecho siguiente nos ha sido comunicado por una persona que nos merece entera fé. En una tarde tempestuosa, varios labradores, hombres y mujeres, se recogían á sus viviendas después del trabajo. Oscurecía rápidamente; la lluvia caía menuda, y á lo lejos se escuchaba el ruido sordo del trueno; algunos relámpagos de luz incierta se divisaban entre las sombras que se hacían á cada momento más espesas. De repente un esplendor vivísimo seguido de un ruido atronador deslumbró é hizo ensordecer á los labradores. Una muchacha histérica que formaba en el grupo quedó inmediatamente en estado de catalep-

sia, según lo que pudo obtenerse del testimonio de aquellas gentes. Al verla en esa posición estática, los que la acompañaban le dirigieron la palabra repetidas veces, por último dijo:—¡Qué claro, y que brillante! y siguió tras de los demás labradores. Llegada la muchacha á su casa, la persona que nos refiere este hecho, vió que ponía los piés desnudos en el hogar, seguramente para secarlos y quitarles la humedad; pero calculaba tan mal la distancia que iba hasta tocar con ellos el fuego, como si hubieran estado perfectamente cubiertos. Se pudo constatar en ella un verdadero estado de sonambulismo. Momentos después, despierta ya, no recordaba absolutamente lo que le había sucedido y lamentaba con razón las quemaduras que el fenómeno hipnótico le había motivado.

Impunemente se puede pelliscar, y hasta desgarrar la piel de los hipnotizados, aún en las regiones consideras más sensibles, sin que aparenten dolor. Un joven sonámbulo rompió de un puñetazo una mañana al levantarse el cristal de una ventana. Distraidamente se apoyaba sobre el vidrio roto para mirar al exterior, sin fijarse que los fragmentos se hundían en sus carnes y que de sus heridas corría sangre en abundancia.

Llama la atención la gran irritabilidad de que se encuentran poseidos los músculos. Si se estrecha la mano de una persona hipnotizada se nota á veces que sus músculos se contraen vigorosamente, y comprimen con fuerza la mano que se les pasa.

El frote ligero producido con la yema de los dedos sobre la región superciliar hace que el ceño se arru-

gue; sobre el nacimiento de la nariz, que se pliegue al instante de la piel de este apéndice. Frotada la parte que está inmediatamente debajo y delante del pómulo se observa un levantamiento de las comisuras labiales que simula la risa. Los párpados y los labios se contraen y se estrechan también por el mismo medio. Estas contracciones son muy varias más ó menos persistentes, según sea la voluntad del experimentador. Pueden todavía provocarse en un lado de la cara ó en los dos á la vez.

Iguales fenómenos se observan en los demás músculos de la economía. Sus contracciones se pueden aislar perfectamente de las vecinas, y estudiar así la acción separada de cada cual. Por encima de los vestidos hemos visto contraerse los músculos de la pierna, del muslo, del brazo, etc.

Un golpe dado con un pequeño martillo de pleximetro sobre el tendón rotuliano, de Aquiles, ó sobre cualquier otro, produce una rigidez tetánica más ó menos prolongada, ó una contractura de corta duración. Un golpesito insignificante, un simple soplo puede provocar la contractura de los músculos. Bajo este último punto de vista sería conveniente guardar ciertas precauciones siempre que se hipnotiza. Las corrientes de aire, y principalmente el aire frío, traen desagradables fenómenos cuando por descuido se tiene á los enfermos cerca de una ventana ó de una puerta. En días pasados experimentábamos en un sujeto, sin notarlo absolutamente lo habíamos llevado junto á una puerta. En cierto momento hubo necesidad de abrir ésta para dar paso á una persona que salía. Una corriente de aire ligerísima se

produjo talvez, é inmediatamente apareció en el hipnotizado una contractura del esterno-cleido-mastoideo y de algunos músculos de la cara. A los pocos momentos despertó, y pudo notarse que la contractura persistía aún. Solo después de un nuevo sueño magnético, de haberse exitado los músculos antagonistas y de convencerlo que su contractura no era más que una ilusión, desapareció sin dejar la más leve molestia.

La compresión de los nervios trae una contractura de los músculos en que se ramifican. Esta experiencia se practica comunmente con el cubital,nervio muy accesible por la parte posterior é interna del codo en la gotera formada por el olécranon y la epitróclea. Comprimiendo este canal se siente en su fondo un cordón duro; se le malaxa, y comienzan entonces los dedos de la mano correspondiente á tomar la actitud conocida con el nombre de *garra cubital*. Este fenómeno se produce cuantas veces se desee y siempre de una manera semejante. Los tendones de los flexores están rígidos; los dedos 5.° y 4.° se hallan en flexión; el índice y el medio casi completamente estendidos; el pulgar se presenta en estensión también, pero un poco echado á la línea media.

El estado en el cual las experiencias descritas se producen sin inconvenientes, se llama estado de *letargia*.

Durante todo este tiempo el sujeto ha permanecido con los ojos cerrados. Ahora, si se le vuelve á la luz viva, y se le levantan los párpados, se tiene el estado de *catalepsia*.

«El rasgo más notable del estado *cataléptico*, dice M. Charcot, es, por decirlo así, la inmovilidad. El

sujeto cataléptico, aun cuando se le coloque de pié, en una actitud forzada, se mantiene en perfecto equilibrio y parece como petrificado. Los ojos están abiertos, la mirada fija, la fisonomía impasible».

Los ojos están inmóviles; la mirada se fija en un punto y puede permanecer así largas horas; los párpados no se mueven; el superior está más levantado que ordinariamente, las lágrimas por esta causa suelen deslizarse por las mejillas.

Al levantar un miembro llama la atención su marcada ligereza; se diría que ha disminuido considerablente su peso, y todavía sorprende más cuando se nota que permanece en la posición en que se le abandona. Un enfermo que tuvimos ocasión de observar ultimamente, quedó por más de media hora con ambos brazos torcidos hasta donde fué posible hacerlo. Este mismo enfermo ha permanecido repetidas veces por más de 25 minutos sentado en una silla y con los brazos y piernas en completa estensión.

En otro paciente pudimos observar varias actitudes por un espacio de tiempo más ó menos largo. Imitaba una estatua á la perfección; no había más que colocarlo en la actitud deseada. Por varios minutos estuvo sucesivamente en una posición romántica sumamente forzada, en una que significaba inspiración y en otra que mostraba el más supino desprecio.

Se puede exitar los distintos músculos de la cara para arreglar la expresión; pero á veces esto no es necesario por motivo del curioso fenómeno que se sucede en las actitudes, de que pasamos á hacer mención.

Se dice que en el estado de hipnotismo el sentido

muscular se conserva, y es por esta causa que es fácil en los catalépticos producir sugestiones nada más que por la actitud que se dá á los miembros.

Un joven, amigo nuestro, que se hipnotiza admirablemente, empieza á obsequiar besos sonriendo cariñosamente, cuando se le juntan los dedos de la mano derecha y se les aproxima así á sus labios.

Á una enferma puesta con las manos juntas en actitud de orar, le preguntamos:

—¿Qué haceis?

—¡Silencio! Me encuentro ante Dios, y ruego por vosotros.—¡Oh! ¡qué maravilla!; luz por todas partes!

Se le dejó entonces caer la cabeza sobre el pecho y se le puso los brazos relajados y en completo abandono. Le preguntamos:

—¿Os encontrais bien?

—¡Bien, respondió, sonriendo amargamente, ¿cómo podría encontrarme bien sola y en el centro de la tierra?

—Os encontrais con nosotros; os acompañaremos por toda la vida.

—Lo he perdido todo; vosotros me abandonasteis también.

Uno de los experimentadores le juntó de nuevo las manos y las llevó á lo más alto por encima de la cabeza de la enferma, la que con un semblante que revelaba el éxtasis más sublime, cayó de rodillas esclamando:

—Rey poderoso de los cielos...! y agregó algunas palabras inentiligibles.

En seguida se le separaron las manos y se le puso en una de ellas un pañuelo, acercándole la otra á su

cintura. Las facciones se iluminaron y sonrió graciosamente.

—¿Orais con profundo fervor, no es verdad? le dijimos.

—Oh! nó, respondió con aires de estrañeza y poniéndose un poco seria, bailo con gran placer; cada cosa á su tiempo, pues; bailemos mientras tanto... y empezó á dar varios pasos.

Estas actitudes pueden variarse hasta el infinito, y sólo citamos algunas para no fastidiar demasiado al lector.

Hipnotizado un enfermo y colocado en la actitud de pronunciar un discurso, dió rienda suelta á su fecundidad retórica, y, cual moderno fray Gerundio, declamó un buen rato y dijo probablemente muchas cosas que tal vez no asomaron á su mente. Los movimientos eran variados, y coordinaba con perfección el gesto con la actitud del cuerpo y de los miembros.

Se le puso después en la posición que adopta un hombre que se defiende con los puños cerrados. Arrugó el ceño, comprimió los labios y empezó á mover los brazos y á esquivar la cabeza y el cuerpo, imitando en todo á un individuo que se encuentra en real y difícil pugilato

—Declamais admirablemente, le dijimos.

—¡Qué declama... ni qué... respondió con la respiración entrecortada. Si se me ataca, me defiendo; estoy en mi derecho.—Miserable! aquí me las has de pagar. Como avanzara con gran revolución sobre un estante de libros, y por temor de que se hiciera algún grave daño, se creyó conveniente poner término á tan encarnizada cuanto fantástica lucha.

La persona que experimentaba, después de dejar en paz el espíritu del hipnotizado, lo hizo ponerse de pié, le dobló la rodilla bruscamente, tuvo aquel un poco en el aire y lo dejó caer de plano sobre el piso. El paciente empezó entonces á marchar por la sala levantando los piés y dejándolos caer pesadamante, como cuando se asciende una escala. Trascurridos cuatro ó cinco minutos y después de marchar y contramarchar en todas direcciones, dijo:

—Esto parece ya interminable; llevo ya más de 300 escalones y no sé aún cuando diablos voy á llegar arriba.

Un instrumento cuyo uso se supone conocido por la persona hipnotizada y puesto en sus manos, parece que despierta en ella la idea de hacerlo servir al fin á que está destinado, aún cuando la conciencia del acto no exista. Hay sonámbulas que enhebran y cosen perfectamente cuando se les pasa una aguja, ó bien escriben, se abanican, etc., cuando el objeto ofrecido es una pluma, un abanico.

Es fácil constatar el fenómeno que se ha dado en llamar *fascinación*. No debe confundirse el sentido que se da aquí á esta palabra con el significado que tiene ordinariamente.

He aquí, como Bourneville y Regnard describen este fenómeno:—«Se mira fijamente á la enferma, se hace que fije su vista en la punta de los dedos del experimentador, y éste retrocede lentamente. Desde entonces el sujeto lo seguirá á todas partes, pero sin abandonar sus ojos; baja el cuerpo, si el hipnotizador lo baja; se vuelve vivamente para encontrar su mirada, si aquél vuelve la cabeza. Si el experimentador

avanza mucho, el sujeto cae hacia atrás rígido como si fuera de una sola pieza».

El estado de *sonambulismo* es el más lúcido del sueño hipnótico. El sujeto tiene las apariencias de un individuo completamente despierto; pero la voluntad y la conciencia de los actos han desaparecido. Lee y escribe, se sienta, se pasea ó está de pié, según sean las órdenes que reciba del hipnotizador. Si éste le dice:—No escucheis otra voz que la mía, estará sordo para cualquier otro individuo que le dirija la palabra.

El sujeto hipnotizado está por completo bajo la voluntad del hipnotizador; éste puede ordenarle hasta el más horrendo crimen con la certidumbre que obedecerá como impulsado por una fuerza irresistible.

Esto se practica por medio de la sugestión de ideas.

He aquí en que consiste: Se le llama la atención del sujeto y se le da una orden para que la cumpla durante el sueño magnético ó después que haya despertado. Por ejemplo:

—Escuchad, dice el magnetizador al sujeto, vuestro brazo no debe moverse, está paralizado. Inmediatamente el miembro cae inerte y sin movimiento.

—Pero el otro debe permanecer así, y lo pone estendido; los brazos quedan entonces uno paralizado y el otro recto.

El operador puede decirle todavía:

—Esto es una hoja de papel, mostrándole un sombrero, ó bien esto es una silla, mostrándole una hoja de papel, y el sujeto quedará absolutamente convencido de que no puede ser otra cosa que la que se le designa.

Hipnotizado el joven á que nos hemos referido más

atrás, se le dijo, mostrándole una caja de fósforos: aquí os han traido una taza de té, tomad; acá teneis galletas, y se le acercó un plato con trozos de papel. Tomó la caja con despreocupación y se la llevó varias veces á los labios; un momento después de esta operación dijo que ya había terminado.

Uno de los circunstantes, á quién se le ordenó obedeciera por un momento, se dirigió á él y le dijo:

—Estais en New York; acercaos; he aquí la estatua de la Libertad, la veis? y le señaló un sitio donde no había más que aire.

—Oh, sí, la veo.—¡Qué inmensa es!—Parece que toca al cielo;—y daba vueltas alrededor de una estatua imaginaria, se acercaba ó se colocaba más distante para contemplar mejor sus detalles.

Á este joven se le ha ordenado tener en su mano cerrada una regla; muchos esfuerzos de personas robustas han sido necesarios para arrancársela.

Las alucinaciones de la vista, del oído, del olfato, del tacto, son variadísimas.

«Era fácil, dice A. Cullerre, refiriéndose á un enfermo del Dr. Bernheim, sugerirle toda especie de ilusiones sensoriales. El sulfato de quinina era tomado por azúcar; un lápiz le servía de cigarro y le procuraba la embriaguez del tabaco».—«Yo le digo, añade el Dr. Bernheim, que este cigarro es demasiado fuerte, que le va á hacer mal, si continúa fumando. Lo acometen instantáneamente accesos de tos, escupe, tiene náuseas, arroja espectoración acuosa, palidece y es presa del vértigo.

Le doy un vaso de agua en cuenta de champagne; la encuentra un poco fuerte también. Hago que se

beba varios; empieza á vacilar; está ebrio. Le digo entonces:

—La embriaguez es alegre.—Canta, y su voz es interrumpida por hipos; rie como un loco.

—La embriaguez es triste.—Entonces llora y se lamenta».

Así se puede sugerir á los sonámbulos las ideas de que son de diferente sexo soldados, sacerdotes, animales, reyes, obispos, generales, niños, viejos, artistas, etc., etc., y harán todo lo propio de estos personajes. Encontrarán malas las cosas de buen sabor y vice-versa; percibirán un perfume delicioso donde el olfato de una persona en estado de vigilia no encontrará olor alguno; oirán música alegre, frases agradables, etc., etc., según sean las determinaciones del experimentador.

Las sugestiones poshipnóticas, es decir, las que deben cumplirse después del sueño magnético son también innumerables.

Al despertar, se le dice á un hipnótico, escuchareis ésto, aquello, hareis lo que os señalo, y seguramente así tendrá que suceder.

Á continuación insertamos un ejemplo interesantísimo de sugestión, que viene á esplicar fenómenos reputados en todos los tiempos como sobre-naturales.

«En el Congreso celebrado por la Asociación Francesa para el progreso de las Ciencias en Grenoble á mediados de agosto de 1885, los señores Bourru y Burot, profesores de la Escuela de Medicina Naval de Rochefort, han relatado curiosas experiencias que tienden á dilucidar la cuestión tan controvertida de los estigmas sanguinolentos y de los éxtasis religiosos.

Estos experimentadores han llegado á producir este famoso milagro por simple sugestión en un hombre hístero-epiléptico que se ha ofrecido para los experimentos.

Este enfermo, hemiplégico y hemianestésico del lado derecho, era hipnotizable y susceptible de recibir sugestiones de toda especie. Habiéndolo puesto en sonambulismo uno de los experimentadores mencionados, le hizo la siguiente sugestión:—Esta tarde á las cuatro, después de haberte dormido, tedirigirás á mi gabinete, te sentarás en la butaca, cruzarás las manos sobre el pecho y te saldrá sangre de las narices. Á la hora señalada los diversos actos sugeridos fueron ejecutados, y algunas gotas de sangre corrieron de las narices del paciente.

Otro día, durante el sueño magnético, se le trazó su nombre con un estilete romo sobre los dos antebrazos, diciéndole:—Esta tarde á las cuatro te dormirás, y derramarás sangre de los brazos por las líneas que acabo de hacerte. Llegada la hora, el sujeto se durmió; los caracteres trazados se dibujaron como relieves rojos, y gotitas de sangre se mostraron en varios puntos del lado sano.

Este enfermo fué conducido después al Asilo de alienados de la Rochela, donde el Dr. Mabille, médico director de este establecimiento, renovó esta experiencia y obtuvo un éxito semejante. Le trazó una letra sobre cada antebrazo, y tomando sucesivamente las dos manos del sujeto, le ordenó:—A las cuatro, tú sangrarás de este brazo y de este otro.—No puedo sangrar del lado derecho, dijo el enfermo, designando su lado paralizado. Precisamente en el momento in-

dicado, la sangre se observó á la izquierda y nó á la derecha.

Estas experiencias fueron después repetidas ante un numeroso público médico. El 4 de Julio último, se puso al sujeto en estado de sonambulismo, se le trazó como antes una letra sobre su puño y se le ordenó sangrar inmediatamente en este punto.—Esto me duele mucho, objetó el paciente.—Es preciso sangrar de cualquier modo, dijo el operador. Los músculos del antebrazo se contrajeron; el miembro llegó á ser turgescente; la letra se dibujó roja y haciendo eminencia; en fin, aparecieron gotitas de sangre, las que fueron constatadas por todos los espectadores. Es preciso señalar que en esta última experiencia hubo un error de lugar. Fué la letra trazada la víspera en su vecindad la que dejó salir sangre. Es probable que la sugestión, ó no fué bien precisa ó su ejecución fué muy cercana al momento de la orden, porque era la primera vez que se hacía de esta manera».

Algunos operadores han notado que los medicamentos producen una acción rara sobre las personas hipnotizadas. «El opio, se dice, hace dormir por simple vecindad; un frasco de jaborandi aproximado á una enferma determinó casi inmediatamente salivación y sudor» (Cullerre).

Para terminar esta idea general del hipnotismo y de los caracteres más superficiales de los hipnotizados, que nos hemos propuesto consignar, diremos todavía unas cuantas palabras más sobre el mismo punto y á cerca de algunos hechos que no están aún perfectamente dilucidados.

El sueño magnético es muy vario. Según sea el carácter, el temperamento de la persona son las manifestaciones que produce. En algunas el sueño es muy profundo, en otras, aún después de numerosas sesiones, no se obtiene en todas ellas más que una ligera somnolencia.

Las facultades intelectuales están exaltadas en sumo grado. La memoria hace prodigios; las cosas que se creían olvidadas vuelven en el sonambulismo como por encanto; el enfermo suele ser capaz de hacer fragmentos de hermosos discursos ó componer elegantes versos; las fuerzas musculares aumentan notablemente. En otro capítulo veremos en qué consiste esta exaltación, no común á todos los hipnotizados y que tiene su límite natural y lógico.

Por otra parte, es muy frecuente ver desarrollarse el hipnotismo espontáneo con todos los caracteres del provocado en las personas de temperamento neuropático. Los tres estados de *letargia, catalepsia* y *sonambulismo* son perfectamente definibles.

Se asegura que no solamente el hombre es susceptible de caer en el sueño magnético. Hay autores que dicen haber hipnotizado leones, gatos, etc.— M. Lafontaine habría conseguido hipnotizar en 1843 un perrito delante de un público numeroso; no se pudo sin embargo dar á este respecto una prueba concluyente.

Es posible que los fenómenos estraños que se notan en los conejos, gatos, gallinas, etc., ante otros animales no sean más que el resultado del temor experimentado por aquellos en presencia de sus enemigos. Con todo, se refiere que en la India hay indi-

viduos que adormecen las víboras á los acordes de un instrumento parecido á la flauta, y que en Egipto existe una serpiente, que comprimiéndole cierta parte de la cabeza, cae en una rigidez tetánica muy marcada, semejando en este estado un bastón de madera. Se ha observado gallos que caen en verdadero estado de letargia fijándoles el pico sobre una raya blanca.

Después de haber contemplado á la ligera lo que el hipnotismo tiene de más general y culminante, podemos ensayar una definición que satisfaga siquiera en parte las exigencias de los más recientes estudios. Podría decirse que es un sueño espontáneo ó provocado, un poco distinto del sueño ordinario, durante el cual algunas regiones del cerebro están paralizadas y otras, por el contrario, en un grado estremo de exaltación.

# II

## RESEÑA HISTÓRICA

### EL MAGNETISMO ANIMAL Y EL HIPNOTISMO

Todo se confunde en la historia primitiva de los pueblos. Política, costumbres, ciencia, religión forman un conjunto más ó menos bien combinado. La política depende de la religión, las costumbres están en relación estrecha con sus prácticas y la ciencia no viene á ser más que la voz sagrada de los dioses.

Para estudiar cada una de las ramas de los conocimientos humanos, se tiene que separarla del enmarañado tejido que le forman las preocupaciones y las fábulas inevitables en una época semejante. El *hipnotismo*, ó el *magnetismo animal*, como se le ha llamado, ha tenido también que experimentar esta especie de purificación, y ha habido que separarlo de las interpretaciones fabulosas, y por consiguiente falsas, que ha venido dándosele hasta una época muy reciente.

El hipnotismo es sin duda tan antiguo como el

mundo. Los hombres lo han practicado durante largo tiempo, tal vez sin sospechar su existencia. Desde Mesmer acá se ha visto que hechos considerados como las manifestaciones claras del poder de las divinidades, no han sido más que variedades de las diversas formas que puede revestir este fenómeno.

Las más antiguas relaciones imputables al hipnotismo de que la humanidad guarde recuerdo, pertenecen á la historia de los chinos, los indios, los asirios, los caldeos, los egipcios y los hebreos. Todos estos pueblos han ejercido primitivamente la *teurgia*, esto es, el sistema médico que consiste en hacer intervenir á seres sobre-naturales en la curación de las enfermedades. Los primeros ministros ó apóstoles de este sistema fueron superticiosos entre un público que no lo era menos, y se entregaban á las más estravagantes manipulaciones. Los éxitos que obtenían eran en ocasiones extraordinarios, lo que contribuía á hacerlos respetables y prestigiosos. Los templos eran los sitios donde los enfermos venían á buscar la salud.

Se dice que los chinos hipnotizaban por medios muy parecidos á los que se conocen hoy día más de 2,500 años antes de Jesu-Cristo. Los kaldinos ó caldeos, descendidos de las montañas del Kurdistan á Babilonia, llegaron á ser célebres en todo el Oriente por su maravilloso saber y por la superioridad que se les concedía sobre los demás hombres. Todos sabían el secreto de fascinar y de sorprender á la multitud con hechos curiosísimos.

Algunas personas solo al acercarse á sus templos

eran tomadas de convulsiones; otras por haber dormido en ellos adquirían el don de las profesías. Individuos de esta especie, de más ó menos renombre, no eran escasos entre los asirios y los persas.

En algunas fiestas del antiguo Egipto, durante las solemnes procesiones del dios Apis, éste inspiraba á las mujeres y á los niños el entusiasmo profético. Sus vaticinios eran conservados con religioso respeto durante muchas generaciones. Hechos parecidos se observaban en los templos de Isis.

Cuenta la leyenda egipcia que Ramses consultó al dios Khons, después de haber fracasado las tentativas del gran médico Thot-Em-Hevi, para que arrojase á un espíritu perverso que se había metido en el cuerpo de su cuñada.

La historia de los hebreos nos muestra numerosos ejemplos de esta especie de arrebato de la imaginación. Los profetas y los iluminados que han aparecido en todos los tiempos y lugares deben colocarse en esta misma categoría. Su propio genio quizá los ha llevado hasta el delirio. La humanidad, sin embargo, se gloría de haber visto á un Isaías, á un Eliseo, á un Tasso, á un Paracelso, etc.

Los estragos provocados por Moisés en su pueblo, las adoraciones con fe, los milagros de la serpiente de bronce, los prodigios realizados ante el Arca de la Alianza no son más que alusiones tal vez sin saberlo á los hechos maravillosos que ejecuta una mente fascinada.

«Para ponerse en disposición profética, dice Virey, (Dic. de ciencias médicas por una Sociedad de Médicos y Cirujanos) Eliseo pidió que se hiciera oir la

música, y entonces profetizó ante el rey Joram. ¿No era tocando el harmonium como Mesmer facilitaba las crísis magnéticas?—¿No es por medio de cánticos como los fanáticos de los Cévenes, los metodistas anglicanos y los otros entusiastas se animan y se exaltan?—¿El furor de las bacantes no se despertaba también por himnos y acordes musicales?»

Los mismos profetas hebreos hacen mención á este estado particular en que caían al entregarse á sus profesías. David experimentaba sueños deliciosos, y Jeremías se compara á un hombre ebrio cuando escuchaba la voz de Jehová.

Cualquiera que examine las Santas Escrituras reconocerá varios estados análogos al del sonambulismo magnético, á la concentración interior, vecina al éxtasis (Virey.)

La pitonisa de Endor, profetisa de la misma especie que las griegas, era muy consultada por los judíos.

Es fácil comprender que los antiguos filósofos ó sabios, no sabiendo en qué consistían estos hechos, los atribuyeran á la divinidad. Josefo relata que Salomón compuso varios cánticos contra las enfermedades, y que Apolonio de Tiana espulsaba los espíritus malignos, ya por palabras, ya por tocamientos. Los apóstoles hablaron, como se sabe, lenguas desconocidas, y Ananías y Saphira cayeron muertos por las amenazas de San Pedro (Virey).

En Grecia y Roma florecieron los magos, adivinos y profetisas como en el resto del mundo, desde los tiempos más distantes. Las sibilas, las pithias, gozaron de fama universal. Refiérese que Esculapio veía en sueños los remedios para curar las enfermedades

y divisaba los sucesos futuros. Atribúyesele también haber aliviado á individuos de graves afecciones por medio de varas mágicas.

En los templos de Júpiter Serapis, de Apolo, de Júpiter Ammon se veían hechos de verdadero hipnotismo. Serpientes inofensivas, educadas por los mismos sacerdotes, se paseaban por los altares, y llenaban de terror á las personas que concurrían á ellos. En un templo de Ceres existía un espejo en el fondo de un pozo abierto en el medio de una gran sala de elevado techo; los sacerdotes hacían aparecer ahí la imagen de la persona enferma que venía á consultar á la diosa. En otras ocasiones se hacía desfilar dioses ó demonios por una cámara pintada de azul, que el enfermo divisaba al través de un agujero practicado en la pared ó de un vaso de agua convenientemente dispuesto. El terror ó la fe hacía que estas pobres gentes cayesen en convulsiones, mejorasen ó quedasen tan enfermas como antes. Esto último era generalmente lo más común.

En los diversos santuarios que había en Grecia, se procedía á verdaderas prácticas magnéticas para inspirar á las pitonisas. El templo de Apolo en Delfos, estaba construido sobre una grieta del suelo, de donde se escapaban vapores sulfurosos en abundancia. La sacerdotisa, preparada para la oración y el ayuno, era sentada en el trípode colocado sobre esta hendidura; las emanaciones envolvían su cuerpo; le sobrevenían accesos de sofocación; se agitaba un instante presa de violentas convulsiones; arrojaba espuma sanguinolenta por la boca, y entraba luego en

el éxtasis divino. Las palabras y frases más ó menos incoherentes que se escapaban de sus labios, eran los oráculos sagrados que con el más delicado respeto miraba el mundo en aquella época.

Las sibilas griegas y romanas no llegaban á ser lúcidas sino en ciertas épocas. Para que pudieran ver el porvenir era necesario que cayesen en convulsiones; entonces el dios se apoderaba de ellas y hacía estallar en su boca el delirio fatídico. (Virgilio).

Parece que entre los médicos antiguos no había pasado desapercibido este fenómeno que nosotros llamamos ahora hipnotismo. Areteo, además de haber observado el histerismo, notó que había personas susceptibles de un estado particular, durante el cual llegaban á ser ingeniosas y singularmente hábiles, hasta conocer la astronomía, la filosofía, el arte poética y otras cosas que nadie les había enseñado jamás. Muchos sujetos, dice, parecen tener la inspiración de las musas; sus sentidos adquieren una delicadeza maravillosa y su espíritu una gran vivacidad. Este excelente observador pinta hasta los razgos de estas personas; ellos coinciden perfectamente con los que se dan hoy para los individuos hipnotizables. (Virey).

De cuando en cuando cruzaban el Oriente, la Grecia, Italia, y llegaban hasta las Galias, España y África, bandas de hombres y mujeres que practicaban la adivinación y la magia. Se decían consagrados á Cibeles, cuyo culto guardaban, y estaban obligados á esparcir. Estos individuos eran verdaderos convulsionarios, y se exitaban en sus prácticas y durante los espectáculos al son de variados instru-

mentos. Fuera de la adivinación se entregaban también á horrorosos martirios en honor de la diosa.

Entre la gente de saber no eran demasiado escasos los fenómenos atribuibles á la exaltación de la mente. Así como los hebreos tuvieron sus profetas, así los griegos tuvieron también sus iluminados. Todos los teosofos que se complacían de ver en Dios el pasado y el porvenir, ó de elevarse á lo sobrenatural por medio de una iluminación interior y de una exaltación del alma hacia la divinidad, han conocido más ó menos los efectos del principio instintivo que se subleva en el hombre concentrado en sí mismo por la meditación. Tales fueron Plotino y otros filósofos místicos y platónicos de la escuela de Alejandría. Un filósofo de Proconeso, Aristeo, pretendía, según Máximo de Tiro, que su alma le abandonaba para viajar por toda la tierra recogiendo noticias. (Virey).

Parece que todos los relatos á cerca del demonio de Sócrates, las ilusiones de Cornelio Agrippa, de Marco Bruto, Paracelso, Tasso, etc., son perfectamente esplicables por los estados intermedios del magnetismo animal.

Mezcladas á la religión de los galos, de que los druidas eran los ministros, se hallaban muy interesantes prácticas del todo acordes con las del hipnotismo y sugestión. Además de los sacerdotes, había sacerdotisas que se dedicaban exclusivamente al servicio de los dioses y á interpretar sus elevados designios. Los medios de que se valían eran muy parecidos á los que usaban las pitonisas griegas.

---

Con la aparición del cristianismo, el éxtasis profético se alejó de los templos; los dioses cesaron de inspirar á las pitonisas; su voz se apagó poco á poco y el Olimpo enmudeció para siempre. Pero los milagros no dejaron por esto de seguir realizándose. Los santuarios cristianos llegaron á ser teatros de los hechos más extraordinarios y maravillosos; y á medida que Dios se esforzaba en manifestar su poder y grandeza á los mortales, el diablo entraba en abierta pugna con él, para arrebatar almas y poblar sus inmensos círculos.

El demonio, se ha dicho, recogió la herencia de las superticiones paganas. Se apoderaba del cuerpo de los individuos y los hacía ejecutar los actos más estravagantes; despertaba en ellos las malas pasiones, las ideas perversas, siempre torcidas y vituperables intenciones. Los prodigios, las revelaciones, las vistas á distancia, los delirios extáticos, las convulsiones, que los magnetizadores atribuyen al hipnotismo, llegaron á ser á los ojos de los cristianos el resultado de intervenciones diabólicas. (Cullerre).

«Del siglo XII al siglo XVI el culto del diablo hizo rápidos progresos. Los brujos y las brujas se multiplicaron de tal manera que en el año 1600 había cerca de tres mil en Francia solamente. El diablo fué pintado, descrito y estudiado con todos sus detalles; llegaron á conocerse sus costumbres, sus hábitos, sus gustos, sus antipatías; se supo cómo se introducía en los cuerpos de los enfermos; se conoció las fórmulas que eran necesarias para expulsarlo; se tuvo medios seguros para reconocer á los brujos, procedimientos eficaces para hacerlos hablar y ho-

gueras bien encendidas para castigarlos». (Ch. Richet.)

Se creía en la virtud mágica de ciertas fórmulas, de ciertos ungüentos, de ciertas plantas, como la mandrágora, etc.; se tenía ciega fe en los encantamentos, en palabras, á las cuales se les atribuía un poder sobrenatural; en los amuletos, en las bendiciones y en ciertas máximas, á cual más estravagante y ridícula.

Según antigua versión, frotándose la cutis con una pomada, en cuya composición entraban partes del cuerpo del animal llamado *lamia* (vampiro fabuloso, comedor de niños), se caía en catalepsia y se quedaba largas horas en un estado de rigidez y de inmovilidad completas, dando así una prueba patente de la catelepsia por sugestión. (Cullerre).

Las manifestaciones del magnetismo animal abundaban. La historia de aquellos tiempos relatan fenómenos de histerismo que tenían por origen la sugestión ó la exaltación psíquica. «El monge Delépine habla de una especie de letargia de que eran á veces atacados algunos brujos, los cuales quedaban entorpecidos y como muertos en su lecho ó en un rincón de su casa; al despertar creían que ellos acababan de asistir al conciliábulo.»

Hechos completamente semejantes al anterior hemos oído referir á una persona de todo respeto, cuya palabra es acatada por todos los que la conocen. En una ciudad del norte de Chile, donde ha residido por algunos años, tuvo ocasión de observar lo que pasamos á referir.

Acompañada solo de una muchacha de 12 á 15

años vivía en los alrededores una pobre mujer, que pasaba entre todos los vecinos como bruja consumada. Las facciones marcadas y el semblante repelente parecían al menos atestiguarlo. Era fama que estaba en relación con el demonio y que los sábados asistía á las reuniones con las otras brujas. Varias mañanas, y aún entrado el día, se la había encontrado desnuda en un rincón de su cuarto con el semblante horriblemente descompuesto, arrojando espuma por la boca, rígida, y en una insensibilidad absoluta. Las comadres no habían dudado un instante que en aquellos momentos volvía de los conciliábulos ó juntas diabólicas.

La persona que hemos mencionado quiso ver lo estraño que se contaba de esta mujer. Felizmente luego se presentó la ocasión. Una mañana comprobó en realidad un estado de catalepsia perfecto. La mujer tendría unos 53 años á lo más, y era de un temperamento linfático nervioso típico.

En los tiempos en que se perseguía á los pretendidos brujos y á los endemoniados, pudieron observarse hechos curiosos. Influenciados estos por el temor caían en letargia ó en sonambulismo, ó bien eran atacados por violentas convulsiones. Los interrogados desplegaban á veces una desconocida elocuencia para defenderse, ó se entregaban con toda resignación á la voluntad de los jueces. Hubo muchos que contestaban en latín, griego ó en idiomas desconocidos á las preguntas de los acusadores, ó estallaban en torrentes de frases latinas ó griegas mientras se encontraban en el tormento ó en la hoguera. La posesionada Francisca Fellée contó que sobre el cavallete había quedado algún tiempo insensible y sin oir la voz del juez que

la interrogaba. Durante la persecusión de los Hussistas, uno de los sectarios, puesto en tortura, cayó en una letargia tan profunda que el verdugo lo creyó muerto y lo abandonó. Algunas horas después este desgraciado volvía á la vida muy admirado de las heridas que llevaban sus miembros. En 1639 una bruja de Francia fué puesta en el tormento. Mientras que se le rompían las piernas se puso á hablar lenguas desconocidas, y acabó por dormirse en un sueño letárgico.

Más adelante veremos que esto no es producido más que por una exaltación de la memoria que hace recordar aun las cosas que apenas tocaron la imaginación.

Después del tremendo cuanto glorioso fin de Juana de Arco, apareció en Francia una epidemia de heroinas. Ya se había notado antes numerosos casos de licantropía. Dos jóvenes de los alrededores de París se declararon inspiradas por Dios para continuar en su misión. Ambas fueron encarceladas; una se retractó felizmente para ella, y obtuvo su libertad; pero la otra persistió en sus declaraciones, y fué condenada á perecer por el fuego.

En 1486 los licántropos se hicieron más frecuentes; se creyeron cambiados en lobos y devoraron á sus propios hijos. Doscientos de estos individuos acusados de estar poseidos del demonio fueron quemados vivos. (Bouchut).

En 1459 surgió en Artois otra epidemia de posesión demóniaca. Las mujeres confesaban que durante la noche tenían relación íntima con el diablo Para curarles su mal se las mandó á todas á la hoguera.

Hechos análogos se observaron en Colonia, Mayencia, Tréves, Salzbourg; aunque aquí se juntó una ilusión antropofágica. No se varió de terapéutica para estas pobres enfermas; las llamas eran el medicamento obligado y necesario para tales aberraciones de la imaginación; 45 fueron quemadas en un año.

Un poco más tarde, en 1491, las monjas de Cambray entraron en los accesos más estraños de histerismo y de ilusiones magnéticas Adivinaban, según ellas, las cosas ocultas y predecían el porvenir; provocaban con el concurso del demonio las más desastrosas tempestades. (Bouchut).

El siglo XVI fué fecundo en brujerías y en autos de fe; las histéricas y los locos proporcionaron el contingente á las llamas.

En 1549 siete extáticas fueron juzgadas y quemadas en Nantes. Estas mujeres habían permanecido inmóviles varias horas, y se vanagloriaban, dice Calmeil, de conocer lo que pasaba en la ciudad y en sus alrededores durante el curso de sus accesos.

Una religiosa de Salamanca tenía frecuentes éxtasis. Cuando le sobrevenían los ataques su cara y manos perdían el color natural, y su cuerpo entraba en una rigidez tan grande que llegó á creerse que se había convertido en una sola pieza y que sus miembros, dedos, etc., no tenían ya articulaciones.

Santa Teresa tenía accesos de catalepsia histérica que le duraban hasta cuatro días. En estos éxtasis místicos, que le sobrevenían generalmente después del ayuno y la oración contemplativa, ella se creía transportada; se admiraba entonces de las grandes cosas que veía, y, cuando subitamente se iluminaba

su inteligencia, llenaba de admiración á las personas que la rodeaban, quienes siempre la veían con las facultades como entorpecidas. Á medida que su cabeza se alzaba, su cuerpo se hacía menos sensible: en semejante estado podía esplicar el latín de las oraciones sin haber aprendido jamás á traducirlo; oía voces internas que le hablaban á su alma. (Virey).

«Ella misma hace en su autografía un cuadro admirable de las sensaciones y ansiedades que le procuraban estos sueños extáticos.

«Un hecho notable de sugestión hipnótica se observó en 1559. Marta Boissier se pretendía poseida del demonio. El obispo de Angers quiso probarla; ordenó que se le llevase el libro de los exorsismos, y recitó algunas líneas; pero en vez de leer una conjuración, se puso á recitar los primeros versos de la Eneida. La enferma por otra parte no dejó por esto de caer en convulsiones. Otros ardides de este género dirigidos al diablo, por quién esta joven se creía poseida, produjeron el mismo efecto.

Estos resultados recuerdan rasgo por rasgo, hace observar Calmeil, lo que tuvo lugar en el jardín de Franklin».

En muchas convulsionarias y poseidas se notaba una gran exaltación de la agudeza sensorial. Ciertas religiosas de Loudun (1632) oían las palabras dichas en voz baja y á considerables distancias. Recitaban largos pasajes en latín sin haber aprendido jamás este idioma, aunque nó sin haberlo oído nunca. Todo esto provenía de la exaltación de la memoria. En sus transportes convulsivos, las religiosas de Auxonne (1652) parecían tener el don de las lenguas. Respon-

dían en latín á sus exorcistas y hacían en este idioma verdaderos discursos (Cullerre).

El don de las lenguas era, como puede juzgarse, en esta época un fenómeno más frecuente que hoy día. Ambrosio Paré cuenta la historia de un joven atacado de crisis histéricas. El diablo hablaba griego y latín por la boca del enfermo, dice, aunque jamás hubiese aprendido ninguno de los dos idiomas.

El celo de la iglesia continuaba sin entibiarse un instante en su cruzada contra el diablo y sus obras. El inmortal Kepler tuvo que defender dos veces á su madre acusada de magia. (Bouchut)

En 1642 se desarrolló entre las religiosas de Louviers una especie de crisis letárgica. Esperimentaban desvanecimientos, lipotimias, desmayos y verdaderos síncopes en apariencia. Los desvanecimientos duraban una hora ó una hora y media; durante este tiempo la respiración casi desaparecía conpletamente. La hermana María del Espíritu Santo poseida por un diablo llamado Dagón, fué encontrada en la abertura de un pozo, sostenida solamente por los piés y por la cabeza. En otras enclaustradas se notó también una catalepsia perfecta.

Por estos mismos años (1662) apareció en Inglaterra un taumaturgo célebre, cuya historia y curaciones maravillosas han sido repetidas infinidad de veces. Valentín Greatrakes era un gentil-hombre irlandés muy piadoso, sencillo y crédulo. Un día comunicó á su mujer que había oído durante la noche una voz sobre-natural que le advertía el don de curar las enfermedades con que lo honraba Dios; ésta lo creyó loco por el momento, y no vino á conven-

cerse de las maravillas que realizaba sino cuando vió muchas pruebas.

En efecto, por la imposición de las manos hacía desaparecer los dolores, los ataques de epilepsia y de vértigos. Su fama, con este motivo sobrepasó muy luego la Irlanda. Cada día era sorprendido el pueblo con nuevas curaciones. Hasta de las más lejanas comarcas irlandesas acudían los enfermos.

Nuevas inspiraciones le revelaron que podía curar las escrófulas, la fiebre, las heridas, las úlceras, la hidropesía y un gran número de enfermedades. Su reputación aumentó todavía inmensamente. Salido de su país natal, recorrió gran parte de Inglaterra, siendo recibido en triunfo en las ciudades donde se presentaba, y realizando milagrosas curaciones en todas partes.

Para sus prácticas, Greatrakes, empleaba pases á la manera de Mesmer, y producía también crisis magnéticas más ó menos ruidosas.

En la Casa de Niños Espósitos de Hoorn estalló en 1673 una epidemia de demoniopatía. Entre otros fenómenos se observaron rigideces muy marcadas; hubo jóvenes que llegaron á quedar tan rígidas como una barra de fierro.

Como eran protestantes escaparon á los exorcismos; sin embargo, curaron perfectamente después de haberlos dispersado. (Calmeil)

Los ejemplos de catalepsia, letargia y sonambulismo de que se guarda recuerdo, son infinitos; á los ya referidos se podrían agregar todavía muchos otros sacados de las antiguas crónicas ó de los procesos á que dieron lugar las encarnizadas persecuciones con-

tra los brujos. No carecen de interés algunas acusaciones hechas ante el Tribunal de la Inquisición de Lima, y que dieron lugar á ridículas ó á tremendas cuanto injustas sentencias.

Santa Isabel, Margarita del Santo Sacramento, María de la Encarnación, fundadora de las carmelitas de Francia; Magdalena de Pazzi, dice Cullerre, quedaban durante largo tiempo en una muerte aparente.

La superiora de las monjas de Loudun se entregaba con frecuencia á vaticinios que duraban más de dos horas. Vuelta en sí, ignoraba absolutamente todo lo que le había pasado durante sus improvisaciones.

Las religiosas de Auxonne y de Nimes caían en estado sonambúlico á consecuencia de las mismas prácticas exorcistas.

Hechos mucho más estraños que los que dejamos relatados, acaecieron en el siglo XVIII. El progreso intelectual alcanzado en esta época solo pudo salvar del tormento ó de las llamas á muchos desgraciados. «Fué suficiente un solo calvinista poseido del espíritu de Dios, salido de una aldea del Delfinado, para comunicar á todo un pueblo el espíritu profético. Soplaba en la boca de los neófitos para trasmitirles la inspiración; éstos, á su turno, hacían el mismo servicio á sus amigos, de tal suerte que gracias á esta especie de influjo magnético, y á la imitación, este magnetismo no menos poderoso, se levantaron en el Delfinado, Vivarais y los Cevennes ocho ó diez mil profetas en algunos años. Hombres, mujeres, niños y viejos profetizaban sin descanso; todo el mundo predecía el porvenir. Niños de tres años que no habían

hablado más que la gerga de su país, entraban en éxtasis singulares, y se espresaban en buen francés con una volubilidad admirable, y anunciaban la próxima destrucción de la Babilonia papista». (Calmeil—Cullerre).

La pastora de Creta, añaden los mismos autores, fué una de estas inspiradas profetizas. Era una pobre muchacha que padecía de accesos de sonambulismo, de letargia y de catalepsia. Sumergida en el sueño magnético entonaba salmos y canciones perfectamente inteligibles. «Después de cantar se le oía improvisar oraciones, recitar largos párrafos de la Biblia, comentar las Santas Escrituras, apostrofar á los impíos y principiar sermones llenos de vigor y elocuencia. Después de los accesos no recordaba absolutamente nada de todo lo que había dicho». (Calmeil).

Jacobo II, desterrado á Francia y muerto en Saint-Germain, había recibido, se dice, como sus predecesores, el don de hacer milagros. Su distracción favorita era curar las escrófulas, dar vista á los ciegos y volver la palabra á los mudos. Los reyes de algunos países de Europa tenían, según se asegura, un don semejante. Pirro y Vespasiano curaban también enfermedades por simples tocamientos.

Uno de los acontecimientos más célebres que menciona la teurgía, es el que se efectuó en plena capital de Francia y que tuvo por teatro la tumba del diácono jansenita llamado Páris, en el cementerio de Saint-Médard. Había muerto con olor á santidad, y se contaban cosas maravillosas ejecutadas durante su vida. Al principio los enfermos concurrían de no-

che y se acostaban sobre la losa de la sepultura para que el alma del muerto les diera la salud. El terror y la fe se apoderaba del espíritu de estos individuos; tenían violentas crisis nerviosas, y se encontraban curados.

El ruido de las curaciones instantáneas atrajo bien pronto un número inmenso de peregrinos. Los ciegos venían á buscar la luz, los mudos la palabra, los paralíticos el movimiento. El éxito, como puede sospecharse, era triste; pero por demás consolador para aquellas gentes. La epidemia de *flagelantes* que apareció con este motivo, fué causa de los más escandalosos espectáculos en la puerta del cementerio y en las mismas calles públicas.

Entre los taumaturgos célebres se menciona á Gassner, sacerdote de una parroquia de Suabia. Convencido de que la mayor parte de las enfermedades no eran más que el resultado de acciones malévolas, dirigía siempre su tratamiento á con vatir la causa de la afección. Si el diablo, como él decía, introducido en el cuerpo de las víctimas producía aquellos trastornos, era necesario arrojarlo inmediatamente. Comenzaba sus curaciones por un exorcismo para probar si era unicamente el demonio la causa de la afección ó no. En los casos en que sobrevenían crisis se trataban como posesión; en los que las conjuraciones quedaban sin efecto, se decía que la enfermedad tenía causas esclusivamente naturales. Los primeros enfermos eran tratados por Gassner á su manera, los segundos eran abandonados á los médicos ordinarios.

Sus primeros clientes fueron sus propios feligreses.

Pronto su renombre se estendió en Suabia, en la Suisa y el Tirol.

Á principios de este siglo, cuando todavía estaban frescas las ardientes discusiones que provocaron Mesmer y sus partidarios, apareció en Wurtemberg una sonámbula magnética que causó la admiración de cuantos la observaron. Era presa de las más estrañas alucinaciones, y tomada de cuando en cuando de violento delirio. «Percibía en el ojo derecho de un hombre una segunda persona más grande ó más pequeña que la original. En una burbuja de jabón veía las personas ausentes y los sucesos que estaban por realizarse. Leía las palabras colocadas sobre su estómago; distinguía sus órganos interiores y los de los demás; tenía inspiraciones proféticas; prevenía los accidentes y anunciaba la muerte de sus deudos; reconocía las enfermedades é indicaba los remedios que convenían en cada caso. Por la aplicación de la mano sobre el vientre hacía expulsar la lombriz solitaria; por un amuleto de hojas de laurel curaba las enfermedades mentales. Habiéndose encontrado enferma ella misma, se prescribió polvos de verrugas de caballo y se sintió perfectamente buena. Por siete pases magnéticos alejaba los dolores de pecho; eran necesarios tres veces siete para quitar los dolores de cabeza, y siete veces siete para los sufrimientos de cualquiera de las otras partes del cuerpo. Curaba las demás enfermedades por tres palabras cabalísticas escritas sobre un amuleto. En fin, ¡maravilla de las maravillas! veía con toda nitidez el alma humana, y describía su forma, y hasta su color.!» (Cullerre).

En la actualidad hay pueblos que practican aún el

hipnotismo con un fin religioso o terapéutico. Existe todavía en la India gran número de magos ó adivinos que tratan las enfermedades de un modo idéntico al sistema seguido por los más entusiastas y rutinarios discípulos de Mesmer.

Desde hace más de 2500 años los Djoguis y Fakirs del mismo país practican el magnetismo con el objeto de unificarse con Dios en una especie de éxtasis. Consiguen dormirse mirando el estremo de su nariz ó un punto lejano del espacio. Permanecen en catalepsia y en una misma actitud durante largas horas.

«Se habrá leido tal vez á este respecto en un diario respetable (*Revue des journaux et des livres* 1885, N.º 23) cosas tan dignas de admiración que uno se pregunta si deben tomarse las asersiones del autor como la espresión verdadera de su pensamiento ó más bien como un arranque humorístico. Hay, según parece, tres escuelas de Djog en la India, una situada en las riberas del Ganges, la otra sobre la costa de Orissa, y la tercera en el sur de la península; ellas se comunican hipnóticamente entre sí de la manera más regular. Dormirse á distancia, quedar hipnótizados días y semanas enteras, tan inmóviles como columnas, entregarse á una voluntad superior que sustituye los cerebros de los unos á los otros, cambiar á millares de kilómetros las impresiones más precisas, es un juego para los Djoguis.

He aquí algo suficiente para desanimar á los más lúcidos sonámbulos europeos, á menos que todo esto no sea más que un tejido de invenciones destinadas á divertir á los Djoguis á costa nuestra.» (Cullerre).

En una carta dirigida del Cairo en el mes de Fe-

brero de 1860 por el doctor Rossi al redactor de la *Gazette medicale de París,* le suministra detalles preciosos sobre los procedimientos empleados por algunas sectas para producir el sueño magnético.

Los *mandeb* escojen en general para sus experiencias á un sujeto joven, y le ordenan fijar la mirada en el centro de dos triángulos entrelazados, donde hay palabras cabalísticas trazadas como los triángulos con tinta negra en el fondo de un plato perfectamente blanco, y hecho más luciente por la aplicación de algunas gotas de aceite.

«El sujeto comienza por ver un punto negro en el medio del plato; luego observa que se agranda; algunos instantes después cambia de forma, se convierte en diversos cuerpos que revolotean delante de sus ojos. Llegado á este punto de alucinación, el sujeto adquiere á menudo una lucidez sonambúlica tan extraordinaria como la de los magnetizados. *(Luis Figuier, His. des mervei).*

Los monjes cristianos del monte Athos observan prácticas parecidas á las de los Fakirs de la India para sumergirse en el sueño magnético; pero en vez de mirar su nariz, caen en estado cataléptico por la prolongada contemplación de su ombligo.

En Persia, Asia Menor, India, China, África, etc., hay individuos que toman el hipnotismo como un medio de placer. Durante el sueño experimentan voluptuosas sensaciones, que han sido preparadas por la fijación de la mente en estas ideas antes de quedarse dormidos.

La tribu de los Beni-Aiaoussas de Constantina, practica ciertos ejercicios que traspasan ya los lími-

tes de lo verosímil. Las fiestas tienen lugar generalmente de noche, á la luz de la luna, y en una llanura solitaria. Al rededor de grandes fogatas se sientan los concurrentes; los músicos que hacen oir los sonidos acompasados y monótonos del tamboril y las castañuelas están un poco más distantes. Á una señal comienzan todos á ejecutar variados movimientos de cabeza, después del tronco, y por último, se entregan á las más desordenadas contorsiones. Con los ojos inyectados de sangre y casi fuera de las órbitas, con la espuma en los labios y el cuerpo cubierto de sudor, hacen todavía mil gestos y movimientos. En un instante el ruido y la algazara llega á su máximun. Poco á poco las voces se apagan; los cuerpos rendidos caen en convulsiones ó quedan completamente inmóviles.

Algunos son tomados de delirio magnético y otros permanecen en letargia y en insensibilidad absoluta. Los más lúcidos se atraviezan los tegumentos con puñales, tragan vidrio machacado, se aproximan tizones encendidos ó marchan sobre barras de hierro enrojecidas. Se les ha visto flagelarse horriblemente, ó introducirse en la boca higos de Berberia que les desgarraban la lengua, y cuyas largas y fuertes púas atravezaban y salían fuera de las mejillas.

## DATOS HISTÓRICOS SOBRE LAS DOCTRINAS MAGNÉTICAS

Es preciso remontarse á las más antiguas edades y analizar con alguna detención las ideas de los primeros filósofos para encontrar los fundamentos de las doctrinas magnéticas que nacieron á fines del siglo pasado.

Las cosmogonías de los caldeos, de los egipcios, de los griegos, etc., que establecían cierta relación entre los cuerpos celestes y las creaturas de la tierra, sirvieron de base á Paracelso, Van-Helmont, etc., para sus elucubraciones á cerca de la existencia de un fluido que ponía en conexión todos los cuerpos del universo. En la astrología propia de los asirios se menciona una fuerza superior por la que se es dueño de la existencia y de los pensamientos de otro; esta ciencia se encontraba en poder de los sacerdotes, personages que ciertos dones y cierto poder sobre-natural colocaban por encima de los demás hombres.

Los más antiguos sabios, como Tales de Mileto; los poetas y filósofos como Hesíodo, Leucipo, Demócrito, etc., creían en un fluido sutil que influenciaba todo lo existente. Hesíodo decía que el caos se había desenredado por el amor, y Empédocles que los principios de la vida eran el amor y el odio, es decir, la atracción y la repulsión, los que mantenían el movimiento en el universo.

La observación de las propiedades de los cuerpos resinosos, que fueron los primeros indicios de los brillantes descubrimientos posteriores de la electricidad, hicieron nacer ideas más ó menos vagas acerca de un fluido universal, ideas que permanecieron latentes hasta el siglo XIV ó XV.

Ficinio y Pomponáceo admitían que había ciertas personas dotadas de un poder atrayente y de una fuerza especial capaz de influir en la voluntad de sus semejantes.

Paracelso, que produjo una verdadera revolución en la medicina de su tiempo, decía que la fuerza vi-

tal procedía de los astros, y que existía un fluido simpático entre los mundos celestes y las creaturas vivientes. Pretendía que el hombre estaba dotado de un doble magnetismo; uno para sus facultades intelectuales y morales y otro para sus funciones orgánicas; el primero venía de los astros, el segundo de los elementos materiales. Sostuvo la teoría de los polos que tomó después Mesmer y modificaron sus discípulos.

Agrippa de Nettesheim y Jerónimo Cardan pretendían que todos los cuerpos del universo estaban ligados por simpatías ó por antipatías naturales, que el sol estaba en armonía con el corazón, y el aire y la luna con los humores y el agua. (Cullerre).—Como se notará, éstas no eran más que reminiscencias de las antiguas cosmogonías y de la ciencia astrológica de los caldeos.

Los estudios hechos sobre el magnetismo mineral dieron grande impulso á estas ideas, y cuando el físico inglés Gilbert publicó su libro titulado *Del magnetismo*, se creyó reconocer en este agente el principio universal de todas las cosas.

Van-Helmont, Roberto Fludd, el jesuíta Kircher, Stahl, Wirdig, etc,, profesaron ideas de esta clase, y algunos llegaron á avanzarse demasiado en este imaginario camino.

Á principios del siglo XVIII, cuando se comenzaron investigaciones serias sobre la naturaleza y propiedades de la electricidad, se produjo un gran entusiasmo en el mundo médico; se aplicó el fluido en diversas enfermedades, con éxito mediocre naturalmente; surgieron principios nuevos á cerca de la

constitución de los cuerpos; se levantaron violentas discusiones, y solo cuando los físicos hubieron continuado sus estudios y dilucidado varios puntos oscuros, vino á quedar la cuestión del fluido eléctrico y la de los imanes en su verdadero terreno.

Estas fueron, pués, las primeras luces, los estudios precursores de los de Mesmer y de sus discípulos, es decir, la base sobre que fundaron su sistema que tanta boga alcanzó á fines del siglo pasado.

El jesuíta Kircher había llamado al *magnetismo animal* por su nombre, y el padre Hell, sábio físico y astrónomo, comenzaba sus esperimentos casi al mismo tiempo que Mesmer.

Pero el principal propàgandista del magnetismo animal fué, sin duda, Antonio Mesmer. Dotado este personage singular de talento, elegancia y belleza, fascinaba á sus clientes con la mirada y daba prestigio á sus doctrinas con sus atractivos personales. Su ambición por la gloria y el renombre, no disimulado á veces, hizo que decayera ante la opinión de los sabios; pero el vulgo recompensó demasiado esta especie de derrota de sus ideas, dándole magníficas muestras de simpatía y popularidad; era lo que principalmente deseaba Mesmer; así lo dejaba traslucir en los numerosos escritos que publicó y en los diferentes rasgos de su vida.

No seguiremos en este trabajo todas las peripecias que experimentó Mesmer mientras se ocupó en propagar sus doctrinas, porque ya están demasiado repetidas, y pueden encontrarse en cualquiera de las numerosas obras que se han escrito sobre el magneismo. Nosotros nos limitaremos solamente á examit-

nar los fundamentos de sus ideas, ó sea lo que él llamaba las leyes del fluido universal, á que atribuía el hipnotismo y sus variadas manifestaciones.

Expulsado de Viena como un charlatán, se trasladó á París, donde no fué al principio tratado con mayores consideraciones. Se inició silenciosamente, obteniendo algunos éxitos en sus curaciones, pero fracasando en el mayor número de casos. Los médicos á quienes participó su sistema, se mostraron escépticos y no volvieron á ocuparse siquiera de él. Pero Mesmer no demayaba; pretendió entonces haber obtenido maravillosas curaciones; más, como esto no diera á sus doctrinas todo el brillo que esperaba, publicó en 1779 su *Memoria sobre el descubrimiento del magnetismo animal.* En esta obra espuso la esencia de su sistema. Sienta en ella como un hecho la influencia ejercida por un fluido universal, sutil y que llena todo el espacio, sobre los astros, la tierra y los cuerpos animales. Este fluido sería susceptible de recibir, propagar y comunicar todas las impresiones del movimiento por leyes mecánicas desconocidas hasta el presente, causas de efectos alternativos, especies de flujos y reflujos. Las propiedades de la materia y de los cuerpos organizados dependen, según él, de esta actividad constante. Este agente afecta la sustancia de los nervios, entre la cual se insinúa. El cuerpo humano tiene propiedades análogas á las del imán; se distinguen polvos diversos y opuestos; pero que pueden ser cambiados, destruidos ó reforzados; se observa aún el fenómeno de inclinación como en la aguja magnética. Esta propiedad del cuerpo humano la llamaba *magnetismo*

*animal*, espresión que ya había usado mucho antes el Padre Kircher. Su acción y su virtud pueden ser comunicadas á otros cuerpos animados ó inanimados más ó menos susceptibles. Esta virtud puede ser reforzada y propagada por los mismos cuerpos. La acción tiene lugar á una distancia alejada sin el concurso de ningún cuerpo intermediario; los espejos la reflejan y la aumentan como la luz; el sonido la comunica, la propaga y también la aumenta. Esta virtud magnética puede todavía trasportarse y concentrarse. Por el contrario, hay cuerpos animados, aunque muy raros, que tienen una propiedad tan opuesta que su sola presencia destruye los efectos del magnetismo en los otros cuerpos. Esta virtud opuesta penetra también todos los cuerpos; puede ser igualmente comunicada, acumulada, concentrada reflejada por los espejos, propagada por el sonido, etc. Los imanes estaban en la categoría de los cuepos imantados, en los cuales el fluido se encontraba acumulado en gran cantidad (Virey).—Por la anterior esposición se notará que Mesmer era hábil y sutil como su mismo fluido. Sus obras, que revelan un agudo ingenio, no fueron suficientes para calmar la exacerbación de la incredulidad que se hacía cada vez más pronunciada entre los hombres de saber, á medida que su prestigio aumentaba en el vulgo.

Acompañado de D'Eslon, doctor regente de la Facultad de Medicina de París, que se hizo partidario entusiasta del magnetismo animal, Mesmer comenzó por hacer numerosos discípulos y principió entonces su inmensa popularidad.

La Academia de Ciencias, la Sociedad Real de

Medicina y la Facultad, condenaron el *magnetismo animal,* ó el *mesmerismo* como una supercheria; pero esto no sirvió más que para dar mayor fama y nombre á Mesmer.

Se fundó en París una corporación titulada «Sociedad de la armonía», compuesta de entusiastas partidarios del mesmerismo. Las sucursales de esta asociación se estendieron muy luego á las principales ciudades de Francia.

Mesmer, después de haber reunido una hermosa fortuna con la esplotación de su sistema, se retiró á vivir en una casa de campo.

Sus discípulos continuaron su obra. En todas partes se hipnotizaba con ardor. La teoría del fluido había llegado á su apogeo. Ya no podía siquiera haber duda acerca de su existencia. Los hipnotizados veían establecerse la corriente entre ellos y la persona que experimentaba; distinguían con toda claridad una especie de aureola al rededor del cuerpo del hipnotizador; algunos llegaban á diferenciar el fluido positivo del negativo por su color y la velocidad de las corrientes. Fácil es comprender que todo esto no era más que un conjunto de ilusiones engendradas sencillamente por la sugestión.

El marqués de Puysegur, uno de los más celosos partidarios del mesmerismo, descubrió después el *sonambulismo magnético.* Es necesario decir que ni aún Mesmer pudo definir los diversos estados del hipnotismo. Al rededor de su famosa cubeta se veían convulsionarios, extáticos, personas delirantes; pero ni él, ni sus discípulos se habían preocupado de separar, por decirlo así, estos diferentes estados.

El marqués de Puysegur notó que algunos individuos sometidos á las prácticas magnéticas, llegaban á ser lúcidos, susceptibles de egecutar cualquier acto, como una persona despierta, y de recibir perfectamente bien cualquiera sugestión. El atribuía estos fenómenos más bien al poder de la voluntad que al fluido de Mesmer. Su manera de apreciar el fenómeno se diferencia esencialmente del modo como como hasta entonces lo habían hecho los mesmeristas.

Muy poco después de la teoría mesmeriana se levantaron otras que diferían muy poco entre sí, y que se tocaban en muchos puntos con la primera. El caballero Barbarín inventó la teoría espiritualista, y pretendía operar maravillas solo por las fuerzas del alma y por medio de la oración. El doctor Pétetin, de Lyon, suponía que todos los síntomas observados en las personas magnetizadas eran producidos esclusivamente por la electricidad animal. Fué él quien descubrió los síntomas cataleptiformes, ó más bien, el estado que hoy se conoce con el nombre de *catalepsia.*

Las revolución francesa y las prolongadas guerras europeas detuvieron por algún tiempo los estudios sobre el hipnotismo. En 1815 cuando las nubes revolucionarias se habían disipado, los antiguos partidarios de Mesmer se reunieron para continuar sus interrumpidos trabajos.

Por esta época apareció el abate Faría, quien provocaba el sonambulismo por simple sugestión, y determinaba los más variados fenómenos en los individuos que concurrían á ponerse bajo el dominio de su poder. Para hipnotizar á sus sujetos los hacía ce-

rrar los ojos y les recomendaba abstraerse completamente. Después con voz imperiosa les decía:—¡Dormid! El sueño magnético se producía pronto.

Como un hipnotista de 1885, dice Cullerre, proclamaba la naturaleza sugestiva de los fenómenos magnéticos; colocaba la causa del sueño lúcido así como designaba el sonambulismo provocado en el sujeto mismo. Á pesar de estas sensatas hipótesis, el abate Faría cayó en el ridículo.

Varios médicos siguieron ocupándose del magnetismo. El Dr. A. Bertrand inauguró en 1819 un curso brillante sobre el magnetismo animal. Más tarde publicó su *Tratado del sonambulismo.* Recamier y Cloquet hicieron operaciones durante el sueño hipnótico.

La Academia de Medicina nombró diversas comisiones en los años que siguieron para analizar la cuestión del magnetismo. Su opinión continuó siendo la que se formó la célebre comisión que examinó las experiencias de Mesmer. El premio Burdin abierto en 1837 no contribuyó á verter más luz sobre este asunto.

El año 1842 marca la fecha en que el hipnotismo comienza á despojarse de los innumerables errores con que lo adornaba la ignorancia, y entra ya á formar entre los hechos científicos. En ese año James Braid, cirujano de Manchester, publicó una obra titulada *Tratado del sueño magnético,* en que el hipnotismo es mirado bajo su verdadero aspecto. Separó todo lo maravilloso que lo desprestigiaba; estudió la sugestión, y ensayó esplicaciones racionales para darse cuenta de la exageración de la delicadeza del

tacto y de los demás sentidos. En la serie de experiencias que practicó, dejó definidos de una manera más ó menos perfecta, todos los caracteres del sueño magnético y los síntomas especiales con que se presenta en las distintas personas en particular.

Los métodos para producir el sueño consistían en hacer mirar fijamente el cuello de una botella, una bola de vidrio, una cubeta de mercurio ó una luz brillante cualquiera. Su sistema completamente nuevo hasta entonces recibió el nombre de *braidismo* ó de *hipnotismo.*

Sin embargo, á pesar de la exactitud y verdadera ciencia de que estaban penetrados los trabajos de Braid, no tuvieron sino un éxito mediocre. Pasaron algunos años sin que los hombres de saber se apercibieran de su importancia. Es generalmente en el silencio como la ciencia funda sus principios.

Por el contrario, en vez de continuar por la senda trazada por Braid, algunos tergiversaron sus ideas, y oscurecieron sus sabias doctrinas. Grimes en América empezó á enseñar la *electro-biología,* que es una mezcla de *braidismo* y de hipótesis indemostrables.

En Alemania, Reichenbach, en el curso de sus experiencias hipnóticas, proclamaba la existencia de un agente que designaba bajo el nombre de *fuerza ódica,* por medio de la cual esplicaba los fenómenos que no tenían otra causa que la sugestión, cuyo poder había hecho conocer Braid.

En Francia el braidismo fué ignorado por largo tiempo. Antes de conocerlo, el Dr. J. P. Philips inventó su doctrina del *electro-dinamismo vital,* que como la *electro-biología* tenía por objeto dar una espli-

cación racional de los fenómenos magnéticos. Según esta doctrina, la ausencia de pensamiento producido por la fijación de un punto luminoso, determina en el cerebro la acumulación de fuerza nerviosa, una especie de *congestión intelectual.*

Poco á poco los estudios de Braid fueron difundiéndose. Littré, Robin, Beraud y Müller lo mencionan en sus obras.

«En Diciembre de 1859 Velpeau presentaba en nombre de Broca á la Academia de Ciencias un trabajo sobre el hipnotismo aplicado á la anestesia quirúrgica.» (Cullerre). Guérieau, Follin, etc. practicaron varias operaciones durante el sueño magnético.

Seis años más tarde Laségue publicaba curiosas experiencias sobre sonambulismo y catalepsia hechas en personas histéricas. Charcot y Richer lo siguieron después, y los estudios practicados por estos dos sabios desde 1875 han sido repetidos y ampliados en Europa y América. Sus curiosos experimentos sobre sugestión, sobre la aplicación de la electricidad y los imanes son completamente originales. Respecto á la esencia del hipnotismo sostienen que «no es otra cosa que un estado nervioso artificial, cuyas manifestaciones múltiples aparecen ó se desvanecen según las necesidades que requiera el estudio ó la voluntad del observador.» (Charcot et Richer, *Archives de neurologie*).

Vistos los adelantos experimentados por el magnetismo animal hasta la fecha de nuestro relato, se podría decir que con meras hipótesis inventadas á cerca de su causa tendió más bien por un momento á retroceder. Por fortuna las ideas del doctor Baréty

no han tenido eco entre sus colegas ni en el público, y hoy, fuera de un cortísimo número de discípulos que aún las defienden, nadie se preocupa de ellas.

He aquí en que consisten estas hipótesis: «Además del calor y de la electricidad, existe en el hombre una fuerza especial aún no estudiada, á la cual el señor Barèty da el nombre de *fuerza néurica.* Esta fuerza tendría las mismas propiedades que las otras fuerzas naturales, y como ella sería una transformación del movimiento y se trasmitiría por las ondulaciones del éter, existiría en el sistema nervioso en el estado estático y dinámico, y podría en ciertas personas escaparse y quedar aislada, en una palabra, sería una *fuerza radiante.* Esta hipótesis de la *fuerza néurica radiante* parece ser solamente el *fluido* de Mesmer y de los magnetizadores. El fluido del doctor Baréty se escaparía por los ojos, los dedos y por el soplo. Por el soplo produciría el hipnotismo, por los ojos y los dedos la anestesia». De más está decir que estas ideas no tienen fundadamento alguno, y que su autor y defensores las sostienen por el derecho que posee cada cual de inventar hipótesis y apreciar como le parezca más conveniente un fenómeno cuya explicación no se conoce todavía en todos sus detalles.

En una larga lista de nombres distinguidos entraríamos si nos propusiéramos mencionar á todos aquellos maestros que se han ocupado de la hipnosis. Sus trabajos son sin duda numerosos y sus descubrimientos importantes. Nos contentaremos con apuntar aquellos que primero se nos vienen á la mente, ya que no podríamos decir los principales, puesto

que casi todos son eminentes en la ciencia y ocupan honrosos puestos en el mundo sabio.

Entre otros muchos figuran Bourneville, Regnard, Heidenhain, Binet, Feré, Grützner, Berger, Liébault, Bernheim, Dumontpallier, Beaunis, Cullerre, etc. etc.

## III

### MÉTODOS DE HIPNOTIZACIÓN

La boga que alcanzó el magnetismo animal á fines del siglo pasado y á principios del presente, hizo aparecer en cada una de las ciudades de Europa un buen número de discípulos de Mesmer que preconizaban á todos los vientos las ventajas del nuevo sistema. Pero si bien es cierto que en un principio el entusiasmo que despertó el magnetismo atrajo la curiosidad de todos, solo un reducido número tenía en sus manos los secretos de la nueva ciencia. Mesmer mismo dió á conocer su descubrimiento á unos pocos alumnos que quisieron aprender de boca del maestro el manual operatorio que éste empleaba para producir tan maravillosos resultados.

Se necesitaba de una constitución especial, de una fuerza magnética poderosa, de una mirada espresiva y, sobre todo, era preciso conocer á fondo los secretos de la nueva doctrina. Mesmer usaba un trage particular é iba provisto siempre de una varilla de vidrio de que se servía para hacer *los pases* en las distintas partes del cuerpo. Casi este mismo sistema

fué usado hasta mediados del presente siglo, cuando el cirujano inglés Braid, que dudaba de la existencia del fluido magnético, estudiando lo que más le había llamado la atención, descubrió la realidad de este fenómeno fisiológico, que desde entonces tomó el nombre de *hipnotismo.* La sagàz observación de Braid llegó á convencerlo de que el magnetizador representaba un papel meramente pasivo y solo el hipnotizado era el que producía en su organismo aquel maravilloso fenómeno.

Desde esta fecha la práctica del hipnotismo ha entrado en un terreno verdaderamente científico y merced á esto ha podido escapar del descrédito que el magnetismo animal mereció de parte de las personas serias é ilustradas, cuando su práctica estaba entregada por completo en manos de charlatanes.

Casi no había necesidad de que repitiéramos aquí que se ha desterrado en absoluto aquel famoso sistema de *pases,* y que los procedimientos empleados por los magnetizadores de principios del siglo, son puestos en práctica actualmente solo por aquellos que estudian el hipnotismo bajo el punto de vista especulativo.

Los sistemas usados hoy día son por demás sencillos y aunque dejamos ya consignado el procedimiento que podríamos llamar clásico, no está demás que tratemos de dar á conocer los más comunes.

El hipnotizador puede obrar sobre el hipnotizado ya por medio de impresiones psíquicas, ya por impresiones sensoriales, por acción física y aún tóxica. Se desprenderían de aquí cinco grandes grupos, á los que podríamos agregar, pero solo para los ya hipno-

tizados anteriormente, la sugestión. Pasaremos, pués, á estudiar y á analizar cada uno de estos grupos y trataremos de citar algunos casos prácticos.

Hay un número no muy reducido de personas que obedecen á las impresiones psíquicas, ya del orden afectivo, ya del intelectual; una impresión moral intensa ó solo la mirada expresiva basta para hacerles caer con toda facilidad en el sueño hipnótico. Se cita casos de individuos á quienes se les ha hecho creer que á una hora determinada se les iba á hacer dormir sin que ellos pudieran impedirlo y ha bastado esta sola impresión para que á la hora indicada se durmieran profundamente. Nosotros hemos tenido oportunidad de observar un caso más ó menos semejante: se trataba de un pobre hombre de 20 á 25 años de edad, perfectamente bien constituido y robusto y que aseguraba que no era posible hacerle dormir por el procedimiento ordinario, que él nos veía poner en práctica. Le hicimos consentir que realmente su constitución le favorecía, pero que no resistiría á la acción de varios imanes poderosos. Le colocamos en una silla, le pusimos en la frente y las sienes dos ó tres pedazos de hierro que jamás habían estado en contacto con un imán y fué lo suficiente para que el individuo se durmiera antes de tres minutos. Es, pues, importante tratar de convencer de antemano á la persona que va á ser hipnotizada de que es posible hacerle dormir por este ó aquel procedimiento; una vez conseguido esto se lleva ya la mitad del camino andado.

En la historia del magnetismo animal hay también un caso cuyo relato hacen casi todos los autores

antiguos y que es una prueba práctica del efecto de las impresiones morales en cierta clase de sujetos. El Dr. D'Eslon magnetizó *un árbol* de entre muchos otros que había en el jardín Franklin, por los procedimientos que en aquella época (á principios del presente siglo) se ponían en práctica. Quiso demostrar que en efecto aquel árbol tenía el fluido magnético y para convencer á varios espectadores, hizo que un joven, que escogió de entre los presentes, fuera tocando uno por uno los distintos árboles, pero cuidó de no advertirle cual era el magnetizado. El joven al tocar el primero sintió una impresión bastante estraña y á medida que avanzaba se iba poniendo cada vez más y más pálido; no alcanzó á llegar al quinto sin quedar perfectamente dormido, mientras tanto el árbol magnetizado estaba todavía á más de 27 pies de distancia. El individuo se había dormido solo por la impresión que la idea le había producido.

La historia del magnetismo animal nos suministra también otro ejemplo que es conocido de cualquiera que se haya dado la molestia de ojear alguna obra sobre la materia. El abate Faría, célebre magnetizador, que hacia el año 1815 recorrió las principales ciudades de Europa, hipnotizaba por medio de la sugestión, sin necesidad de valerse del sistema de pases, único que se había puesto en práctica hasta entonces. Invitaba al individuo que quería hacer dormir (y por lo demás no dejaba de hacerlo con cualquiera persona que se le presentase) á cerrar los ojos y en seguida, con tono imperativo le decía: «Dormid». La fama de que iba precedido y el modo

como daba esta orden, bastaban para impresionar á cualquier individuo, por resistente que pareciera para perder del todo su propia voluntad.

Las impresiones psíquicas de orden intelectual pueden producir el mismo resultado que las impresiones morales, y hay cierta clase de personas en las que es preferible recurrir á ellas para producir el hipnotismo. A las histéricas, por ejemplo, cuya viveza de imaginación les impide poder fijar su atención aún por cortos instantes sobre cualquiera idea, es fácil hacerlas dormir fatigando su inteligencia mediante una serie sucesiva de preguntas; la fatiga intelectual es la consecuencia y el sueño no se hace esperar. Por otra parte, si es más fácil hacer dormir á las personas ignorantes que á las instruidas, depende esto de que en las primeras la inteligencia se encuentra en un estado de inercia, que facilita la hipnotización en esta clase de sujetos.

Las impresiones sensoriales traen también el sueño con facilidad, pero á condición de que sean *débiles*, *monótonas* y *repetidas*. Para cada uno de los sentidos podemos valernos de una exitación particular: un objeto brillante para la vista, el tic-tac de un reloj para el oido ó la repetición de un sonido cualquiera, las presiones en ciertas partes del cuerpo y principalmente en las de más esquisita sensibilidad para el tacto. Antes de pasar adelante debemos hacer una salvedad con respecto á los caracteres de estas impresiones sensoriales; si bien es cierto que en la generalidad de los casos solo las que son débiles producen el sueño, en las histéricas, por el contrario, un ruido fuerte ó cualquiera excitación

sensorial que tenga este carácter, como la luz de un alambre de magnesio, por ej., basta para hacerlas caer inmediatamente en un estado particular que estudiaremos más adelante y que ha recibido el nombre de *catalepsia.*

Con respecto á las impresiones táctiles, será este el momento oportuno de ocuparse de lo que se ha dado en llamar *zonas histerógenas* ó *hipnógenas.* Es cierto que en algunas personas, y tal vez solamente en ciertas histéricas, hay una región determinada del cuerpo cuya presión ó exitación produce el sueño hipnótico; pero de aquí á deducir que en todos los individuos hay una *zona hipnógena* determinada, hay todavía gran distancia. En las histéricas se ha dado como regla para determinar esta zona el buscar el órgano ó parte del cuerpo de que se queja ordinariamente la enferma; así, por ej., sería el estómago para las que sufren de gastralgias; los ovarios para las que padecen de accidentes convulsivos, etc. Sin embargo, está todavía muy poco probado no solo que sea esta la manera de encontrarlas, sino aún hay muchos que niegan su existencia hasta en esta clase de enfermas, y para éstos el sueño se produciría nó por la exitación táctil, sino por la impresión moral que se le sugiere á la persona que se hipnotiza.

Para que la existencia de estas *zonas hipnógenas* ó *histerógenas* quedara demostrada de manera que no pudiera dar lugar á dudas, sería preciso que se experimentara sobre individuos que ignoraran por completo lo que pensara hacerse con ellos y que, hecha la compresión de tal ó cual parte del cuerpo, se pro-

dujera el sueño hipnótico sin más trabajo. Pero la manera como de ordinario se hace no está al abrigo de objeciones que no es fácil refutar. Se toma á un individuo enfermo de tal ó cual afección, epilepsia ó cualquiera otra poco importa, se le dice que se le va á hacer dormir comprimiéndole tal ó cual parte del cuerpo y en algunos de estos pacientes se produce en realidad el hipnotismo; pero (y esto debemos tenerlo presente) ¿ha sido aquí la idea sugerida al individuo la que le ha traido al sueño ó solo se ha producido este resultado por la simple presión ó exitación de la zona hipnógena? Quedamos, pués, en la incertidumbre de poder dar una esplicación satisfactoria, y solo será posible resolver este problema cuando se opere como lo dejamos indicado más arriba. Entre tanto nosotros seguiremos creyendo que la existencia de estas *zonas* no está todavía demostrada de una manera fehaciente y que es preciso hacer nuevos experimentos.

Si las exitaciones sensoriales pueden producir el sueño hipnótico, con la supresión de estas mismas exitaciones puede conseguirse idéntico resultado. Basta colocar á algunas personas en la oscuridad para hacerlas caer en el hipnotismo y á otras basta cerrarles los párpados para obtener el mismo efecto.

El hipnotizador tiene todavía otros medios de que valerse y que podríamos llamar mecánicos. En esta categoría entran la modificación de la presión intraocular, la convergencia de los ejes ópticos y la compresión de los globos oculares. De estos distintos procedimientos el más recomendable tal vez es el segundo; basta colocar delante de los ojos de la per-

sona que se quiere hipnotizar y á una distancia de 8 á 10 centímetros un objeto cualquiera que el individuo debe mirar fijamente, para que dentro de poco se obtenga el cansancio de la vista y, como consecuencia de esto, el sueño.

Por procedimientos físicos es también posible producir el hipnotismo, ya sea por la aplicación de imanes ó de armaduras metálicas sobre regiones variadas del cuerpo. La electricidad produce idéntico resultado y entre nosotros está todavía fresca la discusión sobre la electro-anestesia que, según entendemos, no era otra cosa que la producción del sueño hipnótico ó simplemente de la anestesia, en determinadas personas, mediante el empleo de la electricidad. Con respecto á los imanes volveríamos á repetir aquí lo que dejamos consignado más arriba, y es que posiblemente obrar más bien impresionando moralmente al individuo que como verdaderos agentes hipnógenos.

Chambard, en su artículo *Sonambulismo provocado* del «Diccionario de Dechambre» forma un quinto grupo de métodos de hipnotización con ciertos cuerpos que obran según él por acción tóxica, grupo en que coloca los anestésicos.

Nosotros formaríamos todavía un sesto orden para hacer entrar en él un procedimiento sencillísimo, aunque aplicable solo á un corto número de casos, al de los individuos que han sido ya hipnotizados anteriormente: queremos referirnos á la sugestión. Varias de las personas que hemos hipnotizado y en las que hemos conseguido obtener el período sonambúlico, se duermen con solo sugerirles la idea de dor-

mirse durante el estado de vigilia. Merced á la sugestión es posible también conseguir que un individuo se duerma en adelante con solo aplicarle el dedo sobre tal ó cual parte del cuerpo, cosa que esplotan maravillosamente los charlatanes, que quieren hacer creer á las gentes que solo ellos saben descubrir en los individuos estas zonas especiales, cuya exitación directa trae el sueño con tanta rapidez.

Hemos descrito el procedimiento que podríamos llamar clásico que, como se habrá visto, es una combinación de varios de los que acabamos de apuntar.

Algunos han llegado á fabricar aparatos especiales en los que el individuo se ve obligado á guardar una posición dada y además á aislarse por completo del mundo esterior. Sin embargo, éstos no tienen ventajas positivas y no hay necesidad de recurrir á ellos, ya que se cuenta con procedimientos tan sencillos.

La atención y la voluntad del hipnotizado son indispensables para la primera sesión, pero no para las siguientes. Si se le ha hecho al individuo la educación hipnótica, algunas veces es posible dormirlo aún contra su voluntad.

Quisimos convencernos en cierta ocasión de si nos sería posible hacer dormir á varios de nuestros hipnotizados contra su voluntad. Al efecto, estando varias personas reunidas, dijimos á tres que había presentes:

—Dentro de cinco minutos os dormireis, aúnque no tengais deseos. Ved modo de impedirlo; pero, os lo repetimos, dormireis contra vuestra voluntad.

Dicho esto, seguimos conversando con las personas que había en la pieza, y á medida que se acer-

caba el término fijado, el semblante de cada uno de los que debían dormirse iba cambiando poco á poco. Unos, para evitar el sueño, empezaron á repetir en voz alta una frase cualquiera, sin dejar de hacerlo un instante; otros tomaron un lápiz y dieron principio á una larga operación de aritmética, que creían sería suficiente para tenerlos despiertos. Era curioso ver á cada uno de estos individuos en la ansiedad de que era presa en los últimos momentos, á fin de poder continuar la operación que habían principiado. Sin embargo, el plazo fatal llegó pronto y minutos después, con multiplicaciones y todo, el sueño se apoderó de los tres individuos en quienes habíamos querido repetir esta experiencia.

En otra ocasión tuvimos oportunidad de hacer un experimento casi idéntico.

—Os dormireis después de haber concluido vuestra taza de te, dijimos á una de estas mismas personas.

—Lo veremos, nos contestó con una sonrisa burlona, como queriéndonos significar que dentro de poco nos probaría lo contrario. Y al instante apuró los últimos sorbos de té que aún le quedaban, y empezó á distraer su atención con una idea fija á fin de evitar el cumplimiento de nuestra orden. En efecto, durante los pocos minutos que no hizo otra cosa que repetir una serie de números, no se durmió, pero bastó que dejara un instante este trabajo para que el sueño le dominara.

Estos diferentes procedimientos de hipnotización no son aplicables á todos los individuos; entra, pues, en la pericia del facultativo el elegir el que más convenga en cada caso determinado.

## IV

### SINTOMATOLOGÍA DE LA HIPNOSIS

Si bien es cierto que desde Mesmer hasta el día han ido conociéndose poco á poco los diversos síntomas de la hipnosis, solo desde 1878 se ha logrado clasificar científicamente cada uno de los períodos y formar el cuadro de su maravillosa sintomatología. Á la escuela francesa corresponde todo el honor de estos descubrimientos y los nombres de Charcot, P. Richer, Bourneville, Regnad, Dumontpallier, Bernheim, Beaunis, Liebault, etc., figuran con brillo en la historia contemporánea del hipnotismo.

Los estudios que hizo el profesor Charcot sobre la hístero-epilepsia en la Salpetrière en 1878, fueron la base de las primeras investigaciones sobre la hipnosis, y la autorizada palabra de tan esclarecido maestro la que le dió entrada á la Academia de Medicina de París.

Los estudios de Charcot fueron hechos sobre hístero-epilépticas, y el cuadro que trazamos más abajo corresponde á esta clase de enfermas. No es, pues, estraño que no siempre se observen estos síntomas

y que varíen las manifestaciones para cada caso particular, tanto más cuanto que hasta los primeros síntomas no son los mismos según el método que se emplee para producir la hipnosis.

Más atrás hemos dicho que hay en el hipnotismo varios períodos que se suceden á veces sin transiciones sensibles, y aunque muchos observadores niegan que se produzcan en el orden indicado por el profesor Charcot, conviene adoptar esta clasificación como la más en armonía con los conocimientos actuales.

Para el ilustre profesor de la Salpetrière, la *catalepsia* ó *período cataléptico* sería el primer fenómeno apreciable en la hipnosis. Durante este período, el individuo está todavía en pleno ejercicio de todas sus facultades intelectuales: escucha lo que se habla á su alrededor, pero por más trabajo que haga no le es posible abrir sus párpados; si á cualquiera de los miembros se le da una posición más ó menos forzada, el hipnotizado no podrá evitarlo, y tiene que mantener su brazo ó pierna en la actitud en que se le coloca. No siente fatiga, y puede estar veinte ó treinta minutos sin que aumente el número de las respiraciones ó el de las pulsaciones. Es esto cabalmente lo que puede servir de norma para descubrir la simulación de la hipnosis, pues, un individuo, por robusto y bien musculado que sea, no podrá mantener el brazo, por ejemplo, en una posición dada por algunos minutos sin manifestar cansancio. Con respecto al tiempo, esto no puede servir para probar el estado hipnótico, pues hay personas bastante resistentes para soportar durante varios minutos la ele-

vación de ambos brazos; sin embargo, volvemos á repetirlo, es fácil reconocer en ellos el cansancio muscular, que empieza á manifestarse por un ligero temblor, perceptible á veces á simple vista, y otras solo apreciable por medio de aparatos registradores especiales.

Á N. N., uno de nuestros hipnotizados, le ponemos en catalepsia y en seguida le colocamos un brazo en estensión y dirigido hacia arriba, el otro fuertemente flectado y torcido sobre su eje y una pierna horizontal.

—No podeis mover ni vuestros brazos ni la pierna, le repetimos en alta voz, pero ved modo de convenceros de esto, añadimos.

—En efecto, nos responde con toda tranquilidad N. N., después de haber intentado repetidas veces salir de la caprichosa posición que habíamos dado á sus miembros.

—Estais cansado, le preguntamos algún rato después, cuando habían pasado ya más de diez minutos.

—Nó, nos respondió inmediatamente nuestro paciente, y bien podría permanecer en esta posición por mucho más tiempo.

Pasaron quince minutos y aunque el hipnotizado no daba señales de cansancio, colocamos los brazos en su posición natural y bajamos la pierna que le habíamos levantado. El joven N. N., después de esta prueba, que no es fácil simular sin que se conozca quedó perfectamente tranquilo y respirando como de ordinario.

El estado de catalepsia en un individuo que ha sufrido una impresión moral brusca puede durar lar-

go tiempo; se cita casos de dos, cuatro, seis y aún quince y más días.

Durante este estado el individuo se encuentra solo en relación con el hipnotizador, pues, aunque escucha lo que se habla en torno suyo, solo obedece á la persona que le ha hecho dormir. Muchos casos más ó menos inesplicables registran las distintas obras sobre la materia, pero para no citar sino lo que hayamos oído relatar como acaecido en nuestro país, apuntamos uno que nos ha suministrado el Dr. Puga Borne. Se trata de un individuo que había recibido una gran contusión y que á consecuencia de este accidente tuvo una catalepsia generalizada.—Los médicos ni las hermanas de caridad de la sala en donde se medicinaba podían comunicarse con él, y todo lo que había que trasmitirle era preciso que se lo dijera otro enfermo, que fué tal vez el que vió, ó le impresionó en el momento del ataque y á cuyo imperio quedó sometido. El estado de catalepsia se produce con facilidad en las hístero-epilépticas valiéndose de impresiones bruscas y repentinas: el ruido de una campana china, de otra impresión brusca cualquiera bastan para obtener la catalepsia. Si se coloca á una de estas enfermas sobre una caja de resonancia y dentro de ella se le da un pequeño golpe al diapasón, inmediatamente se producirá el estado cataléptico; idéntico efecto puede obtenerse si se coloca á la enferma frente á una luz bastante viva, como por ejemplo, la que produce un alambre de magnesio, un foco eléctrico.

Estamos en un salón en donde hay varias personas, que habían sido hipnotizadas anteriormente por me-

dio del procedimiento clásico, pero que hasta entonces no habían sometidas á la acción de una luz viva. De intento y sin advertir lo que les iba á pasar, encendimos un alambre de magnesio.

—Fijaos atentamente en esta luz, dijimos á las personas en quienes queríamos experimentar, sin hacerles ninguna otra recomendación.

Pasaron dos ó tres minutos y las tres personas que hemos indicado habian caido en un sueño más ó menos profundo. Cabalmente una de ellas que sufría de ataques de histerismo, fué la primera en dormirse, aunque no más profundamente, tal vez antes de treinta segundos.

—Estais dormidas, preguntamos sucesivamente á cada una de estas tres personas.—Sí, contestaron todas ellas.

Otra vez el joven N. N. quiso ver si le era posible dormirse sin el intermedio de otra persona y le bastó encender un alambre de magnesio y mirarlo fijamente para caer instantes después en el sueño hipnótico más profundo. Fué necesario que uno de nosotros, que le había hecho dormir mayor número de veces, interviniera para hacerlo despertar.

En otra ocasión este mismo joven, que se había hecho ya estremadamente sensible á la acción de la luz del magnesio, fué hipnotizado de una manera bastante curiosa. Un niño que nos había visto repetir nuestros experimentos tomó un pedazo de alambre y lo encendió. El joven N. N. se durmió en el acto y profundamente. En medio de las risas de varios de los presentes quisimos intervenir para hacerlo despertar.

—Despierte Ud., le dijimos en voz alta, teniendo presente que siempre obedecía á nuestra voz, aunque otra persona estraña le hubiera hipnotizado.

—Despierte, volvimos á repetirle varias veces, y por más que esta orden le era dada con tono imperativo, no producía resultado.

—Me es imposible, nos respondía N. N., después de hacer grandes esfuerzos por obedecerla.

Le abrimos los párpados con los dedos, le rociamos la cara con agua fría, le echamos una ligera corriente de aire sobre los ojos, pero todo fué completamente inútil.

Uno de nosotros tuvo la idea de hacer que el niñito que había encendido el alambre interviniera, y al efecto le pedimos que le ordenara despertar.

—Despierte Ud., le repite éste con su voz infantil, aunque también en un tono imperativo, y al instante N. N. abre sus párpados y vuelve en sí perfectamente tranquilo.

Durante este estado el hipnotizado obedece á su hipnotizador, pero las sugestiones que quieran hacérsele para que sean cumplidas después de despertar no producen efecto. Generalmente hay anestesia más ó menos perfecta, pero esto no sucede en todos los casos, pues á veces hay también hiperestesia. El aumento de la excitabilidad muscular que estudiaremos más adelante, no se produce todavía en este período. Parece que el oído está más fino y será tal vez por esto que los que van á dormirse oyen hasta los ruidos más insignificantes que se producen á su alrededor, lo que dificulta la operación cuando no se está en un completo silencio, condición, como lo hemos dicho

más atrás, casi siempre indispensable y mucho más con cierta clase de enfermos.

Tal es, descrito á grandes razgos, el primer período de la hipnosis y tales son los primeros síntomas que es posible observar en ella. De aquí á la *letargia* no hay sino un paso, ya que ésta sucede siempre á la catalepsia por una transición insensible; es tiempo, pues, de que pasemos á estudiar este segundo período y veamos modo de examinar cada uno de sus principales síntomas.

La *letargia* ó *período letárgico* es una de las manifestaciones secundarias del sueño hipnótico. Es la continuación de la catalepsia y forma el segundo período de la hipnosis.

Un carácter verdaderamente patognomónico distingue á este período del anterior: la excitación de los músculos que durante la catalepsia no produce jamás la contracción, se manifiesta durante la letargia con toda fuerza y basta la más insignificante de estas excitaciones para producir una contractura permanente, que solo cede á la exitación directa de los músculos antagonistas. Tal es el fenómeno que el profesor Charcot comunicó por primera vez á la Sociedad de Biología de París á principios de 1881 y que dió á conocer con el nombre de *hiperexitabilidad neuro-muscular*, que conserva hasta hoy.

Verdaderamente merece un poco de estudio tan curioso fenómeno, que con tanta facilidad puede servir al médico para descubrir cualquiera simulación. La exitación directa de un músculo ó de un grupo de músculos produce inmediatamente la contractura, ya se emplee la electricidad ó solo el masage ó la

compresión. Por astuto que sea un simulador, jamás podrá hacer que el médico se engañe si lo somete á esta prueba, ya que, como lo ha dicho con demasiado fundamento M. Charcot, la anatomía del cuerpo humano es algo que no puede aprenderse en unos cuantos días.

Los músculos de la cara son los únicos que no dan por este procedimiento una contractura *permanente*, pues se ve que el resultado de la exitación desaparece á los pocos momentos.

Pero no solo la exitación directa de los músculos produce la contractura, sino que hasta con la de un nervio cualquiera se obtiene el mismo resultado en los músculos que inerva; la del cubital, que se elige casi siempre para estos experimentos por su situación tan superficial, produce la *garra cubital* (flexión forzada del dedo pequeño y del anular, ligera inclinación del dedo medio y estensión forzada del índice y del pulgar) la del mediano la *garra mediana* y así para cada nervio se obtiene una contractura limitada solo á los músculos en que distribuye sus filetes.

Esta particularidad de poder producir la contractura ya por exitación directa de los músculos al través de la piel ó solo por la presión de los nervios correspondientes, ha hecho que algunos, y entre otros el profesor Ballet hace esta división, quieran distinguir dos clases de hiperexitabilidades: una que se llamaría *cutáneo-muscular*, porque produce la contractura por solo la exitación de los músculos, y la otra, la *neuro-muscular* por solo la presión ó exitación directa de los nervios.

Pero el curioso fenómeno de la hiperexitabilidad

neuro-muscular presenta todavía otras faces que hacen su estudio por demás interesante para el médico: no solo es posible, como ya lo dejamos dicho, producir la contractura de cualquiera de los músculos del cuerpo humano por medio de la exitación directa por el masage (perdón á los gramáticos por esta palabra, que, aunque no perfectamente castiza, espresa, sin embargo, mejor que cualquiera otra nuestro pensamiento) ó la electricidad ó por la presión ó exitación del nervio correspondiente, sino que aún es posible observar también otro fenómeno que no escapó á la sagaz investigación del jefe de la Salpetrière: queremos referirnos á la acción del imán sobre la contractura muscular, acción que nadie niega actualmente y que es demasiado sencillo constatar en cualquier momento. Producida una contractura en uno ó en varios de los músculos de la economía, es posible hacerla pasar al lado contrario con solo *acercar* un imán de algún poder á los músculos correspondientes. Y nó se crea que la acción del imán se efectúe por el contacto, pués tiene lugar aún colocándolo á 4 ó 6 centímetros de distancia. Algunos han querido creer que era solo la sugestión que se le hacía al individuo la que obraba en este caso, pero es muy fácil convencerse de que esto no es tampoco efectivo, pues puede repetirse el experimento con los ojos vendados y sin que el individuo sospeche siquiera cuando se le someterá á la acción del imán.

Á N. N., joven que ha sido sometido por nosotros en repetidas ocasiones á las maniobras hipnóticas, se le hace dormir y en seguida, por medio de la exitación directa de un músculo, repetida hasta obtener

la contractura total de la mitad derecha del cuerpo, es dejado en esta situación y se le vendan los ojos.

—¿Qué tiene?, le preguntamos.

—Tengo rígida la mitad derecha del cuerpo, nos contesta inmediatamente, y me es imposible mover ni el brazo ni la pierna.

Tomamos un imán, lo colocamos sobre el primer músculo que exitamos, pero teniendo cuidado de no tocar el cuerpo del joven con la herradura; pasan unos cuantos instantes y de repente el mismo se contrae, cambia de espresión y puede mover el brazo y la pierna derecha.

—Ahora tengo la rigidez en el lado opuesto, nos dice nuestro hipnotizado, y ya puedo valerme de la mitad derecha de mi cuerpo.

Dejamos pasar un instante ó inmediatamente, á voluntad, cambiamos el imán al lado derecho y obtendremos el *transfert* á los pocos segundos. Puede repetirse esta experiencia, sin que jamás deje de producir el mismo resultado.

Hay una condición esencial para que se produzca la contractura después de la exitación de un nervio o de un grupo de músculos, y es la de que el miembro reciba una cierta cantidad de sangre. Si, por ejemplo, por medio de la compresión elástica se hace desaparecer toda la que contiene normalmente un brazo y por medio de un vendage de Esmarch se impide en absoluto la entrada de la sangre, aunque se exiten los músculos del brazo ó los nervios mediano, radial ó cubital, la contractura no se produce, pero queda en *estado latente*, para manifestarse en cuanto se levante el vendage elástico. Sin embargo, si

exitado el nervio cubital, por ejemplo, después de haber obrado como acabamos de indicarlo, se coloca el imán á corta distancia del mismo nervio del brazo contrario, la contractura no tarda en producirse en este brazo, aunque en el otro estaba solo en estado latente. Esta condición, la necesidad de que exista en la región una cierta cantidad de sangre, esplicaría tal vez el por qué no se produce la contractura con la misma intensidad en las personas sanguíneas y bien musculadas, que en las cloróticas y linfáticas, cosa que nosotros mismos hemos tenido oportunidad de verificar varias veces.

La acción del imán que dejamos esplicada más arriba y que es lo que los franceses conocen con el nombre de *transfert*, se produce también cuando se obra directamente sobre el centro motor del mismo lado en que se ha producido la contractura. Si se exitan los músculos del brazo derecho y se coloca un imán sobre el centro motor del mismo lado, casi inmediatamente, aunque solo se haga obrar al imán á alguna distancia, la contractura se pasa al lado opuesto. La presión con el dedo produce el mismo efecto.

Como una prueba de esta acción del imán colocaremos aquí una observación que hemos podido hacer con uno de nuestros hipnotizados. Le habíamos hecho dormir y después, por la compresión del nervio correspondiente, produjimos la *garra cubital*; hicimos varias veces el *transfert*, ya colocando la herradura frente al nervio del lado opuesto, ya obrando directamente sobre el centro motor del brazo; la contractura obtenida de esta manera fué lo suficiente-

mente enérgica para que hiciera imposible el poder doblar al individuo cualquiera de los dedos de la mano. Dejamos entonces el imán (para todas nuestras experiencias nos hemos valido del modelo mediano de Charcot) y empleamos un eslabón de acero, que habíamos tenido en contacto con el imán, pero que tenía tan poca fuerza magnética, que apenas podía levantar una aguja. La contractura cesó en el brazo en donde se encontraba y la acción del pedazo de acero imantado alcanzó á hacer poner la mano contraria en estensión, sin alcanzar á producirse la garra cubital. Quitamos el eslabón y colocamos el imán; y al instante la contractura se produjo con gran fuerza. El individuo, sin embargo, estaba con los ojos vendados y como no le tocábamos ni con el imán ni con el eslabón, no podía saber cuando usábamos uno ú otro.

Dejamos para estudiar un poco más adelante la acción del imán sobre la sensibilidad y demás fenómenos de la hipnosis, porque creemos que estos síntomas pertenecen más bien al período sonambúlico.

Pero ¿cómo obra el imán? se nos preguntará de seguro. No estamos todavía en condición de poder dar una opinión que tenga un sólido fundamento. Posiblemente no sucede otra cosa sino que el sistema muscular, como cualquiera otro de la economía, se encuentra en un grado tal de exitación que puede percibir con perfecta exactitud la influencia de agentes que en el estado fisiológico ó, diríamos con más propiedad, en el estado normal, no alcanzan á obrar de una manera apreciable sobre el individuo.

Por medio de estas exitaciones musculares es posible producir en la cara las más variadas expresiones de la fisonomía, con solo obrar sobre tales ó cuales músculos determinados. Es de notar también que, si, valiéndose del masage, se produce la contractura en un solo músculo del antebrazo, por ejemplo, prolongando por más tiempo la exitación, la contractura va ganando poco á poco en estensión y toma sucesivamente el brazo, el cuello y la pierna del mismo lado y si se continúa todavía, puede llegarse hasta la contractura cataleptoide de todos los músculos de la economía. Esta experiencia hemos podido repetirla en varias ocasiones con idéntico resultado.

Todavía, estudiando los fenómenos de la contracción muscular que se produce artificialmente durante el sueño hipnótico, tenemos que apuntar una curiosa particularidad: si de antemano se produce la parálisis en una región determinada del cuerpo, en el campo de acción del nervio facial, por ejemplo, la exitación directa de los músculos en esta región no produce jamás la contractura, hasta que se hace desaparecer primero la parálisis en esta parte, ya verificando el *transfert* por el imán ó solo por medio de la sugestión. Mediante esta curiosa particularidad es posible producir expresiones de la fisonomía unilaterales, bastante difíciles, por no decir imposibles, de simular.

El curioso fenómeno de la hiperexitabilidad neuro-muscular no forma par sí solo toda la sintomatología de la letargia, pero, como muchos de los síntomas qne vienen á completarla pertenecen también, y tal vez con más prapiedad, al estado sonambúlico,

queremos dejar para la descripción de éste lo que nos resta todavía de aquella.

La letargia, lo hemos dicho hace poco, es casi siempre un estado que sucede á la catalepsia y que es fácil producir en ciertos individuos por medio de los procedimientos hipnóticos que dejamos consignados más arriba. Muchas veces es el único resultado que puede obtenerse en determinadas personas, aún después de repetidas sesiones.

Si los dos estados que dejamos estudiados más arriba tienen cada uno de por sí una capital importancia, sin embargo, el *sonambulismo ó estado sonambúlico*, último fenómeno de la hipnosis, resume, podríamos decirlo así, todo el interés que el hipnotismo presenta para aquel que estudia tan maravilloso fenómeno á luz de las pruebas verdaderamente científicas, que son las únicas que pueden guiarnos en el estudio de los fenómenos íntimos de la vida humana. Nada hay que asombre más á los que, sin poderse dar cuenta de los inesplicables fenómenos que observan, llevados á presenciar una sesión de hipnotismo, van á contemplar, por ejemplo, los curiosos fenómenos de la sugestión; nada que con más justa razón haya preocupado á los filósofos y médicos contemporáneos y nada tampoco que merezca un más detenido estudio.

Ante todo, debemos hacer notar que la confusión entre los diversos períodos es lo que se observa más frecuentemente en la práctica y sobre todo tratándose de los dos últimos; no hay una transición sensible y se pasa de uno á otro muchas veces sin que sea posible notarlo.

Aunque el estado sonambúlico puede obtenerse por la prolongación del sueño hipnótico en un individuo que de antemano se le ha llevado á la letargia, puede producirse también de un modo, podríamos decir, instantáneo, por la compresión del vértice en las hístero-epilépticas. En los individuos que no padecen de esta afección, el estado sonambúlico no puede obtenerse con tanta facilidad y muchas veces es preciso repetir las sesiones para poder producirlo. Sin embargo, hay individuos, poco predispuestos al hipnotismo, á los que, aún después de muchas tentativas, no es posible hacerles caer en el estado sonambúlico.

La hiperexitabilidad neuro-muscular que hemos descrito más atrás con todos sus caracteres, persiste en este estado con las mismas propiedades. Es fácil producir una contractura cualquiera, hacer el *transfert* por medio del imán, etc. Debemos apuntar aquí una observación que merece tenerse en cuenta y que en parte se relaciona con el fenómeno que estudiamos: si se les dá á los dedos de la mano derecha, por ejemplo, una posición la más caprichosa (flectados unos, en semi-flexión otros y estendidos los demás) posición que no corresponde á la acción de tal ó cual músculo, sino á la de varios diversamente combinados, la acción del imán sobre el brazo opuesto hará pasar esta misma caprichosa posición al lado contrario. Hemos tenido oportunidad de verificar esta experiencia repetidas veces.

Para mayor claridad seguiremos en la exposición de los diferentes síntomas un orden metódico y estudiaremos las alteraciones de la sensibilidad, las de

los demás órganos de los sentidos, las del pulso y la respiración, etc.

*Sensibilidad.*—Durante el sueño hipnótico (y al hablar de éste nos referimos siempre á su último período, el sonambulismo) hay en la generalidad de los casos una anestesia completa. Se cita, por ejemplo, á los individuos de ciertas tribus de la Argelia que, como práctica religiosa, se hipnotizan por los procedimientos más estraños y que durante el estado de éxtasis pueden echarse á la boca las bayas de ciertos árboles de ese país, apretarlas entre sus dientes y no sentir el más ligero dolor, aún cuando las espinas salen al través de las mejillas.

Hay individuos que durante el sueño hipnótico pueden producir en su cuerpo los mayores martirios sin que tengan de ello la menor conciencia. Sin embargo, volvemos á repetirlo, la anestesia no es lo que se produce siempre, pués á veces se observa aún la hiperestesia.

Otras veces, las alteraciones de la sensibilidad están limitadas á un solo orden de sensaciones y por lo común circunscritas á la insensibilidad al dolor. Y es tanto más notable esta alteración de la sensibilidad, cuanto que el tacto es el único de los órganos de los sentidos que durante el sueño hipnótico se encuentra generalmente embotado, aunque solo para la sensibilidad al dolor, como ya lo dejamos dicho.

Por otra parte, la hiperexitabilidad sensitiva para apreciar los cambios de temperatura, las corrientes de aire, etc., es bien manifiesta de ordinario. Así, por ejemplo, si se coloca á un individuo en estado sonambúlico con los ojos vendados y se lanza sobre él una

ligerísima corriente de aire á 6 ó más metros de distancia, podrá apreciarla perfectamente é indicar cuando principia ó cesa.

Á X. Z., joven que se hipnotiza perfectamente y con toda facilidad, le producimos el sueño hipnótico, le vendamos la vista y le colocamos á más de 6 metros de distancia. Lanzamos sobre él una corriente de aire bastante ténue, teniendo cuidado de no hacer con la boca el menor ruido; le colocamos el brazo en estensión y le pedimos que nos diga cuando siente algo en su mano derecha. Nos quedamos un rato tranquilos, pero de repente él cambia de expresión y pocos instantes después de haberle lanzado un ligerísimo soplo sobre su mano interrumpe su silencio.

—Hay viento, nos dice.

Dejamos de soplar é instantes después él lo notará perfectamente.

—Ya no lo siento, dice en voz alta.

Repetimos esta experiencia varias veces y jamás podremos engañarlo, por más precauciones que tomemos para ello.

*Oído.*—El oído participa de mayor agudeza sensitiva y así se explica el que un hipnotizado pueda percibir con toda claridad los ruidos más insignificantes é inapreciables para cualquiera en el estado de vigilia. Vamos á citar una experiencia que hemos repetido varias veces.

Estamos reunidas varias personas en una pieza de alguna estensión. Cuidamos de despojarnos de nuestros relojes y, después de hacer dormir al joven Z. Z., colocamos un reloj de bolsillo en una parte en donde no sea fácil encontrarle, y á más de 6 metros

de distancia del hipnotizado. Hacemos guardar silencio.

—Busque un reloj que hay en la pieza, le decimos á Z. Z., después de haberle vendado los ojos.

Se queda un momento, como tratando de orientarse, y pocos instantes después se dirige directamente en busca del reloj.

—Aquí lo tiene, nos responde, después de haber vencido todos los obstáculos que intencionalmente le habíamos puesto, y guiado solo por su esquisita sensibilidad auditiva.

—Tal cosa hablan, nos responde cuando le invitamos á figar su atención en lo que conversan dos personas que hemos hecho colocar intencionalmente en la pieza vecina.

*Olfato.*—Como el oído, se encuentra también en un estado de hiperexitabilidad que le permite apreciar los más insignificantes olores, imperceptibles para cualquiera otro. Nosotros hemos tenido oportunidad de repetir la siguiente experiencia, que da una prueba de la agudeza del olfato de los hipnotizados.

Dormido de antemano A. Z., individuo que facilmente se hipnotiza y que ha tenido varias sesiones anteriores, le vendamos la vista y empezamos á presentarle unos tras otros varios objetos diversos.

—Esto es esencia de rosas, le decimos al ponerle ante sus narices un lapicero; esto jazmines, violetas, etc., siendo que lo que le hemos presentado han sido llaves, cortaplumas, etc.

—¿Qué es esto? le preguntamos al acercarle cualquiera de los objetos que le hemos indicado.

—Esencia de violetas, de rosas, de jazmines, nos ha respondido sucesivamente después de hacerle tomar el olor á los diversos objetos que hemos elejido para nuestra experiencia, sin equivocarse una sola vez.

Puede llevarse más lejos esta finura del olfato, pues en lugar de diversos objetos puede echarse mano de tarjetas perfectamente iguales, por ejemplo, á las que se les hace una señal insignificante para distinguirlas.

Y no se crea que el tacto desempeña aquí un papel importante, pues puede repetirse el experimento sin que el hipnotizado tome en sus manos las tarjetas.

Casi no hay para que advertir que esta experiencia solo podrá repetirse con personas que tengan el olfato un tanto fino y que durante la vigilia puedan distinguir perfectamente estos diversos olores.

*Gusto.*—Idéntica observación podríamos hacer con respecto á este sentido y para no entrar en repeticiones, nos contentaremos con hacer presente que también se encuentra más fino.

*Vista.*—Con respecto á los fenómenos que se observan del lado del aparato de la visión es preciso entrar en más pormenores, ya que son tan interesantes y merecen un detenido estudio.

La vista tiene una agudeza tan esquisita que toda ponderación queda por debajo de la realidad. En efecto, son tan maravillosos é inesplicables los fenómenos del aparato de la visión que asombran á cualquiera que, sin los conocimientos necesarios, quiera darse una explicación cabal de cada uno de ellos.

El hipnotizado puede percibir en cualquier objeto los detalles más insignificantes, que no son apreciables.

Colocaremos aquí una curiosa experiencia.

Hacemos dormir á T. T. que cae con toda facilidad en el sueño hipnótico y en seguida elejimos 10, 15 ó más tarjetas perfectamente iguales y en blanco; marcamos una con una ligerísima señal, para distinguirla.

—Este es su retrato, le decimos al hipnotizado al presentarle la tarjeta por el lado contrario á aquel en el que habíamos puesto la señal; fíjese Ud. bien, pues es necesario que lo distinga más tarde.

—En verdad, estoy muy bien, nos responde después de haberlo examinado con atención y de haberse fijado seguramente hasta en los menores detalles.

Reunimos las demás tarjetas, y en seguida hacemos que busque la que le hemos designado.

—Este es mi retrato, nos contesta, presentándonos la tarjeta señalada y, cosa curiosa, *siempre en el mismo sentido*, aunque nosotros intencionalmente la coloquemos en diversa posición.

Ponemos las demás tarjetas solamente y escondemos la que le hemos dicho ser su retrato.

—No está aquí, nos dice si le pedimos buscarlo.

Volvemos á colocarla sin que él lo note y al instante la tomará para presentárnosla.

—Este es el retrato del señor N. N., le decimos al presentarle otra de las tarjetas, este otro el de Z. Z. y así le indicamos el de cuatro ó seis personas, y aún el de individuos que no conoce. Señalamos las tarje-

tas, las reunimos y le pedimos nos designe cada uno de los retratos.

—Este soy yo, dice al tomar la tarjeta señalada, este es el señor Z. Z., este es T., etc., sin equivocarse una sola vez y siempre presentándonos cada uno de los retratos en la misma posición en que se los indicamos.

Le despertamos y aún durante la vigilia y por algunos instantes después podía repetir esta misma experiencia é indicar sucesivamente cada uno de los retratos que le habíamos señalado momentos antes.

Es indudable que el hipnotizado se fija en detalles insignificantes y relaciona la posición de cada uno de ellos con la idea que se le sugiere; pero esto no significa que el individuo no ve la imagen que se le indica, pues si se le hace dibujar el contorno de la figura que se le presenta á la vista en la tarjeta, diseñará un dibujo en relación con sus conocimientos artísticos.

Otro experimento curioso:

X. X. está perfectamente hipnotizado. Se le vendan los ojos y después se le pinta la cara con manchas de colores diferentes; y se tiene el cuidado de tocarle varias veces sin pintarlo, á fin de que no tenga la idea de que se le ha pintado tantas manchas cuantas veces se le ha tocado la cara. Le quitamos la venda.

—Aquí tiene Ud. un espejo, le decimos al presentarle un cartón en blanco, mírese Ud.

—Porqué me han pintado, nos responde, sacando su pañuelo y tratando al instante de borrar cada

una de las manchas, que examina con atención en el improvisado espejo que le presentamos.

—¿Cuántas manchas tiene Ud. y de qué color?

—Esta es blanca, esta otra roja, etc., y así va señalando la posición y el color de cada una de ellas.

—Qué hay á sus espaldas le preguntamos, después de haber hecho colocarse allí, sin que el hipnotizado lo note, á una de las personas presentes.

—Es mi amigo N. N., nos responde, después de examinar la figura de éste en el espejo que le hemos presentado. Está fumando, está con un brazo levantado, etc., si en realidad hemos hecho que esta persona ejecute esos actos.

—Ahora está la señorita C., nos dice, si hacemos cambiar la imagen que se presenta en el cartón por la de esta persona; ya se retira; va á pasar X., Y., J., etc., si en verdad hacemos desfilar sucesivamente á todas estas personas.

—¿Qué tiene en la mano el señor N.? le preguntamos, después de hacer que éste se colocara á sus espaldas sin ser notado.

Nuestro hipnotizado se fija atentamente en el cartón, como si estuviera mirando en un mal espejo de luna muy empañada y después nos dice con toda seguridad.

—Un reloj.

Cambiamos sucesivamente varios objetos y nuestro joven los va indicando unos en pos de otros.

Nos parece que lo que pasa en este caso es que en realidad sobre el cartón se refleja la imagen ó imágenes que el individuo indica, pues debemos hacer presente que si se toma la precaución de pintar en la

cara del hipnotizado una figura cualquiera, un triángulo por ejemplo, aparecerá invertida, según lo dice el individuo. Tal vez en el estado normal nuestra vista no es suficiente para percibir esta imágenes y solo la exageración del poder visual en los hipnotizados puede hacer que éstos las distingan con cierta claridad.

Todavía el sentido de la vista se presta para otra experiencia no menos interesante y que es demasiado sencillo repetir en cualquier momento. Si á un individuo hipnotizado se le presenta un papel pintado con cualquiera de los colores que en física se conocen con el nombre de *suplementarios* (los colores simples que sumados uno con otro dan el blanco) y que son, como sabemos, los siguientes: el rojo, el anaranjado, el amarillo, el verde y el azul, que tienen como complementarios respectivamente el verde, el azul, el azul índigo, el púrpura y el violeta y se le hace mirar fijamente durante algunos instantes y poco á poco se le va retirando de la vista el papel pintado hasta colocarle uno en blanco, no verá este color sino el que sumado con el primero produce este último; así, por ejemplo, si usamos el verde verá el segundo papel blanco de color púrpura. Una superchería en este experimento solo sería posible en individuos conocedores de las leyes de óptica, pero no en aquellos que las ignoran por completo.

Y ya que hablamos de los síntomas observados del lado del aparato de la visión, es oportuno que recordemos un curioso fenómeno que se observa en algunas personas hipnotizadas, pero solo generalmente en aquellas que tienen ya una gran *educación*

*hipnótica.* Queremos referirnos á la posibilidad de poder reconocer los objetos con los ojos cerrados, al través de los párpados y aún teniendo de por medio un cuerpo opaco, un grueso libro, por ejemplo, como hemos podido hacerlo en uno de nuestros hipnotizados. Si, por ejemplo, se le colocaba á este individuo un cuerpo opaco como el que acabamos de nombrar delante de los ojos y en seguida se le ponía detrás de éste varios objetos, unos en pós de otros, el hipnotizado podía distinguirlos y aún indicar la posición de cada uno de ellos. Algunos autores aseguran que es posible hacer que un hipnotizado cuente las monedas que hay en una mano perfectamente cerrada. ¿Se refiere todo esto á una mayor penetración de la vista en estos individuos durante el sueño hipnótico ó es la manifestación de algún otro de los síntomas de la hipnosis, como sería, por ejemplo, la sugestión mental, que escapa todavía á nuestras investigaciones? No lo sabemos y hasta ahora no nos sería posible dar una explicación satisfactoria; aunque estamos inclinados á aceptar una gran agudeza y poder visual durante el sueño hipnótico, en vista de las varias experiencias que dejamos consignadas, no podemos pensar que con este solo poder visual puedan los hipnotizados practicar el experimento que acabamos de relatar á la ligera.

Hemos estudiado someramente algo de lo que se observa del lado de cada uno de los órganos de los sentidos y antes de pasar adelante debemos anotar un curioso fenómeno que hasta el momento no sabríamos donde colocar con propiedad. Vamos á describir prácticamente esta curiosa experiencia. Hip-

notizamos al joven X. X. y le vendamos la vista, á fin de asegurarnos de que no le será posible percibir el menor de nuestros movimientos; hacemos que otra persona presente le ponga la mano sobre la cabeza, y en seguida le sugerimos la idea de que tiene un ramo de violetas frente á sus narices, pero le advertimos que solo debe percibir el olor cuando esté en relación directa ó indirectamente con la persona que hicimos que le tocara la cabeza y que él no conoce. Hacemos quitar la mano á esta persona y podemos ver que bien pueden tocarle la cabeza 20 ó más individuos distintos, sin que el hipnotizado se equivoque.

—¿Siente olor á violetas?, le preguntamos á nuestro sujeto.

—Nó, responderá inmediatamente, aunque 20 distintas manos vayan á tocarle, si no va la de la primera persona que le indicamos.

Para estar más á cubierto de toda superchería, tomamos siempre la precaución de hacer colocar á todos los demás individuos detrás del hipnotizado, á fin de que éste no pueda verlos.

Hacemos en seguida que otra persona cualquiera le toque la cabeza y que las manos de ésta se pongan en contacto con las de la primera persona que indicamos á nuestro hipnotizado.

—Siento olor á violetas, nos dirá al instante, y si cortamos la cadena desaparecerá el olor para nuestro sujeto. Así hemos podido colocar hasta tres individuos entre el hipnotizado y la persona que indicamos, y la experiencia ha podido repetirse con éxito.

Varios autores dicen haber practicado este mismo experimento, pero es de advertir que es necesario

ante todo que el hipnotizado haya sido sometido á una educación preliminar preparatoria y además que de antemano tenga un olfato más ó menos sensible. Esta prueba la hemos podido hacer con dos individuos distintos.

Nos limitamos á consignar este experimento ya que, como decíamos hace poco, no tenemos todavía los datos necesarios para hacerlo entrar entre los síntomas que encontramos en el examen de alguno de los órganos de los sentidos que dejamos estudiados.

Presentados así en un cuadro tan pequeño los principales fenómenos de la hipnosis, es necesario que agreguemos las manifestaciones del *sentido muscular*, que juegan un papel tan curioso como interesante. Basta dar á un hipnotizado una posición cualquiera para que él complemente esta posición con la expresión del rostro correspondiente. Se le juntan las manos é inmediatamente se arrodilla y se coloca en actitud de orar; se le colocan las dos manos como indicando la impresión del temor, en el momento se retira asustado y expresa con su fisonomía el miedo por algo que le impresiona. Se le pueden dar las más variadas expresiones con solo empezar cualquiera actitud. Aunque este fenómeno de por sí tiene ya un interés que no podría ponerse en duda, puede estudiarse bajo otra faz no menos interesante: si ponemos, por ejemplo, en parálisis una mitad cualquiera del cuerpo, la fisonomía del individuo solo expresará la actitud que le iniciamos con la otra mitad de la cara. Como es fácil suponerlo, esto no puede ser simulado sino después de una gran práctica y nunca por personas ignorantes.

Por otra parte, como si se quisiera demostrar con ello la independencia funcional de los dos hemisferios cerebrales, este experimento admite todavía otra variante: si con cada uno de los miembros superiores se le inicia una actitud diferente, la parte de la cara indicará la expresión que corresponde á la posición en que hemos colocado el brazo de ese mismo lado, en tanto que en la opuesta habrá también la expresión respectiva. De esta manera se puede hacer expresar á la mitad de la cara la risa y á la otra el llanto; á una el temor y á otra la alegría, etc. Parece casi inútil que digamos aquí que esto es muy difícil de ser simulado, aún por las personas más instruidas.

La esquisita sensibilidad del sentido muscular hace que los hipnotizados puedan marchar con la suficiente seguridad en un cuarto á oscuras, que puedan escribir más ó menos correctamente con los ojos vendados y mil otras pruebas que parecen verdaderamente sorprendentes. Debemos hacer notar aquí una curiosa experiencia que es muy sencillo verificar en cualquier hipnotizado y es la facilidad con que les es posible escribir con la mano izquierda durante el sueño hipnótico, con una corrección que es verdaderamente admirable. Por lo general, la letra que un individuo cualquiera hace con esta mano, cuando no tiene costumbre de emplearla habitualmente, se distingue por lo quebrado de los razgos y por la inclinación con que se presenta en el papel. En un hipnotizado nada de esto se observa, y la corrección es tal que aparece casi exactamente igual á la de la mano derecha.

Hemos hablado más arriba de la hiperexitabilidad neuro-muscular, de sus caracteres, de la curiosa propiedad del imán y descrito con algunos detalles los fenómenos del *transfert*. El organismo humano durante el sueño hipnótico no solo presenta esta curiosa hiperexitabilidad muscular, sino que más bien, podría decirse con perfecta propiedad, todo él se encuentra en un estado de sensibilidad tan esquisita, que cualquiera impresión ya sea física, ya psíquica, basta para hacerlo reaccionar á nuestra vista y manifestarnos que puede apreciar la más insignificante de estas exitaciones. Ya tendremos oportunidad de estendernos más adelante sobre los fenómenos del orden psíquico, que forman tal vez el más interesante de los capítulos de la hipnosis; por ahora solo queremos hacer presente que el sistema glandular no escapa á la curiosa particularidad que hemos anotado y que con una pequeña exitación mecánica se puede poner en actividad funcional á una glándula cualquiera. Hemos elejido siempre la sub-maxilar, por encontrarse más superficialmente; basta hacer un ligero masage sobre la glándula del lado derecho, por ejemplo, para obtener una salivación abundante de ese mismo lado. Y en este fenómeno se puede también observar la curiosa propiedad del imán: basta colocar uno á corta distancia de la glándula del lado opuesto, para que la exitación se pase casi inmediatamente de una glándula á otra. Es fácil hacer también la prueba con las lagrimales.

He aquí relatada á la ligera una experiencia práctica.

X. X. duerme profundamente. Le vendamos los

ojos y empezamos á restregarle la glándula sub-maxilar derecha.

—Siento deseos de escupir, pero solo del lado derecho, nos dice á los pocos instantes.

—¿Por qué?

—Quién sabe.

—Tal vez es solo una idea suya, le decimos.

—No, responde al momento y deja caer una gran cantidad de saliva, como si quisiera darnos con esto una prueba evidente de ser primera afirmación.

Tomamos un imán y, sin que él lo note, lo colocamos frente y á poca distancia de la glándula del lado opuesto, mientras sostenemos con el hipnotizado una conversación cualquiera á fin de distraerlo.

—Ahora tengo salivación del lado izquierdo, nos dice, como contrariado por este nuevo percance, de que él no sabe darse cuenta.

Y así, por medio de este agente físico podemos hacer el *transfert*, sin que el hipnotizado pueda impedirlo.

Con respecto á las vísceras internas hemos tratado de producir el aumento de la secreción; pero, dada la dificultad que se presenta para hacer estos experimentos, no es raro que los resultados no sean del todo satisfactorios. Nos ha sido posible, sin embargo, producir un aumento del jugo gástrico durante el sueño hipnótico, y creemos que será fácil conseguirlo también cuado quiera ensayarse este procedimiento como medio terapéutico.

En una ocasión hicimos dormir al joven X. X. y después de haber repetido con él varios de los experimentos que dejamos consignados, se nos ocurrió la idea de provocarle un aumento del jugo gástrico. Al

efecto, empezamos á frotarle la región del estómago durante algunos minutos y, en seguida, suspendimos nuestra operación, despertamos al hipnotizado, pero teniendo cuidado de no advertirle lo que acabábamos de hacer con él. Pasaron unos cuantos minutos y algo raro notábamos en la cara del joven, como si hubiera querido indicar la sensación de algo de que no podía darse cuenta. Sin darnos por entendidos de lo que le pasaba, continuamos conversándole sobre distintos asuntos, á fin de distraerlo.

—Pero, ¿qué han hecho Uds. conmigo? nos dice de repente. Siento un hambre devoradora y esto cuando hace sole tres cuartos de hora que acabo de almorzar.

—Nada, le contestamos, pero sin poder reprimir la risa, al contemplar su semblante, que estaba diciendo demasiado claro la impresión que sufría en aquellos instantes. Y con tanta más razón no podíamos menos de reirnos, cuanto que momentos antes le habíamos visto almorzar con más apetito que un padre provincial, como se dice vulgarmente.

¿Podría sacarse partido de esto en la terapéutica de las afecciones del aparato digestivo? Es posible seguramente, pero habría necesidad de repetir estos experimentos para poder afirmarlo de una manera categórica.

Y ya que hemos hablado hace poco de la propiedad de los imanes, al tratar de los fenómenos de aumento de la secreción glandular y del *transfert* que puede hacerse por medio de ellos, no está de más que indiquemos en este párrafo algunas de sus otras propiedades, con respecto á ciertos fenómenos de la hip-

nosis, que no es posible hacer entrar los síntomas de alguno de los diversos aparatos.

El imán puede influenciar también con sus exitaciones regiones determinadas del cerebro, y verificar el transfert con la misma facilidad que hemos anotado al hablar de las contracturas musculares.

Si, por ejemplo, hacemos que un individuo hipnotizado marche hacia adelante, bastará la colocación de un imán en la parte posterior del cerebro para hacerlo cambiar de dirección y bien pronto empezará á retroceder, hasta que se retire al imán y viceversa, si principiamos por hacerle andar hacia atrás podremos hacerlo seguir hacia adelante, poniéndole el imán en la parte inferior de la mandíbula.

Todavía esta experiencia admite otra variante: hacemos marchar al individuo hacia adelante y le recomendamos que siga en esta dirección, pero, después de vendarle los ojos, le colocamos un imán en la parte posterior de la región mastoidea (detrás de la oreja) derecha, el individuo empezará á dar vueltas sobre el lado derecho y no podrá seguir hacia adelante por más qne se lo ordenemos repetidas veces. Cambiamos el imán al lado izquierdo y al instante dará vuelta en sentido contrario y continuará girando sobre su lado izquierdo hasta que retiremos el imán. Se verifica aquí el movimiento que los franceses conocen con el nombre de *mouvement de manège*, que todos los testos de fisiología describen.

Todavía, con respecto á la dirección de los movimientos voluntarios de los miembros, el imán obra de una manera que no deja lugar á dudas.

Hacemos que un hipnotizado mueva el brazo de-

recho de arriba á abajo y le ordenamos que continúe haciendo lo mismo. Vendados los ojos, le aplicamos un imán sobre el centro motor del brazo izquierdo (que como se sabe está en la parte superior del hemisferio derecho) y veremos que el brazo que empezó á moverse al principio, se queda en su situación ordinaria y en su lugar comienza el izquierdo á repetir el mismo movimiento que hacía el derecho. Colocamos el imán de modo que cada una de las ramas obre sobre un hemisferio distinto, y veremos que los dos brazos se mueven al instante, con igual fuerza. Ponemos, en seguida, el imán de modo que la dirección de sus ramas corresponda al eje ántero-posterior del cerebro y los dos brazos caen para no volver á levantarse.

El imán puede obrar aún sobre el movimiento de los párpados y dar lugar á una experiencia muy fácil de repetir.

—Abra Ud. los párpados, le decimos á uno de nuestros hipnotizados, que al instante nos obedece y presenta á nuestra vista una buena parte de su esclerótica, lo que le da á su mirada una expresión de las más extrañas.

—Manténgalos abiertos, le decimos después, al mismo tiempo que hacemos que otra persona coloque un imán en la parte posterior del cerebro del hipnotizado, pero sin tocarle siquiera los cabellos.

—¿Qué le sucede? le decimos instantes después, al ver que lucha por abrir sus párpados, sin poderlo conseguir.

—No puedo abrir los ojos, nos responde.

Quitamos el imán y bien pronto abre sus párpados con toda facilidad.

Estas tres experiencias, que no hemos encontrado consignadas en las varias obras que sobre la materia consultamos, son bastante curiosas é interesantes para que nosotros hubiéramos dejado de apuntarlas, tanto más cuanto que son también una prueba irrefutable de la acción especial del imán, que entre nosotros se ha querido poner en duda.

*Pulso y respiración.*—Las alteraciones del ritmo respiratorio solo son notables en los primeros momentos que preceden al verdadero sueño hipnótico: generalmente la respiración se hace suspirosa, entrecortada y, después de ciertos instantes, vuelve á tomar su ritmo ordinario. Algunos han querido hacer creer que había un aumento del número de las respiraciones, pero parece que esto no ha podido comprobarse en la práctica.

En cuanto al pulso, parece que de ordinario hay ligero aumento en el número de los latidos cardíacos, que por lo general no pasa de diez sobre el tipo fisiológico de cada individuo. Es de notar que ésta es tal vez una de las pocas diferencias que hay entre el sueño hipnótico y el fisiológico, en el que, como se sabe, hay casi siempre un número menor de latidos cardíacos que en el estado de vigilia.

Y es de notar también que ni el número de las respiraciones ni el de las pulsaciones se altera por más que se haga ejecutar al individuo trabajos de fuerza ó se le coloque en actitudes que requieren grandes contracciones musculares. Ya hemos tenido

oportunidad de llamar la atención sobre este punto, al hablar de la contractura cataleptoide.

*Movimientos reflejos.*—Durante el primer período de la hipnosis los reflejos están exagerados, pero en los dos últimos sucede lo contrario. Tal vez el reflejo de la córnea es el único que escapa á esta regla general, pues persiste aún con la insensibilidad completa del cuerpo del hipnotizado.

Aquí terminaríamos la enumeración de los principales fenómenos que forman la sintomatología del hipnotismo, si no fuera preciso dar á conocer también un estado particular que no es sino la propiedad exclusiva de un cierto número de individuos, que ha sido descrito no ha mucho por el profesor Bremaud. En unas pocas personas, y sobre todo en las sanas y bien constituidas, la catalepsia no es el primer fenómeno del hipnotismo; es solo la continuación de un estado particular, *la fascinación*, durante el que el individuo no obedece á su voluntad y se encuentra verdaderamente bajo el poder de una fuerza extraña, sin alcanzar todavía á presentar los fenómenos de la catalepsia, que dejamos descritos más atrás. Este estado puede repetirse durante varias sesiones consecutivas, sin que sea posible obtener otro resultado. Sin embargo, casi siempre, después de dos ó tres veces de ensayo se produce ya la catalepsia y en seguida los demás estados de que nos hemos ocupado hace poco.

Hay varios de los síntomas que hemos estudiado que por sí solos bastan para llevar al convencimiento á las personas iniciadas en el estudio de las ciencias médicas, pero se necesita de la agrupación de todos

ellos para llevar este mismo convencimiento á las que sin los estudios y preparación necesarios, quieren darse cuenta cabal de los fenómenos que observan. Muchas veces ni aún con todo lo que dejamos apuntado básta para persuadirlos y, en su completo escepticismo, la duda es la compañera obligada de su ignorancia sobre la materia.

El hipnotismo es una conquista de la sicología experimental, una verdad adquirida ya por la ciencia y uno de esos hechos que no admiten discusión; no puede ponerse en duda, como no puede negarse tampoco la circulación de la sangre ó cualquiera de los fenómenos más conocidos de la vida animal.

De intento vamos á terminar el presente capítulo dejando un vacío que ya el lector habrá notado de seguro. No hemos querido hablar de los fenómenos del orden psíquico, porque creemos que, dada su importancia, conviene tratar esta parte con la detención necesaria, y por esto hemos querido dedicarle un capítulo especial y describir en él los curiosos fenómenos de la sugestión hipnótica.

## V

### FENÓMENOS PSÍQUICOS

Llegamos ya al más interesante de los capítulos de la hipnosis, que condensa en sí todo el interés que presenta el sueño hipnótico para los hombres de ciencia, y cuyo estudio comprende el de los más inesplicables fenómenos fisiológicos, el de los más complicados problemas sociales y filosóficos, y todavía el de interesantísimas cuestiones médico-legales, que tan frecuentemente en Europa, desde hace poco tiempo, han ido á golpear las puertas de los más altos tribunales de justicia. Esto solo sería razón suficiente para dedicar á esta parte de nuestro trabajo una preferente atención, si no creyéramos necesario además insistir sobre varios de los fenómenos del automatismo sonambúlico.

Hemos descrito en el capítulo que precede, en un orden más ó menos metódico, cada uno de los principales fenómenos de la hipnosis, y nos resta solamente para completar este cuadro de conjunto, hablar sobre los que pertenecen al orden psíquico, que

de intento hemos dejado para tratar en un capítulo especial.

Un fenómeno sintetiza, por decirlo así, el cuadro sintomatológico de la hipnosis: el automatismo. Un hipnotizado ha perdido por completo su voluntad, y obedece ciega é irremediablemente á la de la persona que le ha hecho dormir. No sabe lo que pasa á su alrededor y solo escucha una voz, siempre reconocible para él: la de su hipnotizador.

Antes de seguir adelante, haremos notar que durante el sueño hipnótico el individuo se encuentra en un estado tal de exitación que le coloca en aptitud de poder apreciar la más insignificante de las impresiones, ya físicas, ya morales. Esto mismo lo hemos aseverado al tratar sobre los fenómenos de las contracturas musculares, de las secreciones, etc., y ahora, al recordarlo de nuevo, es solo con el objeto de hacer presente que el cerebro no escapa tampoco á esta curiosa particularidad de los hipnotizados. Y no podía ser de otra manera; compuesto el cuerpo de partes más ó menos semejantes, aunque en algo se diferencian unas de otras, sin embargo tienen muchas propiedades que les son comunes y que deben producir, por su funcionamiento harmónico, la vida misma del ser organizado. El cerebro, el órgano más noble de la economía, ya que está encargado de las más elevadas y trascendentales de las funciones orgánicas, como los músculos y las glándulas, como el tejido nervioso de la periferie y aún como la médula misma, se encuentra también en idéntica situación: la voluntad pierde su imperio y el individuo, en el orden psíquico, es un autómata

que obedece á las órdenes de su hipnotizador, como el músculo se contrae bajo el influjo del dedo que le exita ó la glándula secreta cuando después de ligeras frotaciones le hemos dado el impulso que necesita para principiar su trabajo. El cerebro, como el músculo y como las glándulas, obedece también durante el sueño hipnótico á cualquiera exitación venida del esterior y, cosa curiosa, también como éstos, sigue bajo el influjo que le ha puesto en actividad, hasta que una nueva orden del operador venga á dejarle otra vez en estado pasivo.

—Os sentareis en esta silla, decimos á un hipnotizado, y al instante nos obedece, se sienta y será necesario que intervengamos para hacer que la abandone.

Sucede en este caso, á nuestro juicio, lo mismo que hemos anotado al hablar de los primeros fenómenos de la hipnosis. En balde tratará una tercera persona de hacer despertar á un hipnotizado si no interviene quien lo ha hecho dormir; el hipnotizado ha caido en el sonambulismo obedeciendo una orden de esta persona y solo podrá despertar cuando el hipnotizador ponga otra vez en inercia su voluntad. De idéntica manera, si después de dormido se le da una orden cualquiera, sigue obedeciéndola hasta que se le ordene lo contrario.

Esta pérdida de la voluntad no se obtiene casi nunca sino después de varias sesiones en las personas sanas y con alguna mayor facilidad en las histero-epilépticas, al decir de algunos autores, aunque por nuestra parte casi estaríamos tentados á asegurar lo contrario.

Mucho se ha discutido sobre si un hipnotizado pierde en absoluto el imperio de su voluntad, que según unos pocos autores, conservaría en parte. Si bien es cierto que desde los primeros ensayos no es posible conseguir un dominio absoluto sobre el hipnotizado, este resultado se obtiene casi siempre después de repetir las sesiones un cierto número de veces.

No es posible, sin embargo, imponer a los hipnotizados tal ó cual idea con la misma facilidad. Hay algunas que solo aceptan después de repetírselas muchas veces en un tono imperativo, y solo después de haber manifestado en su semblante toda la contrariedad que les producen. Y á este respecto, allá va un ejemplo.

Nuestro joven amigo el señor N. N., á quien debemos nuestra más reconocida gratitud por la buena voluntad con que se ha prestado para repetir casi todos los experimentos que dejamos consignados en esta obra, es un fumador enviciado, que hasta la fecha no había podido dejar el cigarro, aunque comprendía perfectamente todo el mal que le causaba. Un día que se había prestado para que le hipnotizáramos, quisimos convencernos de si nos sería posible quitarle el vicio que tanto placer le proporcionaba, según nos lo decía él mismo.

—Ud. no fumará en adelante, le dijimos en voz alta, y como imponiéndole con esta orden nuestra voluntad.

—No quiero, nos respondió al instante, al mismo tiempo que expresaba con su fisonomía todo el desagrado que le producía nuestra orden.

—Tendrá que hacerlo como se lo ordenamos, volvimos á repetirle en el mismo tono.

—No quiero, nos contestó secamente.

—Le ordenamos á Ud. que no fume, y debe obedecernos.

—No quiero.

Volvimos á repetirle nuestra orden ocho ó diez veces y cada vez de una manera más terminante, hasta que por fin el joven N. nos respondió con una voz humilde y no pudiendo contener su sollozos:

—Está bien; no fumaré en adelante.

—Le ordenamos que no fume, volvimos á repetirle, como para gravarle nuestra órden de una manera más indeleble.

Seguimos en nuestras experiencias y, por fin, después de algún rato, le despertamos. Hicimos que alguien le dirigiera la palabra y, en seguida, sin que el joven N. N. sospechara que tratábamos de comprobar el resultado de nuestra orden, que le ofreciera un cigarro. Nuestro hipnotizado lo tomó y se disponía á encenderlo, cuando de repente lo arrojó al suelo, al mismo tiempo que expresaba con su fisonomía la repugnancia que le producía, lo que antes le había causado tantos momentos de placer.

—No fumo, nos dijo al arrojar el cigarro; no sé por qué me causa tanta repugnancia.

Tal vez, como lo hemos dicho hace poco, las ideas que están en contradicción abierta con los gustos ó inclinaciones de la persona hipnotizada son las que más cuesta imponer á éstos. Parece también que el sentimiento del pudor es el que desaparece más di-

fícilmente y muchas veces es imposible conseguir que un hipnotizado lo abandone.

Esta pérdida más ó menos completa de la voluntad, pero lo necesario para hacer de un hipnotizado un autómata, da lugar á que su hipnotizador pueda imponerle sus ideas y hacer que ejecute solo lo que él le indica, en una palabra, y para hablar en términos más conocidos, es la base de *la sugestión.*

Demasiado interesante es este párrafo para que haya suficiente motivo para estudiarlo con alguna detención. Y como nos quedan por tratar varios otros de los fenómenos psíquicos, preferimos seguir en la enumeración de éstos, para entrar en seguida á describir de una manera más lata la sugestión hipnótica con sus variados caracteres.

Continuando en el estudio de los fenómenos del orden psíquico, nos corresponde hablar sobre el estado de la inteligencia, de la memoria, de los sentimientos morales, etc.

La *inteligencia* se encuentra en un estado completo de reposo durante el sueño hipnótico, y volvemos á advertir aquí que al hablar de esta manera solo nos referimos al estado sonambúlico. Es esto lo que ha hecho decir con perfecta propiedad á M. Beaunis que el sueño hipnótico, sin sugestiones, es mucho más reparador que el sueño natural.

La actitud especial de los hipnotizados, la falta absoluta de expresión en su fisonomía, y, como lo hace notar también M. Beaunis, mucho más que en el sueño ordinario, la inmovilidad del cuerpo, etc., son otras tantas pruebas de este reposo intelectual,

que pocas veces se alcanza durante el sueño ordinario.

En balde se pregunta á nn hipnotizado en qué piensa, pues jamás se obtendrá otra respuesta que la siguiente:

—En nada.

La inercia intelectual es, pués, uno de los caracteres distintivos del sueño hipnótico. El cerebro está en descanso, para ponerse en actividad en cuanto una impresión cualquiera venga á darle el impulso que necesita.

Durante el sueño hipnótico el individuo puede desarrollar una mayor fuerza de inteligencia que en el estado de vigilia, y esto es algo que parece no da ya lugar á dudas. Un hipnotizado, como lo hemos hecho notar anteriormente, es comparable á un loco, en muchos de los cuales puede observarse el mismo fenómeno. En esta clase de enfermos no hay nada que les esté *deteniendo*, podríamos decirlo así, en el despliegue de todas sus fuerzas, ya físicas, ya morales; pueden por momentos hacer todo el gasto que su constitución les proporciona, sin dejar nada de reserva.

Con respecto á la mayor fuerza intelectual, nosotros mismos hemos podido comprobarla. Hemos hecho dormir á uno de nuestros hipnotizados y le hemos obligado á ejecutar un trabajo intelectual que, estábamos seguros, no le habría sido posible hacer en el estado de vigilia. Le pedimos nos hiciera un discurso sobre un tema que le señalamos, y era de ver la entonación con que nos declamó bien pronto uno, bastante bueno por lo de más por las ideas y la forma.

Tal vez esta mayor fuerza de la inteligencia durante el sueño hipnótico es lo que ha inducido á algunos á pensar que los hipnotizados podían aprender, sin enseñarles, muchas cosas, predecir el destino futuro, etc.; pero esto, como se comprende, no pasa de ser sino una de tantas curiosas invenciones, que saben esplotar perfectamente los charlatanes.

La curiosa acción del imán, que hemos estudiado al tratar de la hiperexitabilidad neuro-muscular, es también apreciable con respecto á los síntomas psíquicos, lo que viene á dar una prueba más de algo que aseveramos en otra parte de nuestro trabajo, con respecto á la semejanza que existe entre los diversos fenómenos de la vida humana que, siguiendo la opinión del ilustre profesor Beaunis, no consideramos sino como la resultante de una serie de fuerzas físicas. El cuerpo humano, como dicen los redactores de la *Revue Scientifique* en un juicio crítico sobre una reciente obra del profesor Feré, «es solo un *aparato de reflejos* en el que las impresiones venidas de fuera se transforman en movimientos de diversos órdenes y adaptados á los múltiples fines de la conservación del individuo y de la especie.» Una orden venida del esterior y que en la complicada máquina de nuestra economía tenga que transformarse en una operación intelectual cualquiera, puede ser suspendida por otra fuerza extraña y dar lugar á fenómenos más ó menos curiosos. El imán obra de esta manera y mediante la acción de una herradura magnética es posible suspender momentáneamente un acto intelectual cualquiera.

—Declame Ud. tales versos, decimos al joven N.,

á quién hemos vendado la vista de antemano. El joven nos obedece al instante y empieza á decir con todo el entusiasmo del caso unas estrofas que ha aprendido á declamar no ha mucho. De repente se detiene, tartamudea y no puede seguir adelante.

—He olvidado lo que sigue, nos dice al manifestarnos también la mayor extrañeza en su semblante.

Pero, ¿qué ha sucedido? Hemos puesto, sin que él lo note, un imán á corta distancia no de la tercera circunsvolución frontal izquierda, localización del lenguage articulado, sino de la derecha, y la sola influencia de la herradura ha bastado para detener el impetuoso arranque declamatorio de nuestro paciente.

Quitamos el imán, y á los pocos segundos continúa nuestro hipnotizado sin volver á repetir nada de lo que ya había dicho, y sigue cabalmente desde donde se había olvidado. Si le hacemos contar y por medio de la herradura magnética le detenemos en 15, por ejemplo, después de alejar el imán seguirá contando desde 16, sin que se le dé una nueva orden para que lo haga.

La repetición de la experiencia puede hacerse con el mismo éxito en cualquiera persona. El imán colocado sobre el lado izquierdo queda sin influencia sobre los fenómenos psíquicos, pero suspende cualquer operación intelectual si se coloca á la derecha.

En el joven N., sin embargo, hemos podido producir también la suspensión momentánea de los fenómenos intelectuales, colocando el imán sobre el lado izquierdo, pero debemos hacer notar que este joven es *zurdo* y que es posible que, como lo aseguran al-

gunos fisiólogos, tenga también, como todos los que se sirven de ordinario de su lado izquierdo, educado en parte su hemisferio derecho. Volvemos á repetirlo, en la generalidad de los individuos el efecto del imán solo es apreciable cuando se le hace obrar sobre el hemisferio derecho.

¿Cual es la razón, se nos preguntará, de que suceda tal cosa? Estamos inclinados á creer que como el individuo usa solamente su hemisferio izquierdo para verificar cualquiera operación intelectual, si se coloca un imán sobre el lado derecho en el momento en que una impresión ha venido á transformarse en una idea, la fuerza magnética de la herradura hace el transfert al otro hemisferio, que no ha sido educado anteriormente y que, por supuesto, se encuentra incapaz de poder suplir á su antagonista.

De parte de la *memoria* hay fenómenos por demás interesantes y que conviene tener presente. El hipnotizado, ante todo, no recuerda nada de lo que le ha pasado durante el sueño y no tiene de él la más remota idea. Sin embargo, se cita casos de individuos que pueden dar algunas nociones sobre lo que les ha acontecido, sin tener completa seguridad de lo que relatan. Más bien estaríamos inclinados á creer que en estos casos no ha habido un verdadero sonambulismo y que por esto tal vez pueden recordar lo que han oido. Pero, esta amnesia de lo que les ha sucedido durante el sueño hipnótico, no significa que cada una de las ideas con que impresionamos el cerebro del hipnotizado no vaya á gravarse allí, de una manera indeleble, como parece sucede también en el estado de vigilia fisiológica. Cada una

de estas ideas é impresiones va á quedar depositada tal vez sobre una ó varias de las células cerebrales, para ser evocada más tarde, cuando el recuerdo vaya á sacarlas de tan misterioso escondite. Y hay de esto una prueba plenamente satisfactoria: si á un hipnotizado se le pregunta después en el estado de vigilia por lo que le ha pasado durante el sueño, no podrá decir nada de lo qne con él hayamos hecho; pero si nuevamente le hacemos dormir y le preguntamos idéntica cosa durante el sueño, de seguro que nos dará cuenta cabal de su hipnotización anterior. Las ideas habían quedado, pues, en estado latente.

Y no solo acontece esto mismo durante el sueño hipnótico, sino que aún en el estado de vigilia sucede casi lo mismo. Hay muchas cosas que un individuo ha aprendido en épocas anteriores, pero que, sin embargo, más tarde no le es posible recordar; pero si hipnotizamos á una de estas personas, les bastará un ligero esfuerzo para recordar lo que habían olvidado.

Uno de los jóvenes en que más hemos experimentado, el señor N. N., nos dió la siguiente prueba: sabíamos de antemano, mucho antes de que empezáramos nuestros estudios sobre hipnotismo, que había olvidado un par de décimas de una comedia que representó en épocas anteriores; teníamos la convicción de que había tratado de acordarse de ellas en repetidas ocasiones, pero sin resultado. Una vez dormido, quisimos ver si nos sería posible hacer que recordara estos versos olvidados hacía tiempo.

—Va Ud. á decirnos tales versos, que ha sabido anteriormente, le dijimos en alta voz.

—Pero, si no los sé, nos respondió.

—Vea modo de recordarlos; Ud. debe saberlos al despertar.

—Ya los sé, nos respondió después de algunos minutos que había empleado, según se le conocía en la fisonomía, en recordar lo que le indicábamos.

En efecto, después de despertar, nos declamó los versos que le habíamos pedido.

Ejemplos semejantes al que dejamos consignado podrían multiplicarse hasta el infinito. Se cita casos de personas más ó menos ignorantes que han podido recitar durante el sueño hipnótico largos trozos en latín ó griego, que habían oído leer años antes y que, por supuesto, jamás habían recordado. Durante el estado de exitación de ciertas fiebres puede observarse idéntica cosa, con respecto á la facilidad con que recuerdan ciertos enfermos cosas que ni siquiera tenían conciencia de haber aprendido anteriormente.

Como en el caso anterior, el recuerdo había quedado en estado latente y ha bastado evocarlo para que el individuo se de perfecta cuenta de lo que ya había olvidado. Por esto tal vez algunos fisiólogos y psicólogos piensan que nada que impresione nuestro cerebro deja de quedar gravado allí de una manera indeleble, y que la mayor ó menor *memoria* de los individuos depende de la facilidad con que pueden evocar estas ideas gravadas en su cerebro.

Pero en el hipnotizado hay una curiosa particularidad con respecto á la memoria, que ha estudiado con detención M. Richet bajo el nombre de *memoria inconsciente.* Se refiere este fenómeno al recuerdo que conservan los individuos de las sugestiones que

se les hacen durante el sueño hipnótico, para ser cumplidas en el estado de vigilia; pero este recuerdo no significa que el individuo pueda darse cuenta de que lo que va á ejecutar no es obra de su voluntad sino el resultado de la orden de una persona extraña. Para el que ha sido hinotizado, los actos que ejecuta después en el estado de vigilia en cumplimiento de las diversas órdenes que se le han sugerido, son solo la expresión de su voluntad; inútilmente trataríamos de convencer de lo contrario á uno de estos individuos.

—¿Porqué me traes un vaso de agua? decimos á un joven que acabamos de hipnotizar y que en cuanto despierta lo primero que hace, en cumplimiento de la orden que se le había sugerido, es ir en busca del vaso que nos presenta.

—Porque tengo ganas, nos contesta de una manera bastante seca, sin alcanzar á comprender que aquello nunca lo habría hecho expontáneamente.

—¿Pero no veis que el señor T. os lo ha ordenado? le dice uno de nuestros amigos presentes, al verle hacer esta afirmación.

—No tal; lo hago solo porque así lo deseo.

—¿Estais bien seguro que no os han mandado semejante cosa?

—Perfectamente seguro, vuelve á responder el joven N. N., con una muestra de la más profunda convicción.

Es este recuerdo de las ideas ú ordenes que se le sugieren á un hipnotizado durante el sueño, recuerdo de que éste no se da cuenta, lo que Richet ha estudiado con el nombre de *memoria inconsciente.*

El *raciocinio* en los hipnotizados se conserva y tal vez, podría casi asegurarse, tiene un mayor desarrollo. Se les puede sugerir las ideas más extrañas y hacerles discurrir sobre ellas y siempre se podrá notar que, aún partiendo de los mayores absurdos, sus deducciones son lógicas y sus juicios perfectamente puestos en razón. Si se les objeta cualquiera de sus argumentos y tratamos de engañarlos por medio de razones falsas ó desprovistas de fundamento, poco trabajo les costará hacernos comprender que partimos de una base errónea y que son ellos los que están en la verdad.

Los *sentimientos morales* parecen poder manifestarse con más libertad durante el sueño hipnótico y, según algunos, hay casos en los que las inclinaciones del individuo no pueden dejar de salir á luz al instante. Á este respecto se cita el caso de una enferma á quién se hacía dormir y que durante el estado hipnótico se entregaba siempre al robo.

En la generalidad de los individuos es casi imposible hacer desaparecer por la sugestión el sentimiento del pudor. Á otros en balde se les ordenará que roben tal cosa ó que escondan en sus bolsillos tal otra.

—No soy ladrón, responden en un tono despreciativo.

Se ha tratado de saber si un hipnotizado podía mentir durante el sueño hipnótico. Algunos autores piensan que no y unos pocos dicen haber sorprendido en delito infragante á varios de sus hipnotizados. Desde luego no parece que hubiera razón suficiente para pensar que durante el sueño hipnótico había

imposibilidad para la mentira, aunque por lo general se ve que si se interroga á los individuos sobre tal ó cual punto que no les agrada ó sobre el que no suministrarían datos de buena gana, callan aunqne se les ordene contestar.

El profesor Beaunis asegura que jamás ha podido sorprender á ninguno de sus hipnotizados y que cada vez que, queriendo cerciorarse de que lo que aseguraban era efectivo, les repetía: «No me dices la verdad», siempre la contestación fué esta misma:—«No podría mentir».

«Por lo demás, agrega más adelante M. Beaunis, posible es que tratándose de naturalezas viciadas, el resultado fuese diferente, y por cierto sería interesante saber como se conduciría durante el sueño provocado un criminal de profesión, un ladrón ó un asesino, por ejemplo. Es claro que estas investigaciones serían difíciles y que habría precisión de ponerse en guardia contra una probable simulación; pero sea como quiera, estos ensayos ofrecerían un grande interés bajo el punto de vista psicológico. En el hipnotismo, en efecto, y ya hemos tenido oportunidad de hacerlo notar, el sér moral se entrega por completo, no solo en sus actos, sino también en sus pensamientos y sentimientos más íntimos; todo se pone de relieve, vicios y faltas, virtudes y pasiones; todo se destaca con implacable franqueza, con el desenfado más completo. ¡Ver desnuda el alma de un perverso corrompido, qué asunto de estudio para un filósofo! Y ¿quién sabe si en esta exploración no se encontraría algún sentimiento puro, verdadero diamante perdido en el fango, algún recuerdo de la infancia que,

removido por la sugestión, pudiera llegar á ser el punto de partida de la rehabilitación moral del criminal y de su vuelta al camino del bien?

M. Binet, en uno de sus trabajos recomienda un procedimiento sencillísimo para poder reconocer cuando un hipnotizado miente, sea durante el sueño, sea en el estado de vigilia. Le sugiere la idea de que cada vez que en cualquiera de estos estados no diga la verdad, repita una frase que le indica. Así muchas veces, después de haber hecho despertar á alguno de sus sujetos, en medio de una conversación natural notaba que, sin venir al caso, decían la frase que se les había indicado, sin darse cuenta de ello.

—Cada vez que nos engañe, ya dormido, ya despierto, decíamos á uno de nuestros hipnotizados, repetirá en seguida la frase *contra mi voluntad.*

Un día después, interrogándolo sobre si era efectivo que había aprendido ya un examen que debía rendir dentro de poco, pudimos ver que nuestra orden había quedado perfectamente gravada.

—Ya estoy en situación de rendirlo, *contra mi voluntad,* nos respondió nuestro joven, sin darse cuenta que le habíamos sorprendido en delito infraganti.

Es por demás conveniente poner en práctica este consejo de Binet, siempre que se quiera sacar conclusiones ciertas de las experiencias que se practican en los hipnotizados. Solo así se puede estar muchas veces á cubierto de toda superchería, sobre todo cuando se trata de tomar datos que debe suministrar directamente el hipnotizado.

# VI

## SUGESTIÓN HIPNÓTICA

El estudio de los fenómenos psíquicos nos ha llevado gradualmente al de la sugestión, sin duda ninguna, el más importante de todos los que es posible observar en el hipnotismo, sea que se mire desde el punto de vista científico, sea solo desde su alcance moral. Hemos terminado la sintomatología de la hipnosis, pero ésta no quedaría completa sin dar á conocer este curioso fenómeno, tan inesplicable para los profanos de la ciencia, tan interesante bajo el punto de vista psicológico y tan trascendental por su importancia científica, que los fisiólogos describen bajo el nombre de *sugestión hipnótica.*

Hemos aseverado al empezar el capítulo anterior que un hipnotizado perdía más ó menos por completo el imperio de su voluntad que quedaba sometido á la de la persona que le había hecho dormir. Es esta la base de la sugestión, fenómeno cuya esencia consiste en imponer al individuo tales ó cuales ideas ú órdenes durante el sueño hipnótico, para ser ejecutadas, sea en el momento, sea en el estado de vigilia,

órdenes é ideas de cuya imposición el individuo no se da cuenta, por más que las ejecuta con matemática exactitud.

Es tal la fuerza con que se imponen al individuo hipnotizado las ideas sugeridas, que en vano se intentará impedir que ejecuten tal ó cual acto que se les ha dicho durante el sueño, porque, aunque débiles, podrán vencer todos los obstáculos que les presenten y no quedarán tranquilos hasta el exacto cumplimiento de la orden que se les ha impuesto.

—Te ordeno que vengas, dice un padre á uno de sus hijos que acaba de ser hipnotizado, y sale fuera de la pieza en cumplimiento de una orden que acabamos de sugerirle en su presencia.

—¿Qué no oyes que te llamo? vuelve á repetirle cuatro ó seis veces consecutivas, pero inútilmente, pues, por sumiso y obediente que sea el niño, cumplirá primero nuestra orden y después, sólo después de haberla cumplido, podrá quedar en tranquilidad para hacerle caso á cualquiera persona extraña.

Ya hemos dicho más atrás que el individuo no se da cuenta de que no ejecuta actos nacidos de su propia voluntad, sino lo que su hipnotizador le ha sugerido. Juraría mil veces que todo lo que hace es solo obedeciendo á sus deseos.

El imperio de la sugestión puede tener lugar sobre los diversos actos del individuo, ya voluntarios, ya aún involuntarios.

Con respecto á los movimientos musculares, es posible producir por simple sugestión una contractura limitada á un miembro, á la mitad del cuerpo ó que

afecte alternativamente un brazo y una pierna ó los músculos todos de la economía.

—Ponga rígido este brazo, decimos á un hipnotizado, y al instante lo dejará como lo indicamos. Por débil que sea el individuo podrá tener la fuerza suficiente para mantenerlo en completa rigidez, aunque otra persona trate de doblarlo.

Hemos hablado ya de la acción del imán sobre estas contracturas, y nos bastará recordar que merced á su influencia es posible hacer el *transfert*, contra la voluntad del hipnotizado y sin que éste lo note.

La contractura se manifiesta á los pocos instantes de haber dado nosotros la orden y podemos hacerla desaparecer ó cambiar al lado contrario con la misma facilidad.

Con respecto á esta contractura muscular y como una prueba de la efectividad de los fenómenos hipnóticos en un individuo dado, se hace casi siempre una experiencia que se cree concluyente y que, á nuestro juicio, solo tiene esta importancia cuando cumple con ciertos requisitos.

—Póngase completamente rígido, se dice á un hipnotizado, é instantes después se le puede levantar tomándole de la cabeza ó de la punta de los piés, sin que el cuerpo del hipnotizado deje de permanecer perfectamente recto.

En seguida se toman dos sillas y se colocan á tal distancia de modo que el hipnotizado puesto de espaldas sobre ellas, solo afirme su cuerpo por la nuca y los talones. Basta repetirle la orden de permanecer en esta posición para que el hipnotizado se quede

inmóvil por algunos minutos (15 ó más algunos) *sin dar la menor muestra de cansancio y sin que el número de los movimientos respiratorios ó cardíacos sufra alteración.* En algunos individuos es tal la rigidez de esta contractura cataleptoide que es posible, colocados en la posición que dejamos indicada, que otra persona se siente sobre ellos sin que por esto dejen de estar tan inmóviles como ántes. Nosotros hemos podido hacerlo muchas veces con un joven que se ha prestado para esta experiencia y que, lo hacemos presente, jamás se ha distinguido por el desarrollo de su sistema muscular.

Es indudable que hay individuos que con un poco de práctica les es posible repetir esta experiencia, pero debemos hacer notar que no sólo no pueden estar en la posición en que se colocan más de un par de minutos, ni pueden tampoco resistir el peso de otra persona que se siente sobre ellos sin que, y esto es lo más importante, el cansancio venga á demostrar de una manera indiscutible todo el esfuerzo que necesitan hacer para mantenerse rígidos por tan poco tiempo.

Experimentábamos hace poco en presencia de un amigo nuestro, incrédulo en materia de hipnotismo, y á quien quisimos convencer con la experiencia que hemos descrito más arriba. Al efecto, colocamos á nuestro joven amigo N. N. en la posición indicada y le mantuvimos allí cerca de cinco minutos; nos sentamos sobre él y no dió muestras de estar cansado ni de hacer esfuerzos por permanecer en tan incómoda posición. Creíamos que nuestro amigo habría quedado sino convencido, al menos en disposición de estarlo con otras experiencias; pero, quiso cerciorar-

se de si le sería posible á él, robusto y bien musculado como es, hacer la misma prueba. Se puso sobre dos sillas con mucha comodidad y afirmando tal vez la mitad de cada pierna sobre una de ellas, pero no pudo mantenerse por más de *medio minuto.* Á los pocos días nos contó que había repetido la experiencia, pero nos agregó además que había quedado poco convidado para hacerla otra vez, pues había tenido durante dos ó más días un dolor tan fuerte en los músculos del dorso y de la nuca más especialmente, que jamás se había imaginado. Entre tanto, el joven N. N., que puede permanecer diez ó más minutos en la misma posición, aún soportando por algunos instantes el peso de otra persona, queda después de haber repetido esta misma experiencia tan tranquilo como antes.

Por medio de la sugestión pueden producirse también parálisis y anestesias parciales o generalizadas que afecten alternativa y simultáneamente un brazo y una pierna, por ejemplo, y que también como las contracturas son *traspasables* al lado contrario por el imán. La parálisis de una parte del cuerpo se acompaña siempre de insensibilidad.

Las perturbaciones de la sensibilidad producidas por medio de la sugestión son las que explotan tan admirablemente los magnetizadores; hay personas, educadas por estos individuos, que pueden soportar sin dar la más ligera muestra de dolor, la introducción de agujas en un brazo ú otra parte del cuerpo. Y lo más curioso es que puede producirse por sugestión la insensibilidad de la mitad derecha del cuerpo y la anestesia de la izquierda, por ejemplo.

—Tenga insensible su lado derecho y muy sensible, el izquierdo, decimos á uno de nuestros hipnotizados, que al instante obedece nuestra orden. Le clavamos con un arfiler en el lado derecho, en la yema de los dedos, en la cara y aún en la lengua y si le preguntamos lo que siente:—Nada, nos contestará, aunque le hagamos penetrar el alfiler algunos centímetros. Le tocamos, en seguida, con solo la cabeza del mismo alfiler el lado contrario y dará una patente muestra de dolor. Si le vendamos los ojos podemos hacer el transfert con el imán y tendremos entonces insensible el lado izquierdo y sumamente sensible el derecho.

Estas parálisis, contracturas ó anestesias, ya parciales, ya generalizadas, en todo semejantes á las que se observan en las histéricas, pueden persistir durante el estado de vigilia por más ó menos tiempo, si así lo desea y lo ordena el hipnotizador, que podrá hacerlas cesar á voluntad.

La sugestión permite también provocar alucinaciones para cada uno de los órganos de los sentidos, el tacto, el gusto, el oído, etc. Bastará decirles que sienten ó gustan tal ó cual cosa, para que al instante queden perfectamente convencidos de ello.

—Tome Ud. helados, decimos al joven N. N. durante el sueño hipnótico, al pasarle un pedazo de pan, que empieza á paladear con el mayor gusto.

—En efecto, nos responde, al mismo tiempo que se esfuerza por soplar para no sentir sensación de frío, y casi al instante se comprime la parte superior de la nariz, tan idéntica ha sido la sensación que le hemos hecho experimentar.

—Aquí tiene azúcar, le decimos después al darle un poco de quinina, que paladeará sin notar el amargo característico de la sustancia que le hemos ofrecido.

—Tome Ud. un poco champagne, al presentarle una copa de agua, que sorbe con delicia, y, cosa curiosa, si la dosis ha sido suficiente, se embriagará como si hubiera tomado la Rœder más legítima.

—Aquí tiene esencia de rosas, si le presentamos un frasco con amoniaco, cuyo olor no percibirá aunque aspire varias veces. Por el contrario, experimentará una viva satisfacción, creyendo tener ante sus narices verdadera esencia de rosas..

Así pueden variarse á voluntad las alucinaciones del gusto y del tacto, el individuo no se dará cuenta de tan extrañas transformaciones.

Con respecto al *oído* hemos dicho ya, al hablar de los síntomas de la hipnosis, que generalmente hay una esquisita sensibilidad. Por medio de la sugestión es posible hacer más notable esta hiperexitabilidad auditiva y, por el contrario, es posible también hacer que un individuo quede completamente sordo de los dos oidos ó de uno solo. He aquí una experiencia que hemos hecho nosotros con uno de nuestros hipnotizados:

—Ud. está sordo del oido derecho, le dijimos, después de haberle hecho dormir. Le vendamos la vista y le colocamos un reloj de bolsillo á 20 centímetros de su oreja izquierda.—¿Qué siente? le preguntamos entonces.—El ruido de un reloj aquí, nos dijo, señalando el único lado que tenía sensible. Sin que él lo notara, pusimos un imán cerca del oido contrario,

por donde no podía oir, y á los pocos instantes el individuo dejó de percibir el ruido del reloj que antes oía tan claramente: el imán había verificado el *transfert.* Cambiamos al lado contrario la herradura y á los pocos momentos pudo percibir otra vez el tic-tac del reloj que habíamos dejado siempre en la misma posición.

*Vista.*—Es fácil sugerir á un hipnotizado las más extrañas alucinaciones de la vista, con solo hacerles creer que miran ó ven tal ó cual objeto que se les indica. Lo más curioso que hay en estas experiencias es que parece que en realidad no se produce una alucinación de la vista, sino que la retina percibe en efecto la imagen del objeto que se le ha indicado á la persona en que se experimenta.

—Aquí tiene Ud. una moneda de 20 centavos, decimos á uno de nuestros hipnotizados, cuando en realidad no tiene ante sus ojos tal cosa.

—En efecto, responde después de examinarla.

Si se le comprime uno de los ojos hacia adentro, al instante verá dos monedas, una al lado de la otra; de las imágenes que se presentan á su vista una aparecerá más clara, (la que está al mismo lado del ojo que funciona normalmente) y la otra un poco velada (la que corresponde al ojo que se comprime), diplopia con imágenes homónimas. Si se comprime de arriba á abajo, las imágenes se presentarán unas sobre otras; si de dentro á afuera, las imágenes estarán cruzadas, es decir, la más clara será la que está al frente del ojo que se comprime.

Por otra parte, y siempre con respecto á los fenómenos del lado del aparato de la visión, es posible

obrar también sobre la pupila, cuyos movimientos, como se sabe, no están bajo el influjo de la voluntad.

—Estamos á oscuras, decimos al joven T. G., que acabamos de hipnotizar. La pupila se dilata considerablemente y no se contrae aunque se le acerque un fósforo encendido.—Ya hay luz, le decimos, después de haber repetido esta experiencia, y al instante contrae sus pupilas.

—Allá muy lejos hay una torre; mírela Ud.

—En efecto, dice el hipnotizado, después de acomodar su ojo para la visión á esta distancia, es decir, después de dilatar al máximun sus pupilas.—Continúe mirando, le decimos, y vea que tiene muy cerca de sus ojos un retrato. El hipnotizado nos obedece y dice ver el retrato que le indicamos tan solo después de haber contraido visiblemente sus pupilas.

Cada uno de estos experimentos no puede ser simulado, pues la contracción pupilar sale de la esfera de los actos voluntarios.

Y ya que de estos tratamos, para no entrar en molestas repeticiones, haremos presente que es posible producir por medio de la sugestión el aumento de la secreción intestinal y obtener á voluntad diarrea ó estitiquez, disminuir ó aumentar el número de los latidos cardíacos (nosotros hemos podido verificar este experimento y hemos constatado una diferencia de 20 pulsaciones entre el máximun y mínimun), producir la traspiración, etc. Pero entre todas estas experiencias hay dos que merecen ser estudiadas con alguna detención: queremos referirnos á la posibilidad de producir la vesicación por la sugestión hipnótica y aún, como lo asegura Beaunis, y nos ha sido

posible comprobarlo, pequeñas hemorragias. He aquí como hemos procedido imitando la experiencia de Beaunis y de otros autores: hicimos una inicial con la cabeza de un alfiler sobre la piel del brazo de un hipnotizado por medio de pequeñas presiones ejercidas de trecho en trecho, hasta enterar diez puntos diversos. Le ordenamos que de cada una de las partes en donde le habíamos tocado debía salir una gota de sangre. Diez minutos después la inicial era perfectamente apreciable en cada uno de los puntos fijados; la presión ejercida sobre ellos no hacía desaparecer la mancha hemorrágica. La vesicación y la producción de hemorragias es solo posible en un reducido número de individuos, que han tenido además una educación hipnótica, si pudiera llamarse así, preparatoria.

Los transtornos que es posible producir en los actos intelectuales por medio de la sugestión forman uno de los más interesantes capítulos de la hipnosis, y sobre todo los que se relacionan con la *memoria*. Es posible producir en los hipnotizados el olvido de tales ó cuales hechos, de una parte ó de la totalidad de su vida pasada y, lo que es más curioso y difícil de simular, el de una palabra, de una ó varias letras del alfabeto, el de todas las vocales ó de las consonantes: si en estas condiciones se le hace leer ó escribir, jamás podrán recordar, para efectuar cualquiera de estas operaciones intelectuales, las letras ó palabras cuyo olvido se les ha sugerido. La rapidez para leer ó escribir es la misma y pueden hacerlo con corrección. Á las personas que saben música es posible también hacerles olvidar una ó más notas.

El fenómeno que estudiamos tiene otra faz no menos interesante, la que se relaciona con las *sugestiones negativas.* Es posible hacer que un hipnotizado deje de ver á tales ó cuales objetos ó personas, aunque estén presentes. Si alguna de éstas le habla, sentirá la voz pero no le será posible distinguirle su cuerpo; si ocupa una silla y se le ordena al hipnotizado que se siente en ella, lo hará sin inconveniente, se colocará sobre la persona que no distingue y que ha desaparecido para él.

Entre estas curiosas sugestiones negativas, podemos colocar una experiencia por demás interesante: hacemos dormir al joven M. S. en presencia de varias personas.

—Ud. al despertar se encontrará con que todos hablan francés, escepto nosotros, decimos á nuestro hipnotizado, que poco ó nada sabe de este idioma.

Le despertamos y hacemos que algunos le interroguen en castellano.

—¿Cómo está Ud. ¿Qué siente?, le dice una de las personas que están con nosotros.

—Je ne comprend pas, contesta sonriendo, encojiéndose de hombros y significando que aquello le es muy estraño.

—¿Por qué no me contesta? ¿Qué no me oye Ud?

—Je ne comprend pas, vuelve á responderle, sin salir todavía de la extrañeza que aquello le produce. Poco después nos pregunta en castellano porqué todos los demás hablan francés. Esta sugestión puede persistirle por algún tiempo; hemos podido comprobarla una vez durante más de una hora.

Por medio de la sugestión es, pues, posible cam-

biar todas las ideas que el individuo posee y aún producir el olvido de su personalidad. El interés que este asunto presenta nos obliga á estudiarle con más detención en el capítulo que dedicaremos á la medicina legal.

Hemos estudiado más atrás los fenómenos de la hiperexitabilidad del sentido muscular y dejamos probado que es posible sugerir al individuo las más curiosas ideas con solo empezarle con alguno de sus miembros una actitud determinada; aún es posible sugerir á ambas mitades del cuerpo ideas distintas, lo que hace que una parte de la cara exprese una fisonomía y el resto otra muy diferente.

La sugestión puede obrar también de una manera independiente sobre ambas mitades del cerebro; ni más ni menos que como si colocamos una mano expresando la risa y la otra el temor y á los pocos momentos obtenemos una distinta expresión en ambas mitades de la cara, así también la sugestión, que, para nosotros al menos, no es sino el resultado de la exitación de ciertas y determinadas regiones del cerebro, puede producir también un desdoblamiento psíquico del individuo, si se nos permite la expresión. Hemos leido que ya se había hecho notar esta curiosa particularidad; por lo que toca á nosotros, debemos hacer presente que una experiencia casual vino á colocarnos en situación de podernos confirmar en las ideas que teníamos á este respecto.

Experimentábamos un día con el joven N. N. y le hacíamos escribir un nombre, *Pedro*, que acabábamos de sugerirle era el suyo. Terminó de hacerlo con la mano derecha y le pedimos lo escribiera también con

la izquierda, pero ¿cuál sería nuestra extrañeza al ver que puso en vez de *Pedro* el que en realidad tenía? Quisimos convencernos, volvimos á hacer que lo escribiera con sus manos derecha é izquierda sucesivamente y constatamos la repetición de la experiencia que dejamos indicada. Empleamos el imán, que colocamos sobre el hemisferio izquierdo en el momento que escribía su propio nombre con la mano de ese mismo lado y á los pocos momentos, después de haber principiado ya á escribir su nombre, borró las dos primeras letras que había puesto, empezó á poner *Pedro* con toda convicción; con la mano derecha escribió después su verdadero nombre; el imán había verificado un doble transfert.

En vista de los resultados de esta experiencia quisimos comprobar la siguiente en el mismo sujeto.

—La mitad derecha de su cuerpo se llama *Miguel*, dijimos á nuestro joven, y la izquierda *José*.

—Pero ¿cómo? nos respondió al instante, al mismo tiempo que nos demostraba con su semblante la imposibilidad de que aquello pudiera suceder.

—Ud no puede hacernos observaciones; no lo olvide; se llamará como se lo hemos indicado.

—Está bien, nos dijo después de conformarse con nuestra orden.

—Escriba su nombre con la mano derecha y con la izquierda sucesivamente.

Á los pocos instantes vimos que había escrito *Miguel* con la derecha y *José* con la izquierda. Le repetimos que volviera á escribir nuevamente con cada una de sus manos su respectivo nombre y al tiempo que lo hacía con la derecha y que empezaba

á poner *Miguel*, le colocamos el imán sobre el hemisferio del mismo lado (que, como se sabe, es el que tiene bajo su dominio la parte izquierda del cuerpo) y vimos que borró la *M* que ya había puesto y que en seguida puso sin trepidar *José*. Al usar después su mano derecha escribió *Miguel*. Como se ve, pués, la acción del imán es también curiosa y muy notable sobre las exitaciones que podríamos llamar psíquicas, que son tan permanentes como las contracturas por el masage de uno ó varios músculos,

Nos ha sido posible repetir esta experiencia en dos personas distintas y aún haciendo que la doble sugestión persistiera en el estado de vigilia.

Á primera vista, una objeción parece desprenderse de esta experiencia, que vendría á ser también aplicable á una de las conquistas de la fisiología experimental que ya no admite dudas: queremos referirnos á la localización de la facultad del lenguage que, como se sabe, desde el tiempo de Broca se considera situada en la tercera circunsvolución frontal izquierda. ¿Cómo sería posible, pués, nos dirán algunos, que se desdoble el individuo en dos personalidades distintas, cómo es dable que, según las nociones que hay hasta la fecha sobre la materia, entren á funcionar independientemente ambos hemisferios cerebrales, cuando en el estado normal uno solo, el izquierdo, es el que está encargado de la más trascendental de las funciones vitales? ¿Cómo se explica que, sin educación previa, pueda el hemisferio derecho desempeñarse tan corrientemeute como su congénere? ¿Cómo es posible que ambos hemisferios funcionen de una manera simultánea, cuando se pue-

de probar por una experiencia que dejamos descrita más atrás que por medio de un imán colocado sobre el derecho, se suspende toda operación intelectual?

Es indudable que estas objeciones pueden desprenderse de la experiencia que dejamos indicada; pero, no es menos cierto que son también refutables ó explicables en parte. Nosotros estaríamos dispuestos á creer que, si bien es cierto que en el estado normal la tercera circunvolución frontal izquierda es la que hace el gasto de nuestras necesidades intelectuales, sin que sea necesario el auxilio de la del lado derecho, por medio de là sugestión es posible hacer que ésta, que está siempre desempeñando un papel meramente pasivo y que, podríamos decir, está de reserva, entre también á funcionar como la del lado derecho.—¿No sería otra prueba de esta facilidad con que es posible hacer trabajar el lado izquierdo del cuerpo (bajo la dependencia del hemisferio derecho) por medio de la sugestión, el que basta ordenar á los hipnotizados que ejecuten cualquier trabajo, escribir con su mano izquierda, por ejemplo, de que nunca se han valido, y que, sin embargo, lo hace tan correctamente como la derecha?

Y en corroboración de lo que afirmamos, allá va otra experiencia que, nos ha parecido, prueba de una manera bastante clara la verdad de lo que acabamos de asegurar.

Hemos dicho más atrás que es posible, por medio del imán, suspender cualquiera operación intelectual, con solo la aplicación de la herradura frente á la tercera circunvolución frontal derecha. Aunque esta experiencia vendría á probar que seguramente el

individuo, para sus trabajos intelectuales ó por lo menos para la expresión de su pensamiento usa solo el hemisferio izquierdo, sin embargo, la objeción que hemos hecho presente hace poco al relatar la experiencia del desdoblamiento de la personalidad del individuo, nos hizo buscar la manera de poder explicar esta aparente contradicción, y no nos fué difíci poder convencernos de que efectivamente estábamos en la verdad al asegurar lo que ya en fisiología experimental es acatado como hecho perfectamente demostrado. Repetimos otra vez la experiencia del imán, pero fué necesario que le hiciéramos una pequeña variante. He aquí como procedimos: hicimos dormir al joven X. Y., le vendamos la vista y le ordenamos que empezara á contar en alta voz. Le dejamos que llegara á 20; entonces empleamos el imán, que colocamos á poca distancia de la tercera circunsvolución frontal derecha.

—Veinte, veint..... alcanzó á decir el joven T., cuando de repente se vió detenido, sin que le fuera posible recordar el número siguiente.

—Continúe contando, dijimos á nuestro paciente.

—No puedo; se me han olvidado los números.

—Ud. puede seguir adelante si trata de emplear la mitad derecha de su cerebro.

—No puedo, volvió á repetirnos.

—Le ordenamos que continúe contando con el otro lado del cerebro; Ud. debe obedecernos y está en situación de poder cumplir esta orden.

Pocos momentos después el joven T., empezaba á contar en alta voz, eso si que con una gran dificultad para dar con cada número, como si le costara mucho

trabajo, ni más ni menos que como se ve en los individuos que después de quedar afásicos por una lesión de la tercera circunvolución frontal izquierda, empiezan á aprender unas cuantas palabras. Después de cada número hacía un ligero descanso y tenía que esforzarse para dar con el siguiente. El mismo nos decía que le costaba mucho trabajo hacerlo como se lo pedíamos.

—Continúe usando el lado derecho y no se detenga, dijimos á nuestro hipnotizado, para hacer la comprobación de la experiencia. Le quitamos el imán y lo pusimos en el lado contrario; fué lo bastante para que á los pocos segundos se detuviera, como le había sucedido hacía poco.

—Se me han olvidado los números, nos dijo T., después de tratar en vano de recordar cual era el último que acababa de decir.

—Vea modo de seguir contando, pero haga que trabaje su hemisferio izquierdo. Inmediatamente continuó su interrumpida operación con una ligereza que hacía contraste con la lentitud con que había tenido que hacer el mismo acto intelectual poco antes.

¿Cuál sería la deducción que podría desprenderse de esta experiencia?

Creemos que si el imán produce la suspensión de una operación intelectual cuando se coloca sobre el lado derecho, es porque se hace el *transfert* de la exitación, y como el lado derecho no se usa de ordinario para este trabajo, resulta que se encuentra imposibilitado para suplir á su congénere. Sin embargo, si por medio de la sugestión se le pone en actividad,

puede entrar á funcionar, eso sí, con la poca destreza de un órgano no educado de antemano. Si se coloca de nuevo el imán en el lado izquierdo, y se ordena al paciente que siga usando solo su hemisferio derecho, el *transfert* vuelve á verificarse y el individuo se ve detenido otra vez; la sugestión basta para poner en actividad el lado izquierdo, y, después de una orden del hipnotizador, el paciente continúa con toda facilidad, como que usa la parte del cerebro de que de ordinario se sirve.

La sugestión puede hacerse también sobre actos para los que se les fija un tiempo determinado, que los hipnotizados pueden apreciar con una exactitud matemática.

—Despierte Ud. dentro de 10, de 15 ó de 20 minutos, decimos al joven N.; después de haberle repetido nuestra orden, seguimos haciendo varias experiencias y, de repente, enterado el tiempo que acabamos de indicarle, despierta, sin darse cuenta de por qué lo ha hecho.

Las sugestiones pueden hacerse aún para un tiempo indeterminado, sin que por esto dejen de ser cumplidas con toda exactitud.

—Ud. despertará cuando tome este lapicero, decimos al joven N., y volverá á quedarse dormido cuando se siente en esta silla.

El hipnotizado puede demorar el cumplimiento de cualquiera de estos actos, si no le hemos ordenado expresamente que debe hacerlo al instante, pero en cuanto tome el lapicero despertará, como en cuanto se siente en la silla que le indicamos volverá á dormirse.

Un punto que no está todavía perfectamente estudiado es el de la duración de las sugestiones y el de el tiempo que puede pasar entre la orden que recibe el hipnotizado y su cumplimiento. Por lo que hace al primer punto, parece que no es la misma en todos los individuos y aún habría necesidad de hacer presente que puede variar para las distintas ideas que se sugieran.

En cuanto al mayor tiempo que puede mediar entre la sugestión y el cumplimiento, no hay tampoco nada de fijo. Parece que Beaunis es el que ha podido comprobar un espacio más largo, pues ha relatado el caso de una *sugestión con 172 días de intervalo.* Los demás autores citan amenudo hechos de 10, 20 y más días.

Como si los curiosos é inesplicables fenómenos que se observan durante el sueño hipnótico no bastaran para llenar de admiración á los incrédulos y profanos de la ciencia, todavía es posible que casi todas estas sugestiones puedan hacerse en el estado de vigilia. Hay individuos que obedecen á una voluntad extraña y que, poniéndose en estas condiciones, pueden tener ya una parálisis, ya una contractura, ya otro trastorno orgánico que les habría sido imposible producir por el solo esfuerzo de su deseo. Por lo común se observa esto en individuos que han sido anteriormente hipnotizados y que obedecen en el estado de vigilia á su hipnotizador habitual.

Estos individuos están perfectamente despiertos y, sin embargo, presentan en ese instante dos caracteres que los diferencian de los demás: la pérdida de su voluntad, pues es posible producirles cualquiera

alucinación, y la amnesia parcial reducida á aquello de que se le habla ú ordena. Estas sugestiones en estado de vigilia han sido estudiadas con toda atención por Liegois y Beaunis, que han dado á conocer tan curioso fenómeno. El estado particular de los sujetos que pueden recibir esta clase de sugestiones ha sido llamado *vigilia hipnótica* por Beaunis y *estado somno-vígil* por algunos magnetizadores.

Nosotros hemos podido hacer la sugestión en estado de vigilia con dos de nuestros hipnotizados, en quienes hemos repetido en estas condiciones la experiencia de la contractura cataleptoide que dejamos descrita más atrás, y nos ha sido posible además provocarles las más variadas alucinaciones, hacerles tomar agua por champagne, oler amoniaco por esencia de rosas, etc.

---

Deseos tendríamos de haber terminado aquí el presente capítulo, sin abordar el espinoso tema de la *sugestión mental;* no habríamos hecho otra cosa que seguir á la mayoría de los autores que se han ocupado de la hipnosis, ya que casi todos ellos pasan por alto sin describir este curioso é inesplicable fenómeno. Sin embargo, cediendo al deseo de decir unas cuantas palabras, no hemos podido dejar de dedicarle también unos momentos de estudio y de expresar nuestra opinión á este respecto.

La *sugestión mental,* es decir la comunicación entre hipnotizador é hipnotizado sin el intermedio de la palabra, es algo que preocupa actualmente á los psicólogos y fisiólogos europeos y que hasta la fecha

no es aceptada por la generalidad de los observadores. Sin embargo, se cita tantos casos prácticos, se habla de fenómenos que han podido ser comprobados por personas que merecen completa fe y, por último, hasta se puede con ciertos hipnotizados hacer algunas de estas experiencias, que por lo menos hay razón bastante para dedicarle nuestra atención.

Los antiguos magnetizadores, que, siguiendo las teorías de Mesmer, explicaban los fenómenos de la hipnosis por medio de un fluido magnético que pasaba del operador al paciente, fácilmente habrían podido darse cuenta de la sugestión mental, recurriendo á idéntica explicación. Pero hoy día, que los hipnotizadores modernos han llegado á probar que la existencia de este fluido especial no era sino una mera invención, que se ha demostrado que el operador representa un papel puramente pasivo y que el hipnotizado mismo es el que produce en su organismo los trastornos que traen como consecuencia el sueño provocado, la cuestión cambia de aspecto y se presenta más espinosa todavía para quién quiera idear una explicación satisfactoria.

Lo poco que hemos experimentado sobre sugestión mental, nos ha convencido del todo de que este fenómeno no sale de los límites de lo natural, y que no está tampoco en abierta contradicción con la teoría de las fuerzas físicas, que aceptan hoy la casi totalidad de los fisiólogos para explicar los fenómenos íntimos de la vida animal; antes, por el contrario, parece que viene á ser una corroboración de esta misma teoría.

La sugestión mental, como decíamos hace poco, de-

fendida con tanto calor por Ch. Richet, ha sido combatida no ha mucho por algunos observadores de la escuela alemana. Sin embargo, parece que no puede dudarse de su existencia. Hay unos pocos individuos, en quienes la educación hipnótica ha llegado ya á un grado de perfección que es posible imponerles órdenes ó ideas expresadas no de viva voz ó por escrito, sino solo pensadas por el hipnotizador, órdenes é ideas de que el paciente se impone con mayor ó menor facilidad, según sean sus aptitudes especiales para poder verificar esta clase de experiencias.

Por lo general, se procede de la siguiente manera: se hace dormir á la persona en que se quiere experimentar, el operador le aplica en seguida sobre las sienes sus pulgares é índices estendidos y trata de pensar fijamente en una idea ú objeto cualquiera. El paciente se queda un rato como imponiéndose de lo que su hipnotizador desea que haga, y momentos después se desprende del operador y puede ir á señalar el objeto en que éste piensa ó á cumplir la orden mental que le ha impuesto. Naturalmente, como ya lo dejamos dicho, no todos los hipnotizados pueden prestarse para hacer esta experiencia y aún muchos de aquellos que han tenido gran número de sesiones preparatorias jamás alcanzan la educación suficiente para obedecer á la sugestión mental.

Hay individuos especiales que aún en estado de vigilia pueden imponerse de las órdenes ó ideas de otra persona, con solo abstraerse por completo de lo que pasa á su alrededor y de concentrar toda su atención en someterse á la voluntad del operador. Esto es del todo comparable á los curiosos fenómenos

de la vigilia hipnótica, que dejamos estudiados con alguna detención un poco más atrás.

Pero ¿cómo, se nos dirá, es posible que un individuo, aún en el estado de hipnotismo más perfecto, pueda *adivinar* el pensamiento de otra persona, sin que ésta se lo manifieste de viva voz ó por escrito? ¿Será esto una prueba de la existencia del fluido de Mesmer con que los partidarios de éste querían explicar los curiosos fenómenos del magnetismo animal? ¿Hay entre el hipnotizador y el hipnotizado un cambio mútuo de fluidos ó de fuerzas que escapan á la investigación de nuestros sentidos, y que podría explicar de una manera más ó menos aceptable la esencia íntima del fenómeno que se conoce bajo el nombre de *sugestión mental*?

La observación atenta de las condiciones en que puede verificarse la sugestión mental y el examen de tan curioso fenómeno, dan alguna luz que puede ponernos en el camino de una explicación razonable. Ante todo, parece que no puede tener lugar sin que el hipnotizador se encuentre presente; en segundo lugar, (según lo que uno de nuestros pacientes nos decía durante su sueño magnético, cuando le preguntábamos el cómo podía dar con lo que nosotros estábamos pensando é indicar tal ó cual objeto que había en una pieza, si era esto lo que había elejido el operador), el hipnotizado no se dirige *directamente* en busca lo que se desea, sino que tocando varios objetos siente una especie de conmoción eléctrica cuando da con aquel en que su hipnotizador piensa; pero es necesario, volvemos á repetirlo, que éste se encuentre presente.

Estas circunstancias, creemos nosotros, son razón bastante para pensar que el hipnotizado es capaz de apreciar las impresiones del operador, con solo la gran agudeza de todos sus sentidos. Algunos fisiólogos y psicólogos han asegurado que el individuo *esterioriza*, podríamos decirlo así, todas sus ideas, sin que los cambios que manifieste en su organismo ó fisonomía le sean apreciables, ni pueda tampoco, en la generalidad de los casos al menos, distinguirlos otra persona cualquiera. El hipnotizado, valiéndose de la esquisita sensibilidad que su sueño magnético le produce, puede percibir estas *esteriorizaciones* de las ideas de su hipnotizador y, así, obedecer á su voluntad y cumplir sus órdenes. Esto, como se ve, no sale de los límites de lo natural y nada hay en ello que venga á estar en contradicción, como lo decíamos hace un instante, con las leyes de la teoría de las fuerzas físicas que rigen la vida del ser organizado.

# VII

## VARIEDADES DE HIPNOTISMO

### FORMAS MIXTAS Ó INTERMEDIARIAS DE LA HIPNOSIS; HEMI-HIPNOTISMO

Dejamos descrita en los capítulos anteriores la forma típica de la hipnosis, que es el máximum, podríamos decirlo así, del sueño magnético, lo que ha sido llamado por los autores el *gran hipnotismo*. Hacíamos presente al empezar el estudio de la sintomatología que, aunque íbamos á seguir las ideas del profesor Charcot, sin embargo, no por eso queríamos negar que hubiera variedades ó formas mixtas é intermediarias, tanto ó más interesantes que la que se describe como típica, sea porque no se presentan de ordinario, sea porque se revisten de síntomas si no extraños, por lo menos curiosos.

La clasificación de los fenómenos de la hipnosis ha hecho dividirse á los autores en dos grandes escuelas: la de la Salpetrière, representada por Charcot

y sus discípulos, y la de Nancy, que cuenta entre sus filas los nombres de Bernheim, Beaunis, Liébeault, etc. Una y otra quieren llevarse la supremacía, y aunque parecen estar muy lejos de poder avenirse, su divergencia, sin embargo, si se examina con alguna atención, no es tan grande.

La escuela de la Salpetrière distingue en el hipnotismo tres períodos, *la catalepsia, la letargia* y *el sonambulismo*, que ya hemos estudiado con la suficiente atención en los capítulos precedentes. Cada uno de estos períodos podría ser perfectamente reconocible y estaría caracterizado por una sintomatología propia.

La escuela de Nancy reconoce varios grados en el hipnotismo. Para Liébeault serían los siguientes: *somnolencia*, pesadez, embotamiento; *sueño ligero*, las personas oyen todavía lo que se dice á su alrededor; *sueño profundo*, las personas ya no se acuerdan de lo que han hecho, dicho ú oído durante su sueño pero siguen todavía en relación con las personas presentes, lo mismo que con la que les ha dormido; *sueño muy profundo*, el aislamiento de la persona es completo y ya no está en relación más que con la que le ha dormido; *sonambulismo*.

La generalidad de los autores ha estudiado el hipnotismo en hístero-epilépticas, y de ahí que haya alguna diferencia entre lo que hay ya consignado en los diversos libros sobre la materia y lo que se observa en la práctica cuando se opera sobre individuos perfectamente sanos.

Si se hubiera de creer á Beaunis, la casi totalidad de los individuos sería hipnotizable, y la única difi-

cultad consistiría en tener la suficiente paciencia para continuar las sesiones 10, 20, 30 ó 50 veces, si antes no se obtiene resultado. Beaunis asegura que ha hecho dormir á personas que habían resistido á un gran número de sesiones y que seguramente en cualquiera estadística habrían figurado como refractarias al hipnotismo. La estadística del profesor Bernheim viene á confirmar la opinión de Mr. H. Beaunis. Héla aquí: sobre 1,014 individuos de distinto sexo, condición y edad, ha anotado las siguientes cifras:

| | | |
|---|---|---|
| Sonambulismo.................. | 161 | 19.9 % |
| Sueño muy profundo.......... | 232 | 22.8 „ |
| Sueño profundo................ | 460 | 45.3 „ |
| Sueño ligero.................... | 100 | 9.8 „ |
| Somnolencia..................... | 33 | 3.2 „ |
| No influenciados............... | 27 | 2.6 „ |

Por estos datos se comprenderá la natural diferencia que tiene que haber entre los que han estudiado sobre enfermos únicamente y los que han escogido sus personas al azar, sin fijarse en sexo, condiciones ó edades.

En el hipnotismo, pués, como era de presumirlo de antemano, fuera de la forma típica, hay variedades que dependen tal vez del temperamento de la persona, de sus hábitos y de otras mil condiciones qne no es posible señalar todavía. Entre las causas que más influyen sobre la forma que afectará el hipnotismo en una persona dada, está la de que ésta haya visto antes á otro hipnotizado; por lo común

los síntomas que presentará cuando se duerma serán bastante parecidos.

Algunos autores contemporáneos han empezado ya á señalar ciertas formas mixtas ó intermediarias, bastante curiosas por lo demás. Los artículos de los profesores Magnin y Janet, á que hacemos referencia en la *Bibliografía*, merecen ser leídos por el interés que presentan bajo este punto de vista. Cada una de las observaciones que estos autores señalan, son por demás curiosas; entre otras, por ejemplo, citaremos una de Janet, con respecto á la acción del imán sobre las contracturas musculares. «Haremos notar á este propósito el hecho siguiente, dice el autor citado: cuando una contractura producida sobre el brazo derecho, es transferida por la acción del imán sobre el izquierdo, no se la puede destruir obrando sobre el brazo en donde se encuentra actualmente; es necesario, para hacerla desaparecer, golpear los músculos antagonistas del brazo derecho, aunque éste parezca entre tanto perfectamente libre». Y como esta curiosa particularidad, cada uno anota algo extraño que ha podido observar en alguno de sus hipnotizados.

Nos falta para terminar el presente capítulo, tratar otra forma de hipnotismo, que no hemos mencionado hasta ahora.

Hemos descrito hasta aquí las formas típicas y dado á conocer algunas de las intermediarias, pero, para completar el cuadro de la hipnosis nos resta hablar sobre el *hipnotismo unilateral* ó *hemi-hipnotismo*.

La distintas experiencias que dejamos escritas más

atrás, y especialmente aquella con que dejamos probada la dualidad funcional de ambos hemisferios cerebrales, hacían suponer que sería posible producir independientemente el sueño magnético en cada una de las mitades del cuerpo y obtener así manifestaciones bastante curiosas y extrañas. En efecto, la práctica ha venido á corroborar esta opinión, y los síntomas del hemi-hipnotismo son ya suficientemente conocidos.

Ante todo, hay varias maneras para producir la hipnosis unilateral: ya tratando de obrar sobre una mitad del cerebro solamente ( si se quiere recurrir al procedimiento clásico, se le venda uno de los ojos al paciente y se le fija la mirada en el otro que le queda descubierto), ó bien, produciendo el hipnotismo total primero, y después, por medio de la sugestión, haciendo que quede en el sueño provocado una mitad tan solo del cerebro. De esta manera nos ha sido posible producir el hemi-hipnotismo en el joven N. N., en el que podemos, á voluntad, después de haberle hecho dormir, despertarle de cualquiera de las dos mitades de su cuerpo.

La parte hipnotizada del cuerpo presenta los mismos síntomas que se observan en el hipnotismo total: hiperexitabilidad muscular, aptitud para las sugestiones, etc. El imán puede hacer que el hipnotismo se traspase de un lado á otro, sin que el individuo pueda oponerse á ello. Es posible producir sugestiones por medio de actitudes iniciadas con uno de sus brazos, y lo curioso es que solo la mitad del cuerpo que se encuentra hipnotizada es la que complementa estos actos: los individuos en estado de

hemi-hipnotismo bailan con un solo pié, rien con la mitad de la cara, etc.

El imán, como lo hemos dicho, produce el *transfert* de las contracturas musculares ó de la insensibilidad que se ha producido por medio de la sugestión, pero es de notar que para hacerlo necesita hacer que todo el lado contrario quede hipnotizado y despierte aquel en que se había provocado la contractura ó la insensibilidad. En una palabra, es preciso que se haga el *transfert* total de una mitad del cuerpo á la otra.

Todavía es posible que una mitad del cuerpo esté en catalepsia y otra en letargia, ésta en sonambulismo y la otra en catalepsia, etc.

Por muy interesantes que nos parezcan los diversos síntomas de la hipnosis unilateral, la estensión que hemos querido dar á nuestra obra no nos permite entrar en mayores detalles.

# VIII

## FISIOLOGÍA DEL HIPNOTISMO

No están acordes todavía los autores que se han ocupado de la hipnosis sobre el verdadero carácter de este fenómeno. Algunos sostienen que es un acto completamente fisiológico, un poco exajerado tal vez, pero existente en todos los individuos de la especie humana, y aún de la animal. Otros refutan estas ideas con argumentos no menos serios que los opuestos por sus contradictores, y concluyen diciendo que es un estado anormal, patológico, que por sus síntomas debe colocarse en la categoría de las demás enfermedades del sistema nervioso. El hipnotismo sería para estos últimos «una *neurosis provocada*».

El niño se duerme, dicen los primeros, por el canto monótono de su nodriza; la sola concentración de la mente en algún objeto trae el sueño en ciertas personas; en fin, sujetos de magnífica constitución y en un estado de perfecta salud abandonan su lecho durante la noche, y vagan por patios y huertas en un sonambulismo completo, sin que esto se acompañe de otras manifestaciones nerviosas y sin que después síntoma

alguno haya permitido sospechar su existencia, aún en estado latente. También es muy sabido que el hipnotismo se produce en cualquiera persona con más ó menos facilidad, y que no deja el más leve rastro en la inteligencia cuando las hipnotizaciones no han sido largas y repetidas. Si no fuera este un fenómeno normal ¿cómo se esplicaría la susceptibilidad indiscutible que tienen todos los individuos para recibir el sueño provocado? Ha llegado á sostenerse que no existe ninguna persona refractaria al hipnotismo, y que con mayor trabajo solamente se consigue el sueño en aquellos que más se han resistido á dormirse. La proporcion de las personas hipnotizables deducida por algunos pacientes observadores hace pensar que el fenómeno se produce en cualquier sujeto.

Ahora, se añade, ¿cómo negar que muchos de los síntomas del estado hipnótico se asemejan á los actos que tienen lugar durante la vigilia? Sin que nadie nos haya influenciado por medio de la hipnosis, ejecutamos actos que podrían colocarse en la categoría de los sugestivos. Muchas veces obedecemos con toda precisión á lo que nos ordena otra persona; después que hemos obedecido nos admiramos de la orden y de nuestra buena voluntad para ejecutarla; en ciertas ocasiones nos sentimos arrastrados por ciertos individuos; sus frases nos conmueven y nos convencen; su mirada ejerce sobre nosotros un poder inmenso; en una palabra, nos sentimos como exclavizados; se diría que nos encontramos bajo la influencia de la voluntad de un hipnotizador. En esta situación decimos que cierta persona nos fascina.

La concentración del pensamiento en una idea puede hasta producir una alucinación. Así fijando la mente en la imagen de una persona se acabará por divisar sus facciones como si realmente se estuviera ante el original.—Á una mente abstraida se le sorprende con facilidad, produciendo fenómenos del todo parecidos á los del hipnotismo. Una señorita miraba distraidamente á un jardín; su amiga estaba al lado suyo. Esta, sin propósito deliberado alguno, sino más bién por estar de buen humor, le dijo: he ahí á fulano.—Su compañera respondió algo inenteligible y siguió mirando al jardín.—Te he dicho que ha llegado fulano, repitió la amiga, señalando con el dedo.—La señorita á que nos hemos referido volvió lentamente la cabeza, y al detener su mirada en el sitio que se le designaba dió un ligero salto en su silla y sus facciones revelaron la sorpresa y la turbación. Ella había visto á la persona que se le señalaba; la alucinación y el conjunto de reflejos que dejamos descritos más atras como propios del estado hipnótico se habían producido. Se ha visto á niños y á personas que no sospechaban una sorpresa semejante decirles:—¿No veis el fantasma?—¿Quereis guardaros esa sabandija que sube por vuestros vestidos? Me imagino que estamos en un pozo de vívoras ¿no veis como andan por debajo de los muebles?—Al instante su fisonomía ha manifestado el terror; sus primeros movimientos han sido los de la fuga; solo después de convencerse de que todo aquello no era más que una ilusión han venido á calmarse.

Por el contrario, los opositores á esta manera de ver abundan en numerosas razones que tienden á

probar el origen patológico del fenómeno. Conceden que el hipnotismo se desarrolla en cualquier individuo; pero es indudable, agregan, que es en las personas de temperamento neuropático, esto es, predispuestas á cualquiera enfermedad nerviosa, donde se produce con más facilidad, y es en los epilépticos y en las histéricas donde aparece expontáneamente, y hasta revistiendo una forma epidémica. Cada uno de los síntomas del hipnotismo tiene su representante en la manía, en la melancolía y en todas las locuras. El desarrollo de las fuerzas, la exaltación de la inteligencia, el delirio sonambúlico, las ilusiones, las perturbaciones de la voluntad, las impulsiones irresistibles de la sugestión, las alucinaciones, son, si no semejantes, por lo menos muy parecidas á las de las diferentes locuras. Difícil sería distinguir á un sonámbulo de un loco, como á un sujeto atacado de delirio magnético de otro de manía aguda; los caracteres diferenciales entre un individuo bajo el imperio de una sugestión y un monomaníaco no existen, y la distinción de los dos estados no podría hacerse más que por el origen de la perturbación. Sin embargo, entre las alucinaciones hipnóticas y las maníacas existen, al decir de algunos autores, diferencias apreciables. Las primeras son casi siempre más coordinadas, más racionales y lógicas, si es posible decirlo así; las segundas, por el contrario, son incoherentes y absurdas. Un hipnótico, al cual se le sugiere la idea de que es millonario, se acomodará á esta situación, gastará mucho y repartirá su fortuna como mejor le place; un sujeto atacado de delirio de grandezas dirá que su oro es inagotable y pedirá á continuación algunos recur-

sos para satisfacer sus necesidades; dirá que es rey, emperador, obispo, etc., y se mostrará grosero y vulgar para desempeñar estos roles. Nosotros, por nuestra parte, hemos visto en autores respetables que esta diferencia no es tan marcada como se pretende. Si se hace notable no es más que debido á la situación de los sujetos observados. La alucinación momentánea de los sonambúlicos no les permite experimentar necesidades; por el momento ellos se encuentran satisfechos; si la alucinación se prolongara, sin duda que caerían en los mismos absurdos. Por otro lado, es preciso tomar en cuenta que en gran parte la sugestión arregla, podríamos decir así, la apariencia de la alucinación y puede presentarla con los más diversos y antojadizos caracteres.

Algunos ejemplos han venido á probar que el hipnotismo despierta las neurosis que se encontraban latentes, y que tal vez habrían ó no estallado en época más ó menos lejana. Se dice que las personas en las cuales se ha notado este fenómeno, no habían tenido jamás manifestación alguna de afección nerviosa, y que al volver al estado de vigilia, después del sueño provocado, los circunstantes han sido dolorosamente sorprendidos al encontrarse frente á un loco maníaco, que ni las más cuidadosas atenciones han sido suficientes para volverlo á la razón.

Entre los peligros del hipnotismo se menciona la predisposición que se adquiere para las enfermedades nerviosas, sobre todo para el histerismo, por la repetición continuada y desmedida de las sesiones de hipnotización. Esto es común en las mujeres. Algunas que jamás habían padecido de ataques de his-

terismo, han conseguido tenerlos, y muy frecuentes, por el abuso de la hipnosis. Se ha observado casos de hombres robustos atacados de la misma enfermedad por una causa semejante.

Los autores que defienden estas opiniones añaden todavía numerosos argumentos en favor de su modo de ver, los que nosotros no nos esmeraremos en consignar, porque su importancia tiende á decaer á consecuencia de las más recientes interpretaciones que se han dado del hipnotismo.

Ultimamente se ha llegado á establecer que ambos grupos de contradictores tienen en parte razón, y que yerran solo por la tendencia esclusivista que quieren dar á sus ideas.

El hipnotismo es un fenómeno que tiene grados insensibles, los cuales forman una larga escala desde su más sencillas hasta su más completa y complicada manifestación. De la manera más simple se presenta en los individuos que se hipnotizan por primera vez, en los que se concentran mentalmente, en el niño que se duerme por el canto de su nodriza, en la persona que se abstrae, en la que se adormece por la música, etc.; aquí no podría decirse que se trata de un fenómeno patológico; la salud general no sufre absolutamente; las funciones orgánicas é intelectuales no se resienten en lo menor. Pero si se considera el sonambulismo expontáneo, el delirio hipnótico, los ataques de catalepsia, letargia, etc., sobrevenidos en personas neurópatas, el aspecto de la cuestión cambia; en estos casos el estado patológico es claro, y los sujetos deben ser tratados como verdaderos enfermos.

Como se habrá tenido ocasión de notar, es en el hipnotismo principalmente y después en las afecciones nerviosas donde es sumamente difícil marcar el límite entre la salud de la enfermedad. Se ha preguntado con mucha justicia: ¿Dónde cesa la razón y comienza el delirio y la locura?—Sería imposible establecer un línea de demarcación entre la inspiración poética y el delirio, entre la filosofía y la demencia ó entre el genio y la exaltación mental propia del estado patológico. La hipnosis recorre, como ya hemos dicho, una larga serie de grados; así se muestra muy frecuentemente con uno, dos ó tres síntomas, y solo en los casos típicos con todo su cortejo propio y característico.

Asegurar, pués, que el hipnotismo es un estado patológico, es sin duda una exageración, lo mismo que sería afirmar que era puramente fisiológico; lo prudente, como lo han hecho varios autores sensatos, es decir que se trata de un acto más ó menos normal cuando las manifestaciones son vagas é indefinidas, y anormal cuando el fenómeno aparece con sus síntomas clásicos. El médico debe saber apreciar estos diferentes estados, comparar sus caracteres é interpretar su naturaleza, cuando se encuentre al frente de casos que necesitan un estudio completo.

Ha llegado el instante de exponer lo que sepamos á cerca de los fenómenos mecánicos que presiden á la producción del hipnotismo. Son, sin duda, numerosos é interesantes, pero, por desgracia, permanecen ocultos ó medio velados por las insuperables dificultades que se presentan para llegar á su perfecto conocimiento. Aunque ignoremos hechos capitales so-

bre esta materia, no debemos estar del todo descontentos, ya que, si bien nos encontramos á oscuras respecto de algunos fenómenos, sabemos siquiera algo acerca de su mecanismo, y este algo es suficiente para servir de base á las investigaciones posteriores.

El hipnotismo es motivado por ciertos transtornos que tienen lugar en el cerebro y en la médula espinal. Averiguar la naturaleza de estos cambios es la tarea que la ciencia se ha propuesto, y que va realizando, según lo dejan divisar sus laboriosas investigaciones.

Se aclararían inmensamente los estudios sobre esta materia, si nuestros conocimientos sobre el mecanismo de las facultades intelectuales fueran más estensos; pero, por desgracia, son reducidos, aunque esenciales; y á pesar de los preciosos hechos ya adquiridos, faltan todavía muchos para que un asunto tan importante y capital permita vislumbrar con exactitud algunos de sus secretos fenómenos siquiera.

Con el fin de que se comprendan más facilmente los curiosos detalles de la hipnosis, expondremos á la ligera los conocimientos generales que se tienen actualmente sobre las funciones del cerebro. Este órgano, como todos los de la economía, se encuentra en un va-i-ven contínuo de composiciones y descomposiciones, actos indispensables para el mantenimiento de la vida. Los átomos que forman las innumerables sustancias que lo componen, están en una actividad constante; entran en combinación para separarse luego y pasar un momento después á juntarse con otros cuerpos; se atraen y se expulsan unos á otros según sea el poder del compuesto á que dan lugar; por úl-

timo, agotadas ya sus fuerzas, impropios para contribuir á la vida, se eliminan y son arrojados por las numerosas vías que tiene el organismo para este fin.

Es de todo este conjunto de fenómenos, que se suceden con asombrosa rapidez, de donde resulta la actividad encefálica, que se manifiesta por las brillantes facultades aptas para darnos cuenta de nosotros mismos y del mundo esterior.

Los centros nerviosos, que son los órganos que presiden y rigen al organismo, funcionan siempre por una causa; el impulso para egercitar su actividad lo reciben constantemente del esterior. El estudio profundo de estos hechos, ha llevado á autores tan reputados como Ch. Feré á decir que el animal es esencialmente un aparato de *reflejos*, esto es, un medio en el cual las impresiones venidas de fuera se transforman en movimientos de órdenes diversas, y adaptadas á objetos múltiples tendentes á la conservación del individuo y de la especie *(Revue Scientifique).* Todas las manifestaciones psíquicas no serían, según los estudios más recientes, más que el resultado lógico y fatal de las impresiones que les han dado origen; y así se explicaría que dos exitaciones, como serían dos frases dichas con distinto tono, impresionen diversamente á un mismo sujeto y lo hagan adquirir hasta un criterio diferente respecto de ellas. El juicio no vendría á ser más que la diferencia de dos trabajos cuyas dificultades para su realización no se compensan. El sujeto se inclina del lado de donde se le exije menos actividad. Es en la voluntad donde la teoría de Ch. Feré parece tener mayor razón. Al considerar con calma este atributo de la in-

teligencia humana que se llama voluntad, se la encuentra demasiado grande y parece ocupar un alto puesto entre las otras facultades; pero la observación demuestra que no es así; en nada desmerecen las demás ante ella, y por el contrario, podría decirse que las otras le aventajan en importancia. La voluntad tiene sus diferentes grados; se diría con mucha razón que esta facultad decae y va hasta desaparecer por la repetición de los actos voluntarios. El hábito la reemplaza, y los movimientos llamados maquinales vienen á ocupar el sitio de los actos que estaban bajo su dominio.

Los más modernos estudios sobre las funciones del cerebro, demuestran casi de una manera que no deja lugar á dudas, que este órgano se halla dividido en territorios y que cada uno de ellos da origen á una facultad intelectual. Al menos para el lenguage articulado, para la escritura, para el movimiento de los miembros, estos *centros* ó *localizaciones* parecen estar ya probados. Algunas facultades, como la atención y reflexión ocuparían gran parte de la sustancia gris. Para ciertos actos de la inteligencia se necesitaría el concurso ó la cooperación de todos los centros cerebrales.

Desde Braid hasta la fecha se han inventado muchas teorías para explicar los fenómenos íntimos del hipnotismo. Además de las mencionadas más atrás, hay todavía otras que se apoyan siquiera sobre hechos conocidos ú observaciones científicas, aunque no sean del todo satisfactorias. Se ha dicho que el sueño provocado era producido por la disminución ó el aumento del calibre de los vasos del cerebro,

esto es, por la congestión ó anemia, en ciertas regiones del órgano, y que había exaltación psíquica en los centros donde los vasos estaban dilatados y abolición de las facultades donde se hallaban contraidos. Otros aseguran que la concentración del pensamiento en una idea determinaría una actividad exagerada en el protoplasma de ciertas células cerebrales, y, en consecuencia, un aumento de productos oxidables, los que, arrebatando oxígeno, producirían el entorpecimiento y la detención de la actividad de estos elementos.

Heidenheim es inventor de otra hipótesis, la de la *inhibición.* Esta se funda en que la exitación de ciertos nervios produce una detención del movimiento. Así, las exitaciones del laríngeo, del pneumogástrico, etc., traen una parálisis de las funciones que presiden. Esta teoría no debe estar muy distante de la verdad; sus bases son ciertas y sus consecuencias razonables; ¿por qué no podría suceder igual cosa con los centros nerviosos? Si se les considera como ganglios más ó menos voluminosos, tendrán los mismos caracteres que los otros que se encuentran repartidos en la economía; y se sabe que la exitación de los ganglios paraliza sus células y los nervios que de ellos se desprenden.

Todos los medios de hipnotización tienen por objeto exitar el cerebro. Los medios más eficaces para producir este resultado son los que se dirigen á conseguirlo valiéndose de la susceptibilidad de los sentidos. La masa encefálica se exita con más dificultad por los medios físicos; sin embargo, la electri-

cidad produce cierta exitación en ella, y es capaz también de traer el sueño.

La mirada fija en un punto, la concentración del pensamiento, la luz viva, la influencia moral, las impresiones repentinas, y todos los procedimientos ya enumerados pueden considerarse como exitadores seguros de los centros nerviosos, y como tales producen la parálisis de estos mismos centros.

Ahora, ¿en qué consistiría esta parálisis?—Es probable que no sea más que un estado molecular uniforme por todo el tiempo que dura la hipnosis, una especie de éxtasis ó de relajación de los fenómenos químicos que se pasan en las células. Los cambios atómicos, las composiciones y descomposiciones no existirían; la actividad cerebral estaría suspendida; en una palabra, el detenimiento sería completo, pero susceptible de desaparecer cuando una causa esterior viniera á egercer su acción. En semejante estado no se comprenderían los gastos de materiales, puesto que el órgano no funciona, ni tampoco las eliminaciones, por la misma razón. Esto justificaría entonces la opinión de H. Beaunis, en la que dice que el sueño provocado sin sugestiones, esto es, sin exitaciones esternas, es mucho más reparador que el sueño natural, en el que la actividad de los centros nerviosos persiste y los desgastes orgánicos continúan.

En el sueño normal sucedería algo semejante al hipnotismo, es decir, que habría también como en él una suspensión de los movimientos orgánicos y moleculares. En un sujeto recién dormido, esto es, en el instante en que su sueño es más profundo (se sabe

que es solo en los primeros momentos cuando éste se apodera por completo del individuo) los fenómenos de la actividad psíquica están absolutamente abolidos; bajo el punto de vista funcional se encuentra en situación análoga á la de los animales á los cuales se les ha estraido los hemisferios; todas las funciones de nutrición en el resto del organismo, digestión, respiración, etc., continúan; pero las exitaciones sensitivas determinan movimientos puramente reflejos; en una palabra, los hemisferios cesan de funcionar, como el estómago cesa de secretar en los intervalos de las digestiones. (Beaunis). Basta recordar los diferentes estados de la hipnosis para formarse el convencimiento de que existe bastante similitud entre ella y el sueño fisiológico; aunque solo en los primeros instantes, ya que trascurrido algún tiempo el cerebro entra á funcionar, y á elaborar ideas de un modo muy parecido al estado de vigilia. No está probado que el sujeto dormido sea apto para recibir sugestiones; pero es muy posible que una vez que llegue á descubrirse la manera de exitar eficaz y acertadamente los centros nerviosos se vuelva susceptible de manifestar todos los caracteres del sueño artificial.

Reflexiones muy parecidas á las que acaban de leerse se vienen á la mente al imponerse de los experimentos de estracción de los hemisferios, ablación de la sustancia gris, etc., que se han practicado en animales. Si suponemos en el hipnotismo el cerebro inactivo, es como si lo supusiéramos ausente; y en verdad es lo que parecen probar las experiencias mencionadas. De la manera siguiente describe H.

Beaunis la estirpación de los lóbulos cerebrales en las palomas. Se ha hecho igual cosa con algunos mamíferos y se han observado casi iguales fenómenos; por eso nos contentaremos con la relación que ha dado respecto de aquellas aves:—

...«la ablación es seguida de un estado soporoso y de una especie de sueño; quedan en la inmovilidad más completa; solo se notan los movimientos respiratorios. Si se les irrita, parecen despertar; abren los ojos, ajitan las alas, se mueven un poco, y caen en seguida en la misma somnolencia. Lanzados al aire, vuelan; cuando se les impulsa, marchan; no pueden comer solos, en una palabra, las sensaciones parecen conservadas como los movimientos; solo las percepciones y la voluntad están abolidas».

En el estado de *letargia* es cuando este torpor cerebral es más pronunciado; el sujeto vive solo la vida orgánica; está como «un amputado del cerebro» (Cullerre). Á semejanza de un animal al que se le ha separado este órgano de la médula espinal, los reflejos son muy aparentes; la hiperexitabilidad neuromuscular está exagerada en alto grado. Una nueva exitación recibida por el cerebro, como es la luz para producir la *catalepsia*, sumerge el órgano en una depresión profunda. Durante la catalepsia la exageración de los reflejos llega á su máximum. Las contracturas musculares aparecen bajo una forma especial; un miembro puede permanecer largo tiempo en una misma posición. Se afirma que esta especie de contractura presenta una gran resistencia para vencerla; sujetos en estado de catalepsia pueden soportar grandes pesos en sus miembros rígidos. Nos parece

que contracturas de esta clase son diversas de las propiamente cataleptiformes, y son producidas ya por sugestión ó por una exitación cualquiera, como es el frote de la piel ó la aplicación de un imán. La rigidez de la catalepsia se distingue más bien por la facilidad suma con que se la vence. Si se le levanta un brazo á un cataléptico, permanece con él levantado; si se le quiere bajar ó se le mueve en cualquier sentido, es necesario solo un impulso levísimo para conseguirlo.

Hemos dicho que el cerebro es susceptible de impresionarse por un agente esterior ó por una idea que se había concebido y que se había grabado en la mente. Un sonambúlico oye, ve, siente, palpa, cuando se le ordena, y llena estos actos con mayor perfección que en estado de vigilia. Ya quedan relatadas las admirables pruebas que manifiestan esta exaltación de los sentidos. Es posible que esto, como el desarrollo que toman las facultades intelectuales, la memoria, la imaginación, etc., durante el sueño hipnótico, sean el resultado de la concentración de la actividad cerebral en el territorio que les está señalado. Tomemos como ejemplo la memoria para aclarar más lo que decimos. Es indudable, como tienden á manifestarlo los numerosos experimentos hechos en personas hipnotizadas, que absolutamente todo lo que vemos, lo que oímos, lo que palpamos, etc., deja en el cerebro por lo menos un leve rastro. Si esto sucediera de otro modo ¿cómo podría explicarse que una persona hipnótica recuerde cosas que vió ú oyó una sola vez y que jamás se figuró guardaba en su mente?—¿Cómo darse cuenta de algo que se creía olvidado y que vuelve á

la memoria tal como se había aprendido?—Si en el estado de vigilia queremos recordar algo que hemos olvidado, nos reconcentramos un instante en nosotros mismos, y recurrimos, por decirlo así, al centro cerebral donde debe estar grabada la idea; pero regularmente no conseguimos detener las otras diversas que se están elaborando y que ofuscan la en que nuestra atención quiere detenerse. Para obtener nuestro fin desearíamos que estas ideas perturbadoras desaparecieran, en una palabra, que las otras regiones del cerebro no funcionaran. Hay individuos dotados de una fuerte voluntad, en los cuales la atención y el recuerdo llegan á un alto grado; pero es en un sujeto hipnotizado donde todas las circunstancias mencionadas están reunidas; puede hacer funcionar un centro nervioso como puede contraer un músculo independiente de sus congéneres, mientras los demás permanecen inertes y sin manifestación intelectual alguna. No hay motivo para suponer que en el centro ó los centros que presiden á la imaginación, á las facultades retóricas ó musicales, etc., se pasen los fenómenos de exaltación observados de una manera diversa.

Los fenómenos del *transfert*, mencionados más atrás, han venido á revelar de una manera clara la dualidad de los hemisferios cerebrales, y á dar brillante luz sobre las localizaciones. La generalidad cree hoy que es solo el hemisferio izquierdo el que funciona ordinariamente, y que el derecho, si bien es apto para las mismas tareas, se encuentra como reservado para suplir al primero en caso de necesidad. Algunos autores añaden que para ciertas fun-

ciones se exije el concurso de ambos. Es precisamente lo que parecen corroborar los estudios sobre los fenómenos psíquicos que tienen lugar durante el sueño provocado.

Cuando á un sonámbulo se le ha dado una orden, como escribir, contar, repetir versos, leer, etc. y se le aplica un imán en el lado derecho del cráneo, la función se suspende, ó bien continúa, pero con una notable dificultad. Una corriente eléctrica desempeña el mismo papel que el imán. Lo primero que viene á la imaginación sobre la causa de este curioso fenómeno, es que el movimiento molecular de que era sitio el centro que funcionaba, se ha trasladado á su homólogo del lado opuesto, y que éste, menos egercitado que el izquierdo, requiere un cierto tiempo para funcionar con más ó menos espedición. Pero lo más extraño es que una vez separado el imán la función vuelve á efectuarse como antes, esto es, el primitivo centro torna á ser el campo de la actividad impresa por la orden.

Un punto oscuro y casi impenetrable se observa en el hipnotismo, ante el cual callan muchos autores, y es ¿por qué un sujeto hipnotizado queda sometido á la discresión del experimentador ó de la persona que éste designe?—Las hipótesis lanzadas para explicar este hecho son numerosas, pero ninguna satisface siquiera medianamente la razón y las exigencias de las modernas investigaciones. ¿Es el timbre, el tono de la voz, lo que impresiona al sonámbulo y lo hace sordo á los demás ruidos?—¿Es una idea que éste fija en su mente?—¿Es una idea preconcebida que el hipnotizado graba y guarda en su ima-

ginación?—¿Es un convencimiento anterior adquirido por él que el experimentador tiene un poder especial sobre su persona, de que se encuentran despojados los demás individuos?—¿Es, en fin, nada más que un fenómeno sugestivo?—Sin duda que esta última suposición contiene algo de verdadero, al menos cuando el experimentador pone á un hipnotizado á las órdenes de otra persona. Basta solo una sugestión para que el acto se ejecute y para que el deseo del hipnotizador quede realizado. Al menos así lo manifiesta el examen más sencillo del estado en que se encuentra una persona sumergida en el sueño hipnótico.

Posiblemente también hay ciertas impresiones que recibe el hipnotizado al caer en el sueño hipnótico que lo exclavizan á la voluntad de otra persona. Así se puede uno dar cuenta de algunos casos de catalépticos ó letárgicos que solo por haber mirado á un individuo al quedarse dormidos han permanecido bajo sus órdenes por todo el tiempo que ha durado el sueño.

No menos oscuro que el anterior es el punto que se refiere a la sugestión ¿Á qué se debe esta impulsión irresistible á ejecutar lo que el experimentador desea?—Los cambios que se efectúan en el cerebro son tal vez de la naturaleza de los demás actos que dejamos mencionados; pero respecto de estos trastornos se observa una diferencia notable: los fenómenos sugestivos persisten aún en estado de vigilia, y por un tiempo tan largo como lo permite la educación y la susceptibilidad del sujeto en que se experimenta. El movimiento físico-químico es sin duda tan enér-

gico que anubla las demás funciones; el impulso es tan vigoroso que no bastan ni la voluntad ni la reflexión para anularlo.

La mayor parte de los actos que tienen lugar durante el hipnotismo están bajo el dominio de la sugestión; los estudios referentes á la hipnosis debieran dirigirse muy principalmente á este asunto, el que una vez dilucidado daría la llave de los más curiosos cambios que nos oculta este maravilloso fenómeno.

# IX

## MEDICINA LEGAL DE LA HIPNOSIS

### EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN BAJO EL PUNTO DE VISTA MÉDICO-LEGAL

El estado nervioso particular que se conoce con el nombre de hipnosis, se presta, sin duda, para cometer mil abusos en las personas que se hacen dormir artificialmente, ó en aquellas en que los fenómenos de sueño ó de sonambulismo se presentan expontáneamente.

No disertamos en el terreno de lo imaginario ó de las posibilidades; ya se han llevado algunas causas ante los tribunales de otros paises, y esto hace pensar que á medida que la sutileza de los criminales se haga cada día más grande llegue á explotarse más estensamente este fenómeno, tan apto para llevar á cabo atentados de todo género contra las personas. Si el lector se ha tomado la molestia de echar la vista sobre lo dicho anteriormente de los caracteres y estado

de los individuos sumergidos en el sueño magnético, no le costará mucho trabajo suponer cuantos caminos accesibles pudieran seguirse para realizar un intento abusivo cualquiera. La abolición de la voluntad, la perversión del recuerdo, los hechos admirables del sonambulismo y de la sugestión, son circunstancias que, como dice cierto médico-legista, incitan al crimen con la esperanza muy fundada de quedar completamente impune. ¿Qué sería un sujeto susceptible de recibir el sueño magnético en manos de un individuo de conciencia poco escrupulosa?—nada más que un instrumento dócil para ejecutar sus planes.

Pero si las personas sonambúlicas ó catalépticas podrían más frecuentemente desempeñar el papel de víctimas, á su vez los experimentadores no se encuentran á cubierto de las acusaciones imaginarias ó malévolas de sujetos perversos y de mala fé que se hubieran prestado para una experimentación. Hechos de esta clase están dentro de los límites de lo posible, y permiten suponer que no llegarán á ser raros, si alguna vez el hipnotismo sale del círculo de la estricta experimentación para convertirse en un asunto de recreo ó de espectáculos públicos. Nos apresuramos á decir desde luego que la vulgarización de este fenómeno traería numerosos peligros, ya para la honradez de las personas, como para la moral pública y para el buen régimen de la sociedad.

Los médico-legistas y los jueces de otras naciones, comprendiendo el partido que que pueden sacar los criminales del hipnotismo, se han apresurado á llamar la atención para ponerse en guardia sobre cual-

quiera sorpresa extraña. El señor Liégeois, profesor de la Facultad de Derecho de Nancy, ha dilucidado una gran parte de los problemas á que la hipnosis puede dar lugar ante la justicia. Por medio de laboriosas observaciones ha conseguido poner de manifiesto que es posible hacer aceptar á los hipnóticos sugestiones que tengan fines criminales. Á enfermos sometidos á sus experiencias les ha sugerido ideas de esta clase, y sin duda que habría llegado á egecutarlas, si no se hubiera tratado al mismo tiempo de impedírselo. De aquí ha concluido que en la vida real estos delitos se realizarían sin inconvenientes durante los diferentes estados del sueño magnético.

Las personas que se hipnotizan expontáneamente están expuestas á graves peligros y á groseros abusos. Hay sujetos que después de numerosas sesiones de hipnotismo quedan tan sensibles que una luz cualquiera, que los faroles de la calle, de los coches, un sonido más ó menos intenso basta para traerles el sueño. Si se trata de un hombre, podría ser robado, herido y aún asesinado sin que opusiera resistencia alguna; fácil es comprender cuales serían los desmanes que pudieran cometerse si fuera una mujer, y si le acaeciera esto en un sitio más ó menos solitario. Aún en su propia habitación podría correr serios riesgos una persona que padece de accesos de sonambulismo, letargia ó catalepsia expontánea. Manos poco limpias aprovecharían tal vez la ocasión, si las circunstancias no se presentaban del todo desfavorables.

No perderemos la ocasión de citar aquí un interesante caso de catalepsia observado por el Dr. Alejandro Medina, de esta ciudad. El enfermo era un su-

jeto de más de 30 años que padecía de una otitis del conducto auditivo esterno. El Dr. había aplicado el especulum de Toymbée y limpiaba con una mota de algodón el pus que bañaba las paredes del conducto. Después de cambiar por dos veces el algodón, el paciente significó que se sentía mal.—«En el momento retiré el especulum, dice el Dr. Medina, y noté que se ponía pálido, inclinaba la cabeza sobre el pecho y se iba á caer de la silla. Me imaginé que le sobrevenía un ataque de epilepsia, porque noté ciertos movimientos de los párpados, trismus y como que se inmovilizaba el tórax. Lo contuve para que no se golpeara y lo ayudé á caer suavemente. Esperaba las convulsiones epilépticas, pero no vinieron; entonces pensé en el síncope. El pulso era pequeñísimo; á veces no se le podía percibir. Lo tomé de los piés y le levanté bien las piernas; como no respiraba y tenía la boca cerrada, oprimí la mandíbula inferior, y ví que se hallaba aplicada fuertemente á la superior. Con gran sorpresa observé que las piernas permanecían en el aire en la posición en que las había abandonado; les dí otra posición y tuvo lugar el mismo fenómeno. Al querer hacer la respiración artificial pude notar también que los brazos conservaban las posiciones más inverosímiles. Á pesar de que caía sobre su cara un rayo de sol, mantenía los ojos entreabiertos; las lágrimas se habían acumulado en el ángulo interno y habían humedecido sus mejillas; la pupila estaba un poco dilatada».

Después de algunos minutos el paciente volvió en sí y quedó tan bueno como antes. Se había tratado simplemente de un ataque de catalepsia. Según ver-

sión del mismo enfermo, ya en diversas ocasiones le había acometido la misma indisposición.

Tal vez no son demasiado escasos los sujetos de esta especie, y falta solo una observación afortunada para conocerlos. Fácil es calcular los peligros á que se encuentra espuesto este individuo, y como se podría aprovechar eficazmente para un propósito criminal su delicadeza nerviosa.

Mujeres histéricas, supuestas brujas han sido muchas veces maltratadas por sujetos que se creían víctimas de sus maleficios. Varios de los procesos á que este error ha dado lugar podríamos referir aquí, pero como los suponemos de escasa importancia nos guardamos de hacerlo.

Se citan muchísimos casos de violaciones y atentados al pudor durante aquellas epidemias de sonambulismo y de convulsiones que se desarrollaron en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII. Todavía se horroriza la humanidad al recordar los escándalos del cementerio de Saint-Médard y de los conventos donde la afección se observó tan frecuentemente. Aún no se conocen con todos sus detalles las escenas que se sucedieron en la cámara en que Mesmer encerraba á las mujeres en crisis, y en la cual él solo penetraba. Algunos lo condenan como un libertino, aunque hay otros que no dudan acerca de su rígida moralidad.

En 1865 la corte de *assises* del Var (Francia) condenó á un farsante llamado Castellan por ultrajes hechos en la persona de una niña durante el estado letárgico que le producían los pases, gesticulaciones y frases cabalísticas pronunciadas ante ella. Este

sujeto, de un aspecto repelente, simulaba la sordomudez, y se hacía pasar por enviado de Dios. Habiéndola encontrado una vez sola logró ejercer sobre ella tal fascinación que se durmió luego, de cuyo sueño se aprovechó el miserable para inferirle las más degradantes ofensas. Los ultrajes fueron repetidos en varias ocasiones hasta que la justicia apercibió y castigó severamente al mencionado Castellan. (Prosper Despine).

El Dr. Mabille, de la Rochela refiere también que una muchacha quedó sujeta á frecuentes accesos de catalepsia á consecuencias de abusos cometidos en ella por tres malvados. La víctima no recordaba absolutamente nada de lo que le había sucedido mientras era objeto de los más odiosos ultrajes. Es probable que la impresión producida por el intento de sus agresores la haya hecho caer en alguno de los estados del hipnotismo.

«El Dr. Bellanger, citado por el señor Liégeois, cuenta que un médico libertino, que tenía entre sus clientes á una señora atacada de accesos de sonambulismo, no temía abusar de ella durante estos ataques. La desgraciada, que vuelta en si no tenía conciencia de lo que le había sucedido en su sueño, llegó á volverse loca al comprobar un embarazo que hacía inesplicable la pureza de sus costumbres». (Cullerre).

Por medio de la sugestión, el hipnótico puede llegar á ser, como dice Ch. Feré, un instrumento del crimen de una espantosa precisión, tanto más terrible cuanto que inmediatamente después de consumado el acto todo queda extraño á la memoria y en el más profundo olvido.

Un compañero nuestro le dijo en una ocasión á un sonambúlico:

—Este que veis aquí y que se llama vuestro amigo, os engaña; os calumnia horrosamente; lejos de vos no se ocupa más que en inventaros defectos; ¿Ois como os insulta y os amenaza?

—¡Oh! sí, ¡miserable!—Y se adelantó con los puños cerrados hacia la persona señalada.

El experimentador lo detuvo con dificultadad y le dijo:

—Al despertar lo castigareis como es debido. No olvideis los groseros insultos que os ha lanzado.

—Absolutamente; los he escuchado con mis propios oídos; me vengaré como pueda, añadió, reprimiendo apenas la ira que se desbordaba en su pecho.

—Ahora, despertad.

Vuelto en sí el hipnotizado miró á su alrededor, y al contemplar á su amigo, su semblante se descompuso; lo miró fijamente un instante, y se lanzó hacia él, ciego de cólera y profiriendo las más enérgicas amenazas. El atacado mucho más fuerte que su contendor lo rechazó suavemente y sonriendo; esta conducta exasperó más y más al hipnótico, que á cada instante parecía convencerse más profundamente de su ilusión.

Con gran trabajo se consiguió dormirlo otra vez y borrarle aquella peligrosa alucinación.

Hay, sin embargo, hipnotistas que ponen muy en duda el éxito de las sugestiones criminales á causa de la negativa de algunos hipnotizados, que a veces se resisten largo tiempo á recibir la idea que se les sugiere. Es verdad que esto tiene lugar en muchas

personas, y que esta resistencia se observa cuando se trata de una idea que el sujeto ha rechazado ya en estado de vigilia, ó de la cual ha tenido conocimiento antes de dormirse; pero lo general es que ceda á la voluntad del experimentador y se doblegue después de alguna insistencia de parte de éste.

Si se le dice sencillamente á un hipnótico:—Asesinareis á fulano, es muy probable que se niegue redondamente, como si se le sugiere la idea de pelliscar á un vecino suyo sin esplicación ni motivo de ningún género. Así hemos visto repetidas veces á sonambúlicos negarse obstinadamente á ejecutar algo nada más que por disgustarles un poco, ó más bién por serles más ó menos indiferente. Pero para hacerlos variar de esta manera de proceder hay un medio sencillísimo y que da constantemente el resultado que se desea: este es la persuación. Persuadir á un sonambúlico es una de las cosas más fáciles. Á un niño no se le engaña con menos trabajo.

—Habeis muerto á vuestro padre, se le dijo en una ocasión á un sujeto hipnotizado.

—¡Oh, no, es una calumnia; jamás haría semejante cosa:

—Os repito que habeis dado muerte á vuestro padre.

—Nó, nó, nó, mil veces nó, repitió retrocediendo espantado y pasándose la mano por la frente.

—Os aseguro que es completamente cierto; yo lo he visto.

—Yo os diré mil veces que eso es falso.

Como se viera que no se conseguiá más que exasperar al paciente se varió de sistema.

—Negais haber muerto á buestro padre, y sin embargo aquí teneis personas que os han visto y que conocen hasta la causa que os ha impulsado á cometer semejante crimen.—Si vos no sois el autor de esto, decid al menos si reconoceis este cadáver.—¿No es el de vuestro mismo padre?—Esta sangre que lo innunda, ¿no es su propia sangre derramada por vuestra mano?—Fijaos bién esta es vuestra obra y no la de ningún otro.

—El sonambúlico con el semblante desencajado contemplaba un cuadro horroroso.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamaba, perdón.

La sugestión se había conseguido. Al despertar fué presa de una vivísima ansiedad. Tenía la cara sumamente pálida y las lágrimas asomaban á sus ojos.

Por medio de un nuevo sueño se le hizo desaparecer una ilusión que lo llenaba de terror y desesperación.

Así, pués, si á un sonambúlico se le ordena, que es necesario asesinar á alguien y que el crimen se realizará por su propia mano, el rechazo será inmediato, escepto en algunas personas, en los cuales se prestan mejor á la sugestión; pero si se le añade que se le ha ofendido gravemente, que aquel individuo ha muerto á su padre ó ha insultado á su madre, que le ha robado su honor ó su dinero, ó que sus compatriotas se lo ruegan, que el país se vería así libre de un tirano ó de una persona peligrosa, que, en fin, llevando á cabo lo que se le pide, lejos de ser castigado, recibirá las felicitaciones de sus conciudadanos y el reconocimiento de la posteridad no tardará en con-

vencerse de la justicia de estas observacianes y se entregará en cuerpo y alma á su hipnotizador. Con estos subterfugios es muy difícil que la sugestión sea rechazada.

Se ha dicho todavía que en caso de cometerse un crimen valiéndose de la sugestión hipnótica, el autor se apresuraría á decir que había sido hipnotizado, y se podrían obtener por esta circunstancia luces acerca de la persona verdaderamente culpable. Es posible que no tomando las precauciones necesarias ésta llegara á descubrirse con facilidad. Una sencilla recomendación bastaría para ocultarla perfectamente. Durante el sueño, después de haberle hecho la sugestión criminal, puede decírsele al sujeto:—De aquí en adelante no recordareis jamás haber visto á fulano (la persona que hipnotiza), ni que habeis sido hipnotizado alguna vez; al despertar os imaginareis que os habeis quedado dormido casualmente. El sujeto hará lo que se le ordena; la persona que lo ha hipnotizado se borrará para siempre de su imaginación. Aunque se la muestren mil veces no la reconocerá.

Á un joven sonambúlico se le dijo:

—¿Conoceis á M.?

—Como nó; vivimos juntos en el mismo departamento.

—Aunque realmente sea así, vos no lo reconocereis de aquí en adelante; os ordeno que así lo hagais.

—Está bien.

Al despertar encuentra entre las personas que lo rodean un semblante desconocido. Sostiene que jamás lo ha visto y ruega al experimentador que se lo presente.

Es posible también convertir á los hipnóticos en denunciadores de crímenes imaginarios con el fin de perjudicar á un tercero, ó bien en testigos falsos. Los señores Liégeois y Bernheim han hecho curiosas experiencias á este respecto. Una hipnótica oye la conversación que tienen un incendiario y un compañero de fechorías sobre la manera como había llevado á cabo su crimen. Queriendo el segundo apoderarse del dinero que posee el primero lo amenaza con denunciarlo, en seguida disputan y acaban por reñir. La enferma relata bajo juramento ante un magistrado todo lo que acaba de escuchar.

Otra enferma divisa por el agujero de una cerradura todas las peripecias de un drama entre un viejo celibatario y una niña de pocos años. Al ser interrogada cuenta hasta los menores detalles del hecho.

Las sugestiones de esta especie podrían modificarse y repetirse indefinidamente; los enfermos no presentan aquí las resistencias que oponen en los casos ya mencionados.

Se podria aún hacer suscribir á los hipnóticos obligaciones de cualquiera naturaleza. Experimentalmente se ha visto que han cancelado deudas imaginarias, han hecho testamento á favor de cierta persona determinada, desheredando á los que tenían legítimo derecho, han regalado gruesas sumas nada más que por un mero placer, etc.

El señor Liégeois ha conseguido hacer que una enferma reconozca una deuda de mil francos á favor de otro individuo. Nosotros hemos visto á un sonambúlico obsequiar á una persona que se le había designado mientras dormía un objeto que apreciaba

mucho, y que por una buena suma de dinero no lo habría dado en otra situaicón.

Hemos visto más arriba que los sonambúlicos pueden ser víctimas de ultrajes y de abusos, servir de ciegos y eficaces instrumentos para perpetrar horrendos crímenes, servir de testigos falsos y convertirse en acusadores malévolos contra la persona de sus hipnotizadores. Una causa relacionada con cualquiera de estas circunstancias intrigaría indudablemente mucho á los jueces, y daría origen á las más delicadas pruebas médico-legales. Constatar la existencia del sonambulismo sería tal vez fácil; pero ¿cómo deducir que el hecho había sido ejecutado durante un acceso expontáneo ó provocado, ó todavía por medio de la sugestión, si ésta hubiera sido hecha con todas las precauciones?—Horroriza solo el pensar que un hecho semejante llegara á realizarse.

Por otra parte, lo responsabilidad de los hipnóticos como la de los alienados no existe. La conciencia de los actos ha desaparecido; la perversión de las facultades sensoriales los imposibilita para adquirir las más elementales nociones del mundo esterior.

Hay sonambúlicos que durante sus accesos ejecutan robos ú otros crímenes, y son también susceptibles de arrebatos ó de impulsiones irresistibles, como en la epilepsia larvada y el histerismo. En estos casos no serán tampoco responsables, ya que están bajo el imperio de una verdadera enfermedad.

En todos estos casos la conducta del juez debe ser muy sabia y prudente. «Si se presenta á la justicia, dicen los señores Binet y Feré, un individuo que pretende haber sido víctima de una sugestión ó de una

violencia cualquiera, mientras estaba sumergido en el sueño hipnótico, la verdad de su afirmación puede ser admitida, si prueba experimentalmente que es hipnotizable, y que presenta un cierto número de fenómenos objetivos característicos. Esta prueba será válida solo cuando el sujeto se someta voluntariamente á la experiencia.

«Un individuo acusado de un delito puede objetar también que ha procedido por la influencia de una impulsión sugerida durante el sueño provocado. En este caso como en el precedente, sería necesario establecer de una manera segura si el sujeto es hipnotizable.

«Como regla general, puede decirse que cuando se invoque el hipnotismo ante la justicia debe constatarse su existencia por medio de la más delicada experimentación».

Algunos autores se han preguntado si no sería legítimo usar el hipnotismo para arrancar á los criminales la confesión de sus delitos, y prestar con esto un gran servicio á los tribunales y á la sociedad. Gran número de médicos y jurisconsultos han respondido condenando este procedimiento como terrible y peligroso.

Muy sencillo sería obtener declaraciones falsas que pudieran perjudicar al acusado siendo inocente, ó bien hacer que comprometiera en un crimen á personas que no habían tenido participación alguna en él. Pero hay un motivo más poderoso que induce á rechazar este sistema con toda energía:—¿Qué diferencia habría entre una confesión arrancada por este medio y una obtenida por el tormento?—La civili-

zación y los sentimientos humanitarios, que jamás deben abandonar á los jueces, están en abierta pugna con estos vituperables procedimientos.

Los actos impulsivos no son tan raros como se cree. La prensa de todos los paises refiere de cuando en cuando crímenes inexplicables entre personas estrechamente ligadas por la amistad, ó que ni siquiera se conocían. Actos de esta naturaleza tienen por causa generalmente un trastorno mental y algunos están estrechamente ligados con las diferentes formas de hipnotismo.

Se cree hoy con mucho fundamento que los individuos dotados de una inclinación irresistible al crimen son sujetos enfermos. Es imposible imaginarse que un hombre experimente verdadero goce al derramar sangre como parecen experimentarlo ciertos bandidos consumados. En cambio, se suele encontrar entre los alienados aberraciones del criterio que se manifiestan por deseos de incendiar, robar, matar, etc.

Es indudable que los problemas médico-legales á que el hipnotismo y la sugestión pueden dar lugar son muy posibles; pero debe confesarse que todavía no se manifiestan con una frecuencia alarmante, y, á pesar de tenerse conocimento del magnetismo hace más de un siglo no ha ocupado, como podría creerse, muchas veces la atención de los tribunales de justicia.

Esto, por otra parte, no contradice en nada la serie de probabilidades de crimen que dejamos expuesta. Si bien los malvados no han hecho uso todavía de la sugestión, nadie podría asegurar que trascurriendo algunos años este sistema no podría llegar á ser común.

Las medidas tomadas en otros paises tendentes á prohibir las prácticas hipnóticas en público y las hechas por individuos no titulados, y que por consiguiente no tienen responsabilidad alguna, son dignas de aplausos y de ser imitadas por las demás naciones donde se note que este asunto sale de los límites de la autorización que concede un título profesional.

Hacen abrigar alguna confianza sobre estos verdaderos peligros con que nos amenaza el hipnotismo, los medios con que las autoridades pueden precaber al público, y la conducta que adoptaría naturalmente éste en presencia del mal. Es casi seguro que todo el mundo lo miraría con horror y se guardaría muy bien de practicarlo, aún cuando se dirigiera á los fines más inocentes. Quién sabe si llegado semejante orden de cosas nos viéramos insubsanablemente entorpecidos para obtener de este fenómeno todos los bienes que tal vez está llamado á realizar!

## X

### TERAPÉUTICA DEL HIPNOTISMO

No ha sido solo el anhelo por llegar á comprender en todos sus detalles un hecho científico y estudiar separadamente cada uno de los síntomas con que se reviste la hipnosis, lo que ha alentado en sus investigaciones á médicos y á profanos; no ha sido el deseo de llegar al conocimiento de la esencia íntima de uno de los fenómenos fisiológicos que con sobrada razón el vulgo califica de maravilloso, lo que ha dado interés á tan difíciles estudios, ni lo que ha llevado en vista tal vez la mayoría de los que han dedicado una parte de su tiempo al estudio del hipnotismo; como los *mesmeristas* de 1779, los *braidistas* de 1841 y un poco menos los *hipnotistas* modernos, han sido guiados en sus estudios por la idea de obtener un provecho más positivo, que se tradujera por un nuevo beneficio para la humanidad doliente. Entre el bullicioso coro de los estusiastas partidarios del fluido animal, el eco de las más milagrosas é increibles curaciones sobresalía en todas partes: ya eran paralíticos que después de haberse puesto bajo la mágica varilla

de Mesmer habían quedado como por encanto tan buenos como antes; ya eran individuos que después de sufrir durante largos años las más crudas dolencias habían visto desaparecer sus sufrimientos con solo unas cuantas magnetizaciones; ya, por último, eran ciegos que habían recobrado la visión, mudos que podían hablar después de haberse sometido al poder sobrenatural del maestro Mesmer. No era, pues, extraño que al ruido de estos verdaderos milagros el nombre de éste fuera haciéndose cada día más y más conocido, y que su fama sobrepasara con mucho tal vez á la que el mismo se había imaginado alcanzar mediante su famoso descubrimiento; no era raro tampoco que sus discípulos aumentaran en cada una de las ciudades que visitaba, ni que sus bolsillos se vieran muy luego completamente repletos.

Pero, por desgracia, todo pasa en esta vida con una rapidez que verdaderamente asombra; muchos de los acontecimientos que han conmovido á la humanidad en los pasados siglos, apenas si son recordados á la fecha, y si hay unos pocos cuya memoria ha sobrevivido á su época, en cambio, la mayoría ha tenido que quedar cubierta con el manto del olvido.

El magnetismo animal no ha podido escapar tampoco á esta ley inexorable; si bien es cierto que todavía el nombre de Mesmer simboliza, podríamos decirlo así, una parte de su historia, si no la más brillante, por lo menos la más ruidosa, en cambio, las fabulosas curaciones operadas mediante su influencia y el magnífico éxito de sus aplicaciones terapéuticas, tan variadas como absurdas, no han alcanzado á

llegar hasta nosotros sino envueltas por una nube de escepticismo y de duda.

Y no podía ser de otra manera. El querer aplicar el hipnotismo al tratamiento de toda clase de afecciones, como lo pretendía Mesmer, ya que «no había sino una sola enfermedad y un solo remedio», el imaginarse que mediante su maravilloso poder era posible producir curaciones verdaderamente sobrenaturales y el llegar á pensar por un momento que el hipnotismo era la panacea por excelencia para cualquiera de los males que afligen á la humanidad, bastaban para echar el descrédito más completo no solo sobre este sistema, sino sobre cualquiera otro que se hubiera presentado con mejores títulos.

Á medida que se avanza en el estudio de la terapéutica, á medida que van conociéndose más y más las propiedades de cada uno de los medicamentos de que podemos echar mano, y á medida, por último, que nos posecionamos de las aplicaciones que es posible dar á cada uno, más profundamente se convence el médico práctico que la lista de los casos en que puede aplicarse cada agente es demasiado restringida.

Si recorremos las páginas de cualquiera obra sobre magnetismo animal, desde los *Aforismos* de Mesmer hasta la *Historia crítica* de Deleuze, desde los trabajos del marqués de Puysegur hasta la moderna obra del cirujano Braid, veremos que una parte, la que se estudia con mayores detalles, está dedicada á dar á conocer las aplicaciones terapéuticas del hipnotismo, á describir y enumerar las distintas enfermedades en las que es posible obtener algún

beneficio mediante su empleo, y, por último, á hacer la relación de mil y mil historias, á cual más maravillosa ó absurda, de las curaciones operadas por éste ó aquel maestro.

Antes de seguir adelante en el estudio de las aplicaciones terapéuticas, conviene ocuparse de un asunto cuyo interés se conoce á primera vista. ¿El hipnotismo es un fenómeno fisiológico perfectamente natural, cuya práctica no origina peligros para el individuo que se somete á ella? ¿Se puede impunemente abusar de las hipnotizaciones y repetirlas á voluntad, sin tener que lamentar graves transtornos en la salud del individuo? Por último, ¿es aplicable á cualquiera persona ó, por el contrario, hay necesidad de elegir cuidadosamente los individuos en quienes se desee experimentar, sea con un fin puramente científico, sea como un agente terapéutico, examinarlos y cerciorarse de antemano que pueden ser sometidos sin peligro á las maniobras hipnóticas? Cuestiones son estas cuya sola exposición manifiesta el interés que presentan en la práctica.

Se ha dicho y se ha repetido en todos los tonos que el hipnotismo es inocente, que no influye en la salud del individuo y que su práctica, escepción hecha de ciertos y determinados enfermos, no ofrece el menor peligro, aún repitiendo las sesiones un gran número de veces. Es efectivo que algunos observadores europeos han tenido á su disposición muchos miles de hipnotizados y que la casi totalidad de ellos no ha alcanzado á observar casos desgraciados, aún después de practicar la hipnosis repetidas veces en algunos de sus pacientes. No pensamos como la gran

mayoría de los que se ocupan del hipnotismo, que su práctica en todos los individuos es inocente, ni mucho menos que se puede abusar de las sesiones y repetirlas á voluntad, sin peligros. Afirmar algo semejante sería tan absurdo, á nuestro juicio, como asegurar también que impunemente podía cloroformarse á un individuo 40 ó 60 veces, sin tener que abrigar temores por el estado de su salud. Estamos seguros que nadie querría hacer semejante afirmación, y esto para un procedimiento que indudablemente influencia nuestro organismo de una manera mucho menos apreciable. Entrando á los fenómenos del orden psíquico, se sabe también cuanto trastorna nuestro bienestar futuro cualquiera impresión desagradable, de aquéllas que tenemos que recibir tantas veces; como obra sobre nuestro organismo una impresión moral que nos conmueve y nos aterra, y como, por último, sin otra causa muchas veces, hay individuos que por el poder de una sola de estas impresiones van á terminar sus días en los rincones de una Casa de Orates. ¿Por qué el hipnotismo, que conmueve más profundamente el organismo, que permite las sugestión de muchas ideas que son verdaderamente desagrabables para el paciente, y que, por último, tiene un mecanismo de acción que no se conoce y cuyas consecuencias pueden tal vez presentarse muchos años más tarde, había de ser más inocente? La prudencia, por lo menos, aconseja no hipnotizar por fútiles pretestos, sino cuando se lleva en vista algún fin práctico, y, además, es necesario no abusar demasiado de las sesiones ni repetirlas muy amenudo. Hemos oído

relatar el caso de un joven estudiante alemán que después de una sola hipnotización quedó convertido en un maníaco incurable. Es efectivo que bien puede haber sucedido que la neurosis hubiera estado en este caso en estado latente y que el hipnotismo no haya tenido otro efecto que apresurar su aparición, ya que parece probado que este es uno de los principales peligros en los neurópatas; es posible que así haya sucedido, pero, entre tanto, un solo caso desgraciado es suficiente para que al practicar el hipnotismo tomemos todas las precauciones necesarias.

Además de este peligro que señalamos, el hipnotismo ofrece todavía otros para un cierto número de personas. Los enfermos del corazón, por ejemplo, no pueden ser sometidos á las maniobras hipnóticas, pués en muchos de ellos pueden sobrevenir síncopes mortales y accidentes tan temibles como estos. De la misma manera, las personas de temperamento nervioso exagerado, aquellas demasiado susceptibles á toda clase de impresiones, deben ser hipnotizadas con suma prudencia, y mejor sería todavía proscribir en absoluto la hipnosis para esta clase de enfermos. Los accidentes que suelen ocurrir con estos pacientes, y aún con personas perfectamente sanas, si bien no muy serios si son combatidos por un facultativo con la oportunidad debida, hacen de todo punto indispensable qne la práctica de la hipnosis sea estrictamente prohibida, como se ha hecho en casi todos los paises de Europa, á los que no poseen un título de médico. De otra manera, en caso de accidentes, se tendría que lamentar muchas veces una desgracia por no haberse prestado al enfermo los

auxilios del caso con la rapidez exigida por las circunstancias.

El hipnotismo, como medio terapéutico, tiene una esfera de acción bastante limitada, á nuestro juicio, ya que, como lo dejamos consignado, no participamos de las ideas de muchos de los que lo preconizan en toda circunstancia y para cualquiera clase de personas. Legítimamente, parece que le está reservada una serie de afecciones del sistema nervioso, que hasta ahora al menos, sin otro nombre que mejor las defina, han sido denominadas *neurosis*. Es cabalmente en el tratamiento de algunas de este grupo donde el hipnotismo se muestra en todo su poder y en las que es posible, después de haber experimentado una completa decepción con cualquier otro agente empleado, obtener un verdadero éxito.

Las curiosas y extrañas manifestaciones de la histeria y de la epilepsia, que por lo bizarro de sus síntomas forman muchas veces el escollo del médico más experimentado, ceden casi siempre á la sugestión hipnótica. Las parálisis y contracturas psíquicas y además las manifestaciones dolorosas de cualquiera parte del cuerpo, que no son debidas á una alteración orgánica, pueden ser tratadas con todo éxito por el hipnotismo. Y, como decíamos hace poco, el triunfo que con este agente se obtiene es tanto más importante, cuanto que muchas veces no es posible conseguirlo con ningún otro medio terapéutico. En esto tienen su origen las fabulosas historias de curaciones operadas en paralíticos que databan su enfermedad desde hacía años, de mujeres que habían perdido por completo su sensiblidad, casos todos

perfectamente explicables por medio de los conocimientos actuales.

El poder de la sugestión, que no solo puede hacerse durante el estado hipnótico, sino aún en la vigilia, como lo hemos dicho más atrás, vendría á dar también la explicación de curaciones que los médicos están acostumbrados á presenciar, sea en los hospitales, sea en su clientela civil. ¡Cuántas veces se ve enfermos que, después de quejarse por espacio de varios días de intensas neuralgias, han curado perfectamente con una ó dos píldoras de miga de pan!

Y ¿qué otra explicación tienen muchas de las curaciones que opera la homeopatía, en los neurópatas (clientela obligada de esta clase de médicos) mediante sus inocentes pildorillas? No sin razón se dice en el vulgo que para el tratamiento de cualquiera clase de enfermedades influye mucho la *fé* que se tiene en el médico, que no viene á ser otra cosa sino la convicción que el individuo se forma del benéfico efecto que tendrá que producirle tal ó cual medicamento que se le ha prescrito.

La histeria y la epilepsia, y para hablar en términos más generales, los estados neuropáticos son los que ofrecen al hipnotismo la más segura y brillante de sus victorias.

El hipnotismo ha sido preconizado además en algunas otras enfermedades con éxito mediocre. Se ha dicho por algunos que era el remedio supremo contra el *tétanos*, afección que, como se sabe, presenta uno de los cuadros más tristes, pués que el médico no tiene en verdad ningún agente de que poder esperar algún resultado. Si el hipnotismo no

es más que un sueño provocado y si el tratamiento en esta afección se dirige principalmente á producirlo, parece racional que debiera ponerse en práctica á fin de poder constatar si tiene en realidad tan notables propiedades. Hemos tenido oportunidad de producir la hipnosis en un enfermo de esta afección, y, cosa que parece incomprensible, nos llamó la atención la facilidad con que conseguimos hipnotizarlo. El trismus cedió á la sugestión, y aún un rato después pudo el enfermo permanecer tranquilo. ¿Habría sido posible conseguir en este caso un éxito más lisongero, si se hubiera prolongado el sueño magnético por más tiempo ó si hubiéramos repetido la hipnotización? No podríamos contestar á estas preguntas, pero, por lo menos, hay sobrada razón para ensayar este tratamiento, que á lo sumo, aún imaginándoselo el peor posible, no lo sería más que el cloral ó cualquiera de los agentes de que se echa mano amenudo.

La *parálisis del esfinter vesical*, tan común en los niños, que tanto da que hacer al médico por el mal éxito de cualquier tratamiento que emplee, parece ser otra de las afecciones que el hipnotismo está llamado á curar. Por otra parte, la facilidad con que se hipnotizan los niños y el menor peligro que parece haber en esta edad para la práctica de la hipnosis, son otras tantas razones que vienen á apoyar nuestra opinión. Algunas madres, bastante observadoras de lo que pasa á sus hijos, han notado que pueden impedir algunas veces que el niño se orine en la noche, con solo intimidarlo durante el día. ¿No sería esto una verdadera sugestión en estado de vigilia?

Hemos tenido oportunidad de tratar á un niño que padecía del mal de que nos ocupamos, y conseguimos, después de tres sesiones, que pasara 4 días sin novedad; sin embargo, inconvenientes insuperables vinieron á impedirnos continuar nuestra observación por un espacio de tiempo más largo.

El profesor Voisin ha llamado la atención sobre el tratamiento de la *manía aguda* por medio de la sugestión hipnótica, y ha publicado dos observaciones en las que ha podido ponerlo en práctica con buen éxito. En esta clase de enfermos, las dificultades para la hipnotización son casi insuperables, y se necesita toda la constancia y buena voluntad del médico para conseguir algún resultado. Es casi imposible hacer que los enfermos permanezcan quietos ó que dejen al médico en situación de poder operar con alguna libertad. El caso relatado por Voisin, interesante por más de un concepto, ha llamado la atención de las personas que se dedican al estudio de las ciencias médicas, y puede ser la base de futuras investigaciones en este sentido.

Por otra parte, el tratamientos de las enfermedades mentales, la secuestración de los enfermos, el dejarlos colocados en condiciones de vida que les son extrañas, el ponerlos bajo la obediencia de una persona que no conocen y á quien se les hace comprender tienen la obligación de obedecer, nos parece no ser sino una forma especial de sugestión en vigilia, es decir, la aplicación de los principios de la terapéutica sugestiva al tratamiento de los enfermos tal vez más dignos de compasión.

El sueño hipnótico ha sido ensayado *para pro-*

*ducir la anestesia durante el trabajo del parto*, en reemplazo del éter del cloral y del cloroformo, tan en boga hoy día.—Parece ser esta una de sus más felices aplicaciones: ojalá que la práctica viniera á corroborar esta aserción de algunos observadores europeos y á demostrar que su empleo con el objeto indicado no ofrece peligros ni para la madre ni para el niño.

Recientemente hemos tenido oportunidad de leer la comunicación de Mr. Mesnet á la Academia de Medicina de París leida el 22 de Julio del presente año y no resistimos al deseo de dar de ella un ligero estracto.

«Se trata de una joven de 22 años que desembaraza por vez primera y que era muy hipnotizable desde su niñez. Abandonada así misma durante el primer período de la dilatación del cuello, soporta muy impacientemente los primeros dolores. Puesta en estado de sonambulismo y sugestionada, cesa de sufrir, y llega á la última hora de su parto, á la dilatación completa del cuello, sin dar un grito ni un gemido, sin cesar de estar un instante en relación con el médico y diciéndole: «siento venir las contracciones, pero no sufro; me encuentro muy bién en este estado».

«Á partir de la última hora, durante el período de expulsión, el médico no tiene más acción sobre ella y desde entonces los dolores *han aparecido*, á juzgar por su actitud, sus gritos, sus gestos, sus impaciencias, todo tan violento como en una parturienta en estado de vigilia, aunque el sueño no ha sido interrumpido y los *dolores aparentes* que manifestaba no le habían despertado.

«¿El efecto analgésico de la hipnosis, completo y absoluto en el largo período de dilatación del cuello, había sido insuficiente, tal vez nulo, durante el trabajo de la dilatación perineal? Y, sin embargo, la enferma despierta, en plena poseción de si misma, *afirmaba no haber sufrido en ningún momento.*

«2.° La contractilidad del útero no fué perturbada; el trabajo, comenzado á las 11 de la noche y terminado á las 5 de la mañana en una primípara, ha marchado regularmente; ha durado seis horas sin detenerse, con contracciones regulares, eficaces y progresivamente crecientes hasta el momento de la expulsión, que ha sido muy feliz; la retracción del útero, rápida y sin hemorragia.

«Todo había terminado desde hacía media hora cuando se despertó á la enferma; fué la depresión de su vientre lo que primero le dió noticias de su parto. Aunque le *había parecido* sentir vivamente los últimos dolores del período de expulsión, ningún recuerdo había quedado en su mente de esta parte del trabajo. Durmiéndola de nuevo, contó todas las peripecias de su parto y dijo que había cesado de sufrir desde que se había dormido, pero que durante la última hora sufrió mucho. En último análisis se puede decir que el parto se había verificado sin que ella tuviera noticia, casi despierta, pero sin que le fuera posible recordar nada de lo que le había pasado.»

Como se ve, bien vale la pena de ensayar este agente terapéutico que, desde luego, no parece presentar mayores inconvenientes que el tener que hipnotizar algunas veces ántes á aquella que quiera

aprovechar los efectos del sonambulismo durante el trabajo del parto.

Como *anestésico general* en cirugía, ha sido también ensayado el hipnotismo. La literatura médica registra numerosos casos de grandes operaciones practicadas durante el sueño magnético, sin que los pacientes hayan sentido el menor dolor. Broca y Velpeau, entre otros, en 1859 comunicaron á la Academia de Medicina de París, el caso de la amputación de una pierna, practicada valiéndose del sueño hipnótico como anestésico. Parece, á pesar de todo lo que se diga á este respecto, que la hipnosis no está llamada á desempeñar un gran papel en este sentido, pués, desde que se cuenta con agentes que no ofrecen el menor peligro y que pueden ser empleados en cualquiera circunstancia, no hay para que darse la molestia de tener que practicar 4 ó más hipnotizaciones anteriores, y todavía sin poder tener la seguridad de si se alcanzará ó no la anestesia suficiente para operar.

El hipnotismo ha sido preconizado también como un medio capaz de *curar los hábitos* más inveterados, como el del cigarro, el de la bebida y, en general, todos aquellos que traen perjudiciales resultados para la salud del individuo, pero de que los enfermos no pueden desprenderse por la sola fuerza de su voluntad. La sugestión triunfa en estos casos, y es verdaderamente admirable la facilidad con que dejan el vicio personas que inútilmente habían intentado hacerlo mil veces antes.

La facilidad con que se hipnotizan los niños, ha hecho que se aplique además la sugestión como un

medio de pedagogia moral, si fuera posible expresarse así. Las madres tendrían un procedimiento sencillísimo para inculcar á sus hijos tales ó cuales ideas ó para hacer que desecharan tales otras; la educación de sus niños podría hacerse de una manera más cómoda con solo inculcarles por medio de la sugestión el gusto por el estudio y el deseo de aprender.

Fuera de las aplicaciones que dejamos enumeradas á la ligera, nos parece que el hipnotismo no tiene otro campo de acción, y que la idea de querer emplearlo en toda clase de afecciones y el preconizarlo como la panacea por excelencia, no obedece sino á la idea de hacer de este maravilloso fenómeno una explotación vergonzosa.

En resumen, las aplicaciones terapéuticas del hipnotismo y las de la sugestión son todavía bastante reducidas, para que el médico serio se ilusione de querer hacer entrar este agente en la práctica diaria. La terapéutica sugestiva principia á ensayarse, podríamos decirlo así, pero, desde luego, parece que su alcance no podrá sobrepasar los límites que hemos indicado.

# XI

## APÉNDICE

En un orden de fenómenos diferentes á los que hemos mencionado entran los que la doctrina del espiritismo, por ejemplo, abarca en sus dominios, y los que fundados sobre bases más ó menos semejantes son explotados todavía en círculos ó sociedades compuestas de individuos entusiastas y de sencillo criterio. El vulgo, y aún personas instruidas, confunden en un mismo sistema el hipnotismo y los misterios de lo que hasta la época actual se denomina ciencias ocultas. La fuerza, el fluido, el ser inmaterial que hace mover las mesas, y se trasmite de una persona á otra para mostrarle su pensamiento, es también, según algunos, el que influye ó se apodera de la persona hipnotizada y la lleva á ejecutar los actos propios de este estado. Este error, tan esparcido en la generalidad, es sobre el que nosotros pretendemos llamar la atención para que se noten todas las inconsecuencias y falsas apreciaciones que encierra, y se divisen con claridad las grandes diferencias que existen entre estas diversas doctrinas.

No desdeñamos de ninguna manera entrar en este terreno, porque creemos de nuestro deber, ya que nos hemos propuesto llevar á término este insignificante trabajo, presentar la materia que lo compone excenta de todo aquello que pueda oscurecerla, confundirla ó echar sobre ella inmerecido desprestigio. Habrá tal vez personas que se imaginen que el asunto de las mesas giratorias, de los variados ejercicios que ejecutan los *mediums*, como adivinaciones, magnetizaciones de objetos, etc., son farsas ridículas indignas de ocupar la prensa y la atención del público! Ellas tienen sin duda buena dósis de razón; el ruido que se ha formado al rededor de individuos que se creían bajados del cielo, por las maravillas que se les veía ejecutar, y la inmensa boga y popularidad de las mesas parlantes, son completamente injustificadas y no corresponde á la importancia del hecho en que se fundan; pero hay algo que debe detener nuestro juicio al arrojarnos por completo en el escepticismo, y es que las mesas magnetizadas, por ejemplo, ejecutan movimientos sin que los que forman la cadena se perciban de ellos, y la persona á la cual se le va á adivinar el objeto en que está pensando manifiesta su pensamiento por ciertas acciones de las cuales no se da cuenta. Esto es efectivo y comprobado por la ilustrada experiencia de verdaderos sabios. Arago, Faraday, Chevreul, Babinet, Foucault, etc., fueron los primeros que dieron la razón científica de los fenómenos observados en las mesas giratorias y parlantes. Hace más de cuarenta años que M. Chevreul había dicho que podían provocarse movimientos inconscientes por medio de la abstracción

ó la ocupación de la mente en otro objeto; hace, en consecuencia más de cuarenta años que ya se había explicado la famosa prueba de Mr. Stuart Cumberland con la que tanto ruido ha hecho en Europa en los últimos años.

No nos cuidaremos de describir aquí el manual operatorio para conseguir tener una mesa magnetizada; es un asunto por demás conocido y sin secretos de ninguna especie. Después que las personas que forman la cadena han permanecido con las manos aplicadas unos 30 ó 50 minutos, y han esperado vivamente el momento en que principie á moverse, la mesa comienza á vibrar y á ser agitada por ciertos movimientos, que bien pudieran tomarse por verdaderas vacilaciones. Se diría con bastante propiedad que estos fenómenos son las fieles manifestaciones de la inteligencia de los magnetizadores.

Generalmente se observa que cuando un grupo de personas ha operado antes en varias ocasiones las cosas se pasan con mayor rapidez.

He aquí como A. S. Morin describe lo que tiene lugar al rededor de una de estas mesas.—«Los operadores reunidos experimentan un sentimiento de alegría y admiración á los primeros movimientos. Como cada uno está bién seguro de no haber impulsado el mueble, se pregunta si no serán los otros miembros de la cadena; en seguida se interpelan ó se acusan recíprocamente; la mesa mientras tanto sigue moviéndose. Entre gentes que se conocen se adquiere facilmente la certidumbre que nadie la ha movido á sabiendas, ó con intenciones de engañar á los que componen el círculo.—¿Cuál es entonces la causa de

estos movimientos?—Es sin duda una fuerza nueva que viene á revelarse y que es curioso estudiar».

Luego que se adquiere la certidumbre de que no hay supercheria en los movimientos que se observan, se procede á las experiencias. Una de las personas ordena á la mesa que gire, que se detenga, que se mueva de nuevo, que acelere sus movimientos, que gire en un sentido, en otro, que se mueva en línea recta, en círculo, etc.; la mesa obedece con extrema facilidad; se le hace levantar uno, dos piés; después se la mantiene en uno solo y continúa girando. Se presta complaciente á todos los caprichos. Después que ejecuta ordenes es preciso que las comprenda; se tiene entonces en ella un ser inteligente; va á ponerse á prueba su habilidad. Se le ordena responder á las preguntas que van á hacerle, tocando el piso con un golpe para decir *sí* y con dos para decir *nó*. Desde entonces se puede entablar un diálogo con ella; las respuestas se dan por el procedimiento indicado y corresponden perfectamente á las preguntas. Si se interroga á la mesa que diga por medio de golpes la edad de tal persona, ó el número de monedas que tiene en su bolsillo, la mesa responderá sin vacilar; *algunas veces de una manera exacta, otras aproximativamente. Si lo que se pregunta es conocido de todos los operadores, la respuesta será indudablemente exacta; si no es conocida sino de algunos, habrá algunas probabilidades de error; si no es sabida por nadie, como sucede cuando alguno de los operadores pregunta cuantas piezas de moneda tiene en su bolsillo y él mismo no lo sabe, hay casi certidumbre en una respuesta errónea, y la mesa*

*marcará al azar un número cualquiera. Se puede ya vislumbrar que la ciencia de la mesa está circunscrita á los límites de la ciencia de los operadores.*

«No tarda en encontrarse incómodo el lenguage por *sí* y por *nó*; se propone á la mesa un modo más perfecto de comuninación; deberá dar un golpe para designar la primera letra del alfabeto, dos para la segunda, tres para la tercera, y así en seguida. Se interroga á la mesa y responde empleando el medio propuesto; no se limita ya á monosílabos, sino que hace discursos más ó menos largos, tiene sus teorías, hace disertaciones, tiene su estilo, su gracia especial en una palabra, todo lo que constituye una personalidad. Las mesas presentan como el hombre la mayor variedad: unas hacen hermosos versos, otras escriben en prosa y en estilo lleno de nobleza y gracia, otras conciben penosamente solo frases triviales é insípidas; unas son alegres, festivas, burlonas; otras graves y solemnes; otras tienen un tono arrogante y una manera de ser brusca y áspera. Se ve que adoptan todos los sistemas, políticos, filosóficos y religiosos; hay mesas devotas, católicas, protestantes, judías; las hay deistas, escépticas, materialistas, panteistas y ateas, Tienen con los sonámbulos un rasgo de semejanza, y es que interrogadas sobre cualquiera cosa no sugeta á la verificación, no vacilan jamás; ellas predicen el porvenir, describen todo lo que pasa en los planetas y en las regiones ultramundanas; no se quedan cortas en ninguna ocasión, y los fracasos no les quitan absolutamente su imperturbable aplomo».

En las concepciones, respuestas, juicios, lenguage, etc., de las mesas giratorias, se nota que ellas están

en estrecha relación con la educación, inteligencia, espíritu dominante, etc, del grupo que forma la cadena. Donde dominan los literatos las mesas harán versos, discursos, comedias, etc.; en un círculo de hombres sin instrucción, campesinos ó artesanos, el lenguage será ordinario y vulgar. Poco después de la aparición de las mesas parlantes (1853) el clero condenó las prácticas que tendián á evocar los espíritus de los muertos, y declaró esta doctrina como una revelación del demonio, y por consiguiente enemiga del cristianismo. Bajo el dominio de este convencimiento, y queriendo ver las cosas experimentalmente, algunos sacerdotes se entregaron á los procedimientos del espiritismo. Todas las respuestas que obtenían de las mesas eran horrenda blasfemias dirigidas contra Dios y los santos; los experimentadores no dudaron desde entonces que era el mismo Lucifer el que hablaba por intermedio de aquel fatídico mueble.

Se observa todavía que cuando á la mesa se le hace una pregunta relativa á riquezas, responde generalmente algo que más ó menos se relaciona con la interrogación. Pero como lo común es que se despierten en los operadores ciertos sentimientos de avaricia, la mesa responde entonces con más interés; sus respuestas son más precisas, y á medida que las ideas ó los pensamientos de los de la cadena se hacen más vivos, las respuestas del mueble parecen retratar el estado de su mente. Es por esta particularidad como una mesa ha venido á ser el órgano de una secta, de una sociedad, círculo, etc., que persigue cierto fin, y cuyos miembros tienen ideas más ó me-

nos uniformes, Cada vez que se hace hablar se ve que su lenguage está perfectamente acorde con la manera de pensar de los magnetizadores.

Después de la ligera exposición que acabamos de hacer podemos avanzar una idea que cae de su peso al tomar en cuenta las observaciones á que nos hemos referido; ella es que los prodigios realizados por las mesas magnetizadas no tienen un origen extraño ni incomprensible; su causa la poseen los mismos que la rodean; son ellos los agentes activos, los autores de todas esas maravillas; en una palabra, son sin percibirlo, los engendradores de una personalidad que participa algo de todos ellos, como se decía hace unos cuantos años, para hacer más clara una explicación que no estaba muy lejos de ser la verdadera.

Cuatro años han trascurrido apenas desde que se empezó á oir hablar en Europa de prodigios realizados en la *adivinación* por un americano llamado Stuart Cumberland. El fenómeno no podía ser más extraordinario. Mr. Cumberland adivinaba el objeto en que otra persona pensaba, aunque ésta no lo hubiese revelado á nadie, ni hecho el menor gesto que pudiera indicarlo; y lo que es más curioso todavía, el adivinador buscaba el objeto y estaba seguro de encontrarlo siempre. Así descubrió alfileres, cortaplumas, monedas, etc., ocultas en jardines y parques, á largas distancias, y cuyo sitio conocía solo la persona que había colocado los objetos.

He aquí como procedía Mr. Cumberland y como hacen actualmente sus numerosos imitadores. Advertiremos, entre paréntesis, que los alumnos de Mr. Cumberland son innumerables, y algunos muy astu-

tos y ladinos; al menos entre nosotros, hay varios que han llegado á un alto grado de perfección en el sistema. El adivinador se venda la vista y dice á la persona á la cual se le va á adivinar que piense en un objeto cualquiera, que se puede encontrar ya en la habitación donde se experimenta, fuera de ella ó en el lugar más apartado; él va á lanzarse en busca del objeto y á mostrarlo con su propia mano. Hace que la persona le tome la muñeca derecha, por ejemplo, y le recomienda que empiece á pensar constantemente en el objeto; la distracción haría fracasar el éxito de la prueba. La persona que ha pensado en el objeto toma la muñeca sin comprimirla vigorosamente, y se deja arrastrar por el adivinador. Este levanta entonces su mano, la lleva en diversos sentidos, da vueltas sobre sí mismo ó al rededor de un mueble, recorre la sala en distintas direcciones, hasta pue después de algunos minutos á lo más, va á tocar el objeto que ocupaba la imaginación de la otra persona. Cuando aquél se encuentra distante, el *medium* sale de la pieza y se dirige al sitio donde se halla.

Hemos visto algunos jóvenes amigos nuestros que no solo encuentran facilmente los objetos pensados, sino que dibujan en el papel una figura que otro concibe en su imaginación, ó bien escriben frases enteras que una segunda persona dicta mentalmente.

La prensa se ocupó también con algún interes en 1885 de algunas curiosas pruebas hechas por Mr. Smith y Mr. Blackburn en los salones de la *Sociedad de Investigaciones psicológicas de Londres.*

Ateniéndonos á la versión de algunos periódicos, es así como proceden estos dos operadores:—Mr. Smith se encuentra con la vista vendada sentado delante de una mesa donde hay toda clase de recado de escribir. Una persona cualquiera va á una pieza vecina y dibuja en la pared varias figuras: letras del alfabeto, figuras geométricas etc., etc. En seguida llama á Mr. Blackburn, cierra perfectamente la puerta y le señala una de las figuras trazadas. Hecho esto se le venda los ojos á este señor, se le con duce al primer salón y se le coloca detrás de Mr. Smith, á una distancia de 60 centímetros más ó menos. (No sabemos si esta distancia pudiera ser más considerable.—¿Se variaría quizá el éxito de la experiencia?) Mr. Blackburn, sentado ó bien de pié, empieza por *reconcentrarse profundamente en si mismo,* y cuando esta operación ha llegado á un alto grado, Mr. Smith toma un lápiz, y en medio del silencio general reproduce en el papel la figura que se le ha mostrado á Mr. Blackburn.

Es preciso advertir, como lo hace notar M. A. Cullere, que las figuras no son trazadas con toda exactitud por el adivinador. Algunas veces Mr. Smith hace rayas que apenas se asemejan á la muestra; otras, es necesario tener excesiva buena voluntad para encontrar algún ligero parecido; en fin, otras es algo tan completamente diverso que hasta los mismos operadores reconocen la diferencia.

Estas experiencias han sido hechas, podría decirse, más bien en privado; los *mediums* no han querido exponerse ante un público numeroso y hetereogéneo; por este motivo ha sido imposible saber de que pro-

cedimientos se valen para practicar sus adivinaciones.

Existen, pues, numerosos medios de descubrir el pensamiento ó de sugestionar á otra persona, pero todos ellos son debidos á supercherías vulgares y muy conocidas, por cuyo motivo no les daremos cabida en estas páginas.

Antes de entrar en las explicaciones de los fenómenos que dejamos descritos nos ocuparemos de algunos hechos sumamente sencillos, que todo el mundo conoce y sabe que sirven de entretenimiento interesante, los cuales van á darnos mucha luz sobre lo que vamos á investigar. Varias veces hemos tenido ocasión de observar que los niños, y aún las personas serias se interesan vivamente por una especie de juguete curioso. Atan una llave á un libro cualquiera y la suspenden en seguida con los dos índices que se tocan con los estremos. Se interroga al libro de la misma manera que se ha hace con las mesas, y se le recomienda que se incline á la derecha, por ejemplo, para decir *sí* y la izquierda para decir *no*. Después de unos cuantos segundos de atención el libro se mueve hacia cualquier lado, y se puede hacer toda clase de preguntas, y hasta entablar con él curiosos diálogos.

Pero más digna de atención es todavía la experiencia llamada *del anillo*, conocida también como la anterior por los niños principalmente, que emplean largas horas en este ejercicio.

Se toma un anillo ó un cuerpo pesado de cualquiera expecie, pero de poco volumen, y se le ata un hilo más ó menos largo. Luego se le suspende, teniendo

cuidado de tomar el hilo entre el pulgar y el índice y se le deja caer á plomo. Una vez que el anillo ó el cuerpo suspendido está inmóvil, el operador le ordena mentalmente que oscile en cierto plano, y permanece con la atención fija en esta orden; á los 20 ó 30 segundos estará oscilando en el sentido señalado. Si el anillo está todavía oscilando ampliamente y el operador le ordena del mismo modo que lo haga en sentido contrario, aquel principia por disminuir la amplitud de sus oscilaciones, se detiene, y al medio minuto está ejecutando la orden que se le había dado. Como con el libro atado á la llave es posible aquí obtener respuestas de *sí ó no* según se convenga con la dirección ó amplitud de las oscilaciones del anillo.

Veamos ahora que es lo que ha pasado en estas experiencias. No se puede imaginar nada más sencillo. Desde luego debe notarse que es casi completamente imposible mantener los dos índices sin hacer siquiera un ligero movimiento; ni una persona de gran poder muscular podría estar por un rato guardando con los dedos una inmovilidad absoluta. Son, pues, estos movimientos inevitables é involuntarios que el experimentador atribuye á otra causa, cuando en realidad es el mismo el que los produce, los que dan origen al fenómeno. Es necesario advertir por otro lado que no serían tan manifiestos si una preocupación de la mente no viniera á exajerarlos; el operador ve que el libro tiende á inclinarse á la izquierda, por ejemplo; toda su atención está concentrada en esta idea; se imagina que una fuerza extraña lleva al libro hacia ese lado; bien se podría decir que ya

no es dueño de si mismo; los movimientos musculares pasan desapercibidos; inconcientemente da á sus dedos distinta posición é imprime al libro un movimiento notable.

En la prueba del anillo una segunda persona que observe atentamente ve los movimientos de la mano del operador; nota que cada una de las oscilaciones es producida por un impulso que le da el miembro. Sin embargo, el experimentador absorbido en la idea de que la orden sea realizada se ofusca completamente y solo ve en la experiencia una maravilla inesplicable.

En esta última experiencia se observa que la imaginación tiene grande influencia sobre los movimientos musculares. El operador ordena que el anillo oscile en cierto sentido y los músculos se encargan de hacerlo sin que la conciencia lo perciba. La voluntad está, por decirlo así, abolida, ó más bien en un oscurecimiento completo

Con lo que acabamos de exponer es muy posible que ya nuestros lectores calculen cuales son las causas de los fenómenos que se observan al rededor de las mesas magnetizadas. Ante todo, como dice M. A. S. Morin, es preciso notar que estos hechos no pueden tener lugar sino cuando los miembros de la cadena se encuentran en cierto estado intelectual; porque de otro modo no podría darse cuenta nadie, de que un grupo haga ejecutar, por ejemplo, mil pruebas á una mesa en cierto momento, y que en otro, como cuando se toma te, se almuerza, se juega, etc., siendo el grupo y la mesa los mismos, ésta no manifieste por la menor señal su estado extraordinario.

Pero supongamos al grupo de experimentadores rodeando el mueble mágico y en los instantes en que éste comienza á ejecutar sus primeros movimientos. Aquellos al observar estos extraños fenómenos, sobre todo si los ven por primera vez, son presa de una profunda admiración; su mente se abstrae, se ofusca, piensan sólo en la orden que acaban de darle á la mesa y en la respuesta que se obtendrá; desde este instante los movimientos que habían sido desordenados, se uniforman, y esto á consecuencia de la uniformidad que viene á reinar en la imaginación de los operadores. La persona que lleva la palabra tiene, puede decirse, á todo el grupo bajo el dominio de su voluntad. Un movimiento casual de la mesa de los muchos que ejecuta, es aprovechado por los operadores; creen que una fuerza exterior es la que ha dado el impulso; ellos no se atreven á contrarrestarlo; se imaginan que no hacen más que seguir este movimiento cuando en realidad por su esfuerzo inconsciente lo exagaran más y más; durante este ofuscamiento, ellos jurarían que no han hecho otra cosa que mantener aplicadas sus manos sobre la mesa; sin duda que este es un profundo error.

Todas las pruebas ejecutadas por las mesas, y que tanto entusiasmo y admiración han causado y causan aún en las personas poco al cabo de estos hechos, no tienen otro fundamento que el que dejamos apuntado. Ya podrá colegirse, pues, cual es la importancia y atención que se le puede prestar, y los resultados que puedan obtenerse de ellos.

Antes de tocar el fin de este capítulo, que es también el término de este modesto trabajo, no nos ol-

vidaremos de decir algunas cuantas palabras sobre las experiencias de Mr. Cumberland y de sus discípulos. El famoso secreto de estas curiosidades es tan sencillo que casi llega á ser grosero. La persona á la cual se le va á adivinar tiene de la mano al operador que se encuentra con la vista vendada; éste lleva suavemente su mano hacia arriba, hacia abajo, etc., indiferentemente. Una vez que la ha movido en varias direcciones y encontrado cierta resistencia por parte de la otra persona, nota que hacia un sentido esta resistencia es menor; marcha entonces siguiendo esta dirección, con más ó menos lentitud y suavidad, para no desviarse, y teniendo cuidado de continuar siempre hacia el lado donde la oposición sea menos enérgica. Así llega irremediablemente á tocar el objeto que se le ha designado con la imaginación. La persona que pensaba sin sospecharlo se ha encargado de llevar ella misma al adivinador hacia el objeto en que ha fijado su pensamiento; éste no ha hecho más que seguir por el camino que se le llevaba.

Las variantes de estas experiencias son numerosas, pero todas se apoyan sobre los mismos hechos. He aquí, pues, á qué quedan reducidas manifestaciones juzgadas sobrenaturales, que con tanta desición como ceguedad han apreciado individuos de alguna ilustración; he aquí, pues, á qué quedan reducidos hechos sencillísimos, que el entusiasmo ha revestido de caracteres maravillosos. Un análisis científico era necesario; éste se ha hecho, y su resultado ha sido el descubrir en estos fenómenos una vez más la mano segura de la naturaleza con su lógica eterna é imperturbable.

# BIBLIOGRAFÍA


**Ballet G.**—«De l'hypnotisme et de la catalepsie comme moyen de demostration in vivo de la localisation de la faculté du langage». *Journal des Sovietès Médicales de Louvain*, 1881. Página 38.

» «Hypnotisme et Sugestion». Conferencia dada en Reims el 11 de Febrero de 1887. *Union Médicale et Scientifique du Nord-Est* del 15 de Marzo de 1887 y *Revista de Ciencias Médicas* de Barcelona. Mayo, Junio y Julio de 1887.

**Ball.** —«Leçons sur les maladies mentales». París 1880.

**Beaunis.**—«El sonambulismo provocado»; estudios fisiológicos y psicológicos. Traducción española de don Enrique Simancas y Larsé. Madrid 1887.

» «Nouveaux élements de physiologie humaine», segunda edición. París 1881.

**Binet et Feré.**—«Hypnotisme et responsabilité».—*Revue Scientifique*. París, 13 de Noviembre de 1886.

**Bouchut.**—«Histoire de la médecine et des doctrines médicales». París 1873.

**Bourneville et Regnard.**—«Procedés employés pour determiner les phenomènes de l'hypnotisme». *Le Progrès Médical* de París. Núms. 14, 15 y 16 de 1881.

**Calmeil.** —«Magnetisme animal». Dict. de Medecine. T. 18.

**Carreras Solá.**—«Amaurosis histérica curada por la sugestión hipnótica». *Revista Especial de Oftalmología, Dermatología, sifiliografía y afecciones urinarias*», de Madrid. Agosto de 1887. Núm. 119.

**Chambard.**—«Somnambulisme provoqué». Dictionaire des Sc. med. 3.ª Serie, T. 10, pag. 363.

**Charcot et Richer.**—«Contribution à l'etude de l'hypnotisme chez les hysteriques».

» «Du phenomène de l'hiperexitabilité neuro-musculaire». Comunicación á la Soc. de Biología el 26 de Marzo de 1881.

» «Contribution à l'etude de l'hypnotisme chez les hysteriques». Segunda comunicación á la Soc. de Biología el 2 de Abril de 1881. *Le Progrès Médical*» de París. Núms. 15 y 16 de 1881.

**Cullerre.** —«Magnetisme et Hypnotisme». París 1887.

**Dechambre.**—«Mesmerisme». Dict. Enc. des Sc. Médicales.

**Dumontpallier et Magnin.**—«Sur les regles à suivre dans l'hypnotisme des hysteriques. *Le Progrès Médical*» de París. 1882.

**Duval.** —«Sommeil». Dict. de Med. et Chirug. Prat T. XXXIII.

**Grasset.**—«Traité pratique des maladies du systeme nerveux». París 1881.

**Guardia.**—«La Médecine travers les siècles»

**Hallopeau.**—«Traité élémentaire de pathologie génerale», segunda edición. París 1887.

**Hammond.**—«Traité des maladies du Systeme Nerveux», traducción francesa de Labadie-Lagrave. París 1879.

**Hubert et Verriest.**—«L'hypnotisme dans les maladies». *Revue Médicale de Louvain.* Agosto de 1886.

**Janet.** —«Les phases intermédiaires de l'hypnotisme». *Revue Scientifique de Ch. Richet.* Mayo de 1886.

**Lelut.** —«Physiologie de la pensée», 2 T. París 1862.

**Littré et Robin.**—«Hypnotisme», Dictionaire de Médecine.

**Lucas Championiére.** — «Suggestion hypnotique». *Journal de Médecine et Chirurgie Pratiques* de París. Marzo de 1887.

**Magnin.** —«Les états mixtes de l'hypnotisme». *Revue Scientifique.* Junio de 1886.

**Maury.** —«Les sommeil et les rêves. París 1865.

**Mesnet.** —«Un accouchement pendant l'etat de somnambulisme provoqué». Comunicación á la Academia de Medicina de París, leida en la sesión de 12 de Junio de 1887. *Archives Générales de Médecine*» de París. Agosto de 1887.

**J. B. L.** —«Le Magnetisme et le somnambulisme devant les corps savants, la cour de Rome et les theologiens». París 1844.

**Morin.** —«Le Magnetisme et les Sciences occultes». París 1860.

**Medina.** —«Un caso de catalepsia por esploración del oído». *Boletín de Medicina* de Santiago.—Núm. 13 de 1885.

**Pitres y Gaube.**—«Del hipnotismo». *Boletín de Medicina y Cirugía* de Madrid. Julio de 1887.

**Pritzl.** —«Un accouchement pendant l'etat d'hypnotisme». *Bull. Gen. Therap.* 1886.

**Privat Dechasnel et Focillon.**—«Magnetisme animal». Dict. de Médecine pratique.

**Renouard.**—«Histoire de la médecine».

**Verdós Mauré.**—«El hipnotismo y las sugestiones». *Gaceta Médica Catalana.* 1885.

**Virey.** —«Magnetisme animal, Enthousiasme, Exaltation, Imagination, Influence et Instint». Artículos del «Dict. des Sc. Médicales» pour un Societé de med. et de chirug. T. 29.

**Voisin.** —«Traitement de l'alienation mentale aigue pour l'hypnotisme» Comunicación á la Academia de Medicina. *Bull. Gén de Therap.* 1886.

**X. X.** —«Hipnotismo; estudios modernos». *Revista Médica* de Bogotá. Mayo y Junio de 1887.

# INDICE


Páginas.

Prefacio........................................................ 3
I.—Idea general del hipnotismo.................... 5
II.—Reseña histórica; el magnetismo animal y el hipnotismo........................................ 27
Datos históricos sobre las doctrinas magnéticas.............................................. 48
III.—Métodos de hipnotización...................... 61
IV.—Sintomatología de la hipnosis................. 71
V.—Fenómenos psíquicos............................. 107
VI.—Sugestión hipnótica.............................. 123
VII.—Variedades de hipnotismo; formas mixtas ó intermediarias; hemi-hipnotismo........... 147
VIII.—Fisiología del hipnotismo...................... 153
IX.—Medicina legal de la hipnosis; el hipnotismo y la sugestión bajo el punto de vista médico legal........................................ 173
X.—Terapéutica del hipnotismo..................... 189
XI.—Apéndice; los misterios de las ciencias ocultas; las mesas parlantes...................... 203
Bibliografía.............................................. 217

# ERRATAS NOTABLES

| PÁGINA | DICE | LÉASE |
|---|---|---|
| 4 | Quemos | Queremos |
| 5 | visicitudes | vicisitudes |
| 44 | con vatir | combatir |
| 52 | polvos | polos |
| 55 | egecutar | ejecutar |
| 68 | obrar | obran |
| 74 | Se trata | Se trataba |
| 80 | es dejado | se le deja |
| 80 | obtendremos | obtenemos |
| 99 | ser primera | su primera |
| 111 | gravarle | grabarle |
| 111 | imponer á estos. | imponer á estas. |
| 181 | buestro | vuestro |
| 187 | precaber | precaver |
| 198 | tratamientos | tratamiento |


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 064576934